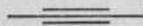


BIBLIOTECA CIENTÍFICO - FILOSÓFICA

TH. RIBOT

LA LÓGICA
DE LOS
SENTIMIENTOS

TRADUCCIÓN DE
RICARDO RUBIO



MADRID
DANIEL JORRO, EDITOR
23, CALLE DE LA PAZ, 23

ENCICLOPEDIA CIENTÍFICA

TOMOS PUBLICADOS

- Bechterew (W.).**—*Las funciones de los centros nerviosos.*—Traducción de Luis de Hoyos Sáinz. Madrid, 1917.—7 pesetas.
- Busquet (H.).**—*La función sexual.*—Traducción de Anselmo González. Madrid, 1918.—7 pesetas.
- Cordier.**—*Turbinas de vapor.*—Traducción de Luis Inglada Ors.—Madrid, 1921.—9 pesetas.
- Charbonnier (P.).**—*Ballística exterior racional.*—(Problema balístico principal.) Traducción y notas por Francisco de P. Ripoll. Con 78 figuras en el texto. Madrid, 1916.—15 pesetas.
- Duprat (G. L.).**—*Solidaridad social.*—Traducción de F. Peyró Carrió. Madrid, 1918.—7 pesetas.
- Guyot (J.).**—*El comercio y los comerciantes.*—Traducción de Rafael Urbano. Madrid, 1914.—7 pesetas.
- Joteyko (J.).**—*La función muscular.*—Traducción de Anselmo González. Madrid, 1920.—7 pesetas.
- Mazzarella (J.).**—*Los tipos sociales y el Derecho.*—Traducción de Carlos G. Posada. Madrid, 1918.—7 pesetas.
- Ocagne (M.).**—*Cálculo gráfico.*—Traducción de L. Gutiérrez del Arroyo. Madrid, 1914.—9 pesetas.
- Renard (Georges).**—*Sindicatos, trade-unions y corporaciones.*—Traducción, aumentada con un prólogo, un apéndice y un índice bibliográfico sobre el movimiento obrero español, por Manuel Núñez de Arenas. Madrid, 1916.—9 pesetas.
- Richard (Gastón).**—*Pedagogía experimental.*—Traducción de Anselmo González. Madrid, 1918.—7 pesetas.
- Sebillot (Pablo).**—*El paganismo contemporáneo en los pueblos celto-latinos.*—Traducción de F. Peyró Carrió. Madrid, 1914.—7 pesetas.
- Vallaux (Camilo).**—*El suelo y el Estado.*—(Geografía social). Traducción de Carlos G. Posada. Madrid, 1914.—7 pesetas.

Estas obras constan de tomos de 400 a 500 páginas, tamaño 19 × 12, con o sin figuras en el texto, encuadernados en tela con planchas.

LA LÓGICA DE LOS SENTIMIENTOS

1165100
DR
1024

PSICOLOGÍA EXPERIMENTAL

NORMAL Y PATOLÓGICA

- Baldwin.**—EL PENSAMIENTO Y LAS COSAS. EL JUICIO Y EL CONOCIMIENTO. Traducción de Francisco Rodríguez Besteiro. Con figuras. Madrid, 1911.
- Claparède.**—LA ASOCIACIÓN DE LAS IDEAS. Traducción de Domingo Barnés. Con figuras. Madrid, 1907.
- Cuyer.**—LA MÍMICA. Traducción de Alejandro Miquis. Con 75 figuras. Madrid, 1906.
- Dugas.**—LA IMAGINACIÓN. Traducción del Dr. César Juarros. Madrid, 1905.
- Duprat.**—LA MORAL. Fundamentos psico-sociológicos de una conducta racional. Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1905.
- Grasset.**—EL HIPNOTISMO Y LA SUGESTIÓN. Traducción de Eduardo García del Real. Con figuras. Madrid, 1906.
- Malapert.**—EL CARÁCTER. Traducción de José María González. Madrid, 1905.
- Marchand.**—EL GUSTO. Traducción de Alejo García Góngora. Con 33 figuras. Madrid, 1906.
- Marie (Dr. A.)**—LA DEMENCIA. Traducción de Anselmo González. Con figuras. Madrid, 1908.
- Nuel.**—LA VISIÓN. Traducción del Dr. Víctor Martín. Con 22 figuras. Madrid, 1905.
- Paulhan.**—LA VOLUNTAD. Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1905.
- Pillsbury.**—LA ATENCIÓN. Traducción de Domingo Barnés. Madrid, 1910.
- Pltres y Régls.**—LAS OBSESIONES Y LOS IMPULSOS. Traducción de José María González. Madrid, 1910.
- Sergl.**—LAS EMOCIONES. Traducción de Julián Besteiro. Con figuras. Madrid, 1906.
- Toulouse, Vaschide y Pieron.**—TÉCNICA DE PSICOLOGÍA EXPERIMENTAL. (*Examen de sujetos*). Traducción de Ricardo Rubio, con figuras. Madrid, 1906.
- Van Biervliet.**—LA MEMORIA. Traducción de Martín Navarro. Madrid, 1905.
- Vigouroux y Juquelier.**—EL CONTAGIO MENTAL. Traducción del Dr. César Juarros. Madrid, 1914.
- Woodworth.**—EL MOVIMIENTO. Traducción de Domingo Vaca. Con figuras. Madrid, 1907.

Constan estos volúmenes de tomos de 350 a 500 páginas, tamaño 19 × 12 centímetros Seis pesetas cada tomo.

BIBLIOTECA CIENTÍFICO - FILOSÓFICA

TH. RIBOT

LA LÓGICA
DE LOS
SENTIMIENTOS

TRADUCCIÓN DE
RICARDO RUBIO



MADRID
DANIEL JORRO, EDITOR
23, CALLE DE LA PAZ, 23

Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria

1024

ES PROPIEDAD

Tip. LOPEZ. —Calle de Velarde, 16. Madrid.

Fondo bibliográfico
Diputación Provincial
Biblioteca Pública de Salamanca

PRÓLOGO

A pesar de su título, este libro es un estudio de psicología. Desde hace siglos, la teoría del razonamiento es el objeto propio de una ciencia especial, bien determinada, muy minuciosamente elaborada, algunas de cuyas partes parecen definitivas. Durante este largo período de tiempo, la psicología no ha existido más que en estado de membra disjecta, de fragmentos dispersos en las diversas especulaciones agrupadas bajo el nombre de filosofía, sin formar un cuerpo, sin límites que la circunscriban, sin tener aún un nombre.

Ahora bien; desde hace años, se ha producido un cambio de papeles, y la psicología parece dispuesta a tomar su desquite. Muchos autores contemporáneos reclaman en

su favor; sostienen que es el tronco del cual la lógica no es más que una rama, el libro de que el estudio del razonamiento es sólo un capítulo, un resumen; que la lógica no es más que una parte destacada y especializada de la psicología. Los lógicos puros han protestado, y esta afirmación ha ocasionado un debate que todavía dura. Como es bastante indiferente para nuestro asunto, creo inútil resumirle y tomar parte en él.

Pero se acepte o no esta tesis radical, es imposible poner en duda que las operaciones que constituyen la materia de la lógica, pueden ser tratadas de dos modos distintos: como hechos naturales, cualquiera que sea su valor probatorio, pertenecen a la psicología; como de la jurisdicción de una ciencia que determina las audiciones de la prueba, corresponden a la lógica. Las dos tienen su función especial: la una, observa fenómenos; la otra, formula reglas; la una, investiga cómo pensamos de ordinario; la otra, cómo pensamos correctamente; la una, procede in concreto; la otra, esquemáticamente. La lógica va de lo simple a lo compuesto; concepto, juicio o enlace de conceptos, razonamiento o enlace de juicios. La psicología rechaza como teórica, artificial y aun falsa esta jerarquía, por venerable que sea su antigüedad. Establece el juicio como elemento primitivo, muchas veces reducido a un solo

término (el atributo), y le sigue en sus transformaciones; no separa el concepto de la imagen, ni la abstracción de la atención, ni la comparación de las percepciones y de la memoria, ni el razonamiento de las otras operaciones que le acompañan en el trabajo del espíritu. Sostiene que el razonamiento psicológico y el razonamiento en su forma o construcción lógica son dos; que aun este último es, las más de las veces, improductivo, porque no sirve más que para dar claridad a los datos implícitos de la conciencia. Tal es el resumen de trabajos, demasiado poco conocidos en Francia, que se siguen desde hace varios años en Inglaterra, en Alemania, en América (1).

Por consiguiente, la psicología debe tratar las operaciones llamadas lógicas como otros hechos, sin preocuparse de sus formas o de su validez; para ella, un razonamiento malo vale tanto como uno bueno. Remitiendo a la lógica las cuestiones de derecho, a la teoría del conocimiento o a la metafísica las cuestiones últimas, su campo de acción está determinado sin error.

Aunque nuestro objeto sea también una aplicación de la psicología a la lógica, preciso es confesar que es de una

(1) Los de Bosanquet, Jevons, Sigwart, Wundt, Lipps, Benno Erdmann, Höffding, Brentano, Jerusalem, etc., y otros que señalaremos en el curso de esta obra.

naturaleza especial, porque las formas de razonamiento que son materia de ella han sido olvidadas, proscritas por los lógicos, o clasificadas erróneamente entre los sofismas.

Leyendo los tratados de lógica, parecería que el razonamiento regular, exento de contradicciones, es innato en el hombre; que las formas viciosas, no adecuadas, no se producen sino a título de desviaciones y de anomalías. Es una hipótesis sin fundamento. El razonamiento de los lógicos no ha surgido enteramente armado para reinar por derecho de nacimiento. Este hecho no se ha producido, no podía producirse. En cuanto el hombre pasa del conocimiento inmediato de las sensaciones externas e internas, en cuanto se aventura más allá de lo que le es dado por la experiencia directa o por sus recuerdos, para explicar, conjeturar, prever, no tiene más que dos procedimientos: razonar, imaginar. Originariamente, los dos se confunden, como se observa en los niños y en los pueblos sin cultura intelectual. La lógica naciente es grosera y ruda; el razonamiento primitivo, es al razonamiento de los lógicos lo que los instrumentos de la edad de piedra a nuestros útiles perfeccionados.

En esta mezcla confusa de verdadero y de falso, de pruebas y de puerilidades, de exactitud y de fantasía, a

las que el razonador novicio atribuye un valor, lentamente, a consecuencia de un desarrollo que habremos de trazar, se establece una separación entre el razonamiento que encierra la prueba y el que escapa a ella; entre la lógica racional y la de los sentimientos. Esta, de primera intención, parece un residuo de la otra, hecha de restos y de escorias: nada de esto. Tampoco puede ser asimilada a una forma embrionaria, a una suspensión de desarrollo ni aun a una supervivencia, porque tiene su organización propia y su razón de ser. Está al servicio de nuestra naturaleza afectiva y activa, y no podría desaparecer sino en la hipótesis quimérica de que el hombre llegara a ser un ser puramente intelectual. Es posible, por lo demás, afirmar sin temor, que en el curso ordinario de la vida individual o social, el razonamiento afectivo es con mucho el más frecuente.

La LÓGICA DE LOS SENTIMIENTOS ha sido indicada por Augusto Comte en pasajes muy cortos, luego nombrada o reclamada por Stuart Mill y algunos contemporáneos. Pero no conozco ninguno de ellos que haya intentado tratar ni aun sumariamente esta oscura cuestión; confieso que no la abordo sin desconfianza, y que no presento lo que sigue más que como un bosquejo o un ensayo.

Este trabajo completa dos obras anteriormente publicadas: La Psicología de los Sentimientos, de la que podía formar un capítulo muy largo, y La imaginación creadora, porque el razonamiento afectivo es en muchos casos obra de fantasía. Trata una cuestión de psicología, individual en apariencia, pero también colectiva, puesto que los grupos humanos se forman y se mantienen por la comunidad de creencias, de opiniones, de prejuicios, y la lógica de los sentimientos es la que sirve para crearlos o impedirlos.



Lógica de los Sentimientos

CAPITULO PRIMERO

La asociación de los estados afectivos

I

A título de introducción, es útil, antes de estudiar el razonamiento afectivo, consagrar un corto capítulo a una forma más sencilla que se corre el riesgo de confundir con él: tal es la asociación de los estados afectivos.

Con excesiva frecuencia, la psicología de los estados intelectuales ha reducido a la asociación de las ideas funciones superiores a ella, es decir, más complejas: el juicio y el razonamiento. Esta asociación, que es de rigor en la escuela asociacionista, se encuentra en otras partes. Me ha parecido el procedimiento favorito de los antropólogos, etnólogos, mitógrafos, para explicar ciertas creencias y maneras de obrar del hombre primitivo. Sostienen todos ellos, que la clave de las supersticiones, operaciones mágicas, etcétera, «está en el hecho universal de la asociación

de ideas y en el error que hace tomar una asociación ideal, subjetiva, por una asociación real, objetiva» (1). Esta asociación es demasiado simplícista y muy dudosa. Un salvaje parte en son de guerra, encuentra a un animal y poco después mata enemigos, cuyas cabezas trae victoriosamente. Es posible que establezca entre los dos hechos una «asociación» y que vea en el animal un protector.

Pero esto es algo más que una asociación por contigüidad. Es la *afirmación*, verdadera o falsa, implícita o explícita, de una *relación* entre dos términos (el encuentro del animal, el triunfo); es una posición propia del individuo, una actitud personal frente a los hechos, una síntesis que él les impone y que es obra suya; en resumen, una operación lógica, juicio o conclusión.

Ahora bien, la asociación de base afectiva corresponde a la asociación por semejanza o contigüidad en el orden intelectual; es una materia para el razonamiento, una preparación, un camino hacia una función superior; y aquí la confusión es tanto más fácil entre estas dos operaciones, asociar de una parte, juzgar y razonar de otra, cuanto que en la psicología de los sen-

(1) Entre otros muchos, véase Tylor, *Civilisation primitive*, capítulo IV.

timientos los estados son vagos, sin caracteres determinados.

Sumariamente, y como anticipación, el *razonamiento* emocional puede definirse: un proceso cuya transmisión entera es afectiva, es decir, consiste en un estado de sentimiento que, permaneciendo idéntico o transformándose, determina la elección y el encadenamiento de los estados intelectuales; éstos no son más que un revestimiento, un medio necesario para dar cuerpo a esta forma de lógica. La *asociación* de base afectiva es muy diferente; se desarrolla al azar, sin ser dirigida hacia un fin predeterminado. No insisto, por el momento, en esta diferencia fundamental (véase, más adelante, cap. II) y me limito a la sola asociación de los sentimientos.

Es un tema embrollado, oscuro, poco explorado. Se ha estudiado muy cuidadosamente la asociación de los estados intelectuales entre sí (percepciones, imágenes, conceptos), la de los movimientos entre sí, la de las percepciones o representaciones con los movimientos. Se ha notado también el enlace entre los estados intelectuales y las emociones (ejemplo: el perfume de una flor evocando un estado de espíritu que antes ha coexistido con el mismo olor); pero de un enlace entre dos o varios estados afectivos, ¿qué hay que pensar?

En su forma rigurosa, absoluta, la cuestión

sería ésta: *¿Se produce la asociación entre estados puramente afectivos?* Así puesto el problema es imaginario: es buscar lo que no puede hallarse y agitar un enigma sin solución. Notemos, en efecto, que la efectividad pura, vacía de toda representación, si existe, es en extremo rara. Se puede aventurar, a título de ejemplos, el estado de beatitud producido por el haschich, la euforia de los moribundos, el estado penoso de incubación de la mayor parte de las enfermedades, la excitabilidad sin causa exterior y sin objeto de las neurosis, el miedo de todo y de nada, sin razón ni justificación, designado con el nombre de pánico, etcétera. Pero estas predisposiciones, por su naturaleza misma, escapan a toda determinación, por consiguiente, al mecanismo de la asociación y del razonamiento.

Es preciso, pues, descender de lo absoluto a lo relativo, de esta posición teórica e ideal a la vida real, y tomar los estados afectivos como son, envolviendo un elemento de conocimiento que les da un contenido y un sello. Este elemento intelectual es a veces muy débil, y siendo el hecho de conciencia total un compuesto binario, le denominamos afectivo, según el elemento predominante.

En esta forma restringida, el problema permanece todavía lleno de dificultades, y antes de discutirle es necesario desembarazar el terreno,

eliminando algunos modos de asociación que podrían desorientarnos, aunque sean extraños a nuestra cuestión.

1.º La transferencia de un sentimiento. Puede ser producido por semejanza; cuando un estado intelectual ha ido acompañado de un sentimiento muy vivo, un estado semejante o análogo tiende a suscitar el mismo sentimiento. Puede ser producido por contigüidad; cuando estados intelectuales han coexistido, el sentimiento, unido al estado inicial, si es vivo, tiende a transferirse a los demás. El amante transfiere el sentimiento asociado, primero, a la persona de su amada, a sus vestidos, sus muebles, su casa. En las monarquías absolutas, el culto a la persona del Rey se transfiere al trono, a los emblemas de su poder, a todo lo que de cerca o de lejos depende de él (1). Es evidente que en estos casos de transferencia, que son muy frecuentes en la vida individual y social, el hecho primario es una asociación de estados intelectuales. En el fondo no hay asociación de estados afectivos, sino simplemente la extensión de un sentimiento unido al primer término de la serie.

2.º Caso inverso al anterior. Una disposición emocional, permanente o temporal, causa

(1) Para un estudio detallado de la transferencia, me permito remitir a mi *Psicología de los Sentimientos*. Primera parte, cap. XII, Madrid, Jorro, editor.

la asociación de los estados intelectuales. El humor alegre, melancólico, el amor, el odio, no suscitan más que las asociaciones de ideas que convienen a la situación del momento; las demás son excluidas. El estado afectivo provoca, enlaza, sostiene las percepciones y representaciones; pero queda el mismo fuera de todo mecanismo de asociación.

Hechas estas eliminaciones, nuestro problema permanece intacto. Para resolverle, el medio de investigación más sencillo es examinar si los estados afectivos se asocian entre sí conforme a las leyes generalmente admitidas de semejanza y de contigüidad.

II

La asociación, por semejanza, ha suscitado largos debates que no puedo resumir, porque esta exposición episódica sería demasiado larga. Estoy con los que la tienen por compuesta, siendo la asociación por contigüidad la única elemental (1). El análisis muestra, en efecto, que

(1) Ya el escocés Th. Browu criticaba la palabra «asociación» como impropia. Y Sully emplea la expresión «sugestión por semejanzas»; W. James conserva la palabra porque está consagrada por el uso, pero la identifica con la asociación «localizada» que no tiene lugar más que entre estados compuestos. Muchos otros psicólogos contemporáneos sostienen la misma tesis en diversas formas.

supone dos momentos. El primer momento es la *asimilación*, la conciencia de las semejanzas, manifestación primordial de la facultad de conocer que se observa en los animales y los niños pequeños, fuente original de la abstracción y de la generalización. Esta aptitud espontánea para hacerse cargo de las semejanzas, es un trabajo del espíritu que nada tiene que ver con la asociación. El segundo momento consiste en una adición de atributos complementarios que se hace por contigüidad. Encuentro a una persona A, que me recuerda a un camarada B, que no he visto hace cuarenta años; a esto se llama una asociación por semejanza. ¿Qué ocurre de hecho? El conjunto de A, su estatura, su andar, su cara, sus ojos, su nariz, me dan una impresión de ya visto. Para que la visión de A no siga siendo un hecho aislado, que nada sugiere, para que evoque la imagen de B, es preciso, además, que los caracteres propios de B se añadan y produzcan así en mi conciencia la imagen completa o reputada como tal de B. Ahora bien; esta reintegración, esta tendencia de un todo a completarse, es el sello específico de la ley de contigüidad (1).

(1) Nótese que el acto de asimilación no percibe más que semejanzas parciales, lo cual le distingue del recuerdo, que es un semejante repetido y reconocido como tal.

Admitido esto, veamos en qué medida la asociación por semejanza se aplica a los estados afectivos.

1.º Hay la forma grosera, incompleta, designada a veces con el nombre de «asociación de las sensaciones análogas». Consiste en que las sensaciones dotadas de un tono afectivo semejante se asocian fácilmente. Nada más distinto por naturaleza que nuestras sensaciones externas y las cualidades que nos hacen conocer. Los datos de la vista y del oído no se asemejan en nada, como conocimiento del mundo exterior; sin embargo, hablamos de voces sombrías, claras, de colores chillones, de música coloreada. Asociamos la vista a las sensaciones térmicas: colores fríos, colores calientes. El gusto tiene su influjo: reproches amargos, crítica agrídulce. Finalmente, el tacto es quizá la fuente más abundante de las asociaciones entre la representación de una sensación física y un estado emocional: conmovedor, duro, tierno, pesado, firme, sólido, áspero, penetrante, punzante, picante, etc. Las lenguas expresan estos enlaces que se establecen espontáneamente, sin reflexión, por una asimilación semi-consciente que parece *sentida* más bien que conocida. La asociación es afectiva, puesto que se hace a despecho de la diferencia esencial entre las percepciones y representaciones. Pero ¿es una asociación verdadera?

Aunque así se admita corrientemente, otra hipótesis es posible: trataremos de esto más adelante.

2.º En un grado más alto, la asociación por semejanza se libra más del influjo de los estados intelectuales y el elemento emocional llega a ser predominante. Es el caso señalado por Fouillée «en que la asociación de los sentimientos por semejanza se extiende de un grupo a otro, notablemente de los sentimientos sensibles a los estéticos y morales, o a la inversa. El dolor del odio es *amargo*, la *alegría* de amar es *dulce*, la *tristeza* es *sombría*, la *preocupación* es *negra*, el *disgusto* es *acerbo* (1). En estos pares asociados, el primer término es un sentimiento vago o una emoción; el segundo sólo es derivado de una impresión sensible.

3.º Finalmente, hay la asociación afectiva pura, o al menos un fenómeno que se le parece: un sentimiento evoca otros de la misma naturaleza o análogos. La alegría suscita el afecto, la simpatía, la esperanza; la tristeza engendra la inquietud, la misantropía, el pesimismo; el miedo, un humor sombrío; la ternura despierta la piedad; la cólera, el deseo de venganza, etc., etc.

(1) Fouillée, *Psychologie des idées-forces*, t. I. El autor sostiene la tesis, muy probable en muchos casos, de que la asociación de ideas presupone la de las emociones, la cual presupone la de los impulsos.

Una cuestión delicada se presenta. ¿Es una asociación verdadera? ¿No sería más exacto admitir una difusión de los sentimientos—término vago que conviene a un fenómeno vago (1)—o una transformación, hecho más preciso que parece el resultado de una operación lógica inconsciente (véase, más adelante, cap. III, § 2)? En esta hipótesis, el paso de un estado afectivo a otro se haría, no por asociación, sino por una variación de intensidad creciente o decreciente, o bien por una modificación del contenido de los elementos intelectuales del sentimiento: así los que están incluidos en la cólera (bastante débiles por otra parte) no son idénticos a los que constituyen deseo de venganza.

Se ha criticado con razón la tendencia demasiado frecuente a tratar las ideas como cosas fijas, estables, siempre las mismas, estén aisladas o encadenadas en serie como harían piedras preciosas sucesivamente esparcidas y engarzadas en collar. Se olvidan las modificaciones recíprocas que resultan de su coexistencia en la conciencia, que nacen de sus relaciones. Este elemento de relatividad, este *tertium quid*, en modo alguno despreciable en cuanto a los estados intelectuales, importa mucho más todavía

(1) Se hallará una buena descripción de él en Rauh, *De la méthode dans la psychologie des sentiments*.

en cuanto a los sentimientos que no tienen síntomas claros, límites circunscritos. El paso de uno a otro se realiza por matices o disolución progresiva, más bien que por enlace entre términos. Preciso es reconocer que a medida que nos acercamos más a la pura afectividad, llega a ser más difícil ver los caracteres firmes, indiscutibles de una asociación.

III

La asociación por contigüidad, ley simple, elemental, expresión directa de un mecanismo psico-fisiológico, ¿es aplicable a los estados afectivos?

Si se trata de un enlace entre un estado intelectual y una emoción, la afirmación no es dudosa. La vista o la simple representación de un lugar puede despertar las alegrías o las penas que en él se han sentido. Nada más frecuente que un hecho semejante; los novelistas o los poetas lo han descrito muchas veces.

Pero si se trata de una asociación *directa* entre dos estados afectivos, la cuestión llega a ser más complicada. Sin duda, hay hechos que se pueden alegar: el perro que saborea un trozo de carne, pero se abstiene por miedo al látigo; el

niño que ambiciona la fruta prohibida, pero teme el castigo ya sufrido; el marido que soñando con los placeres del adulterio se representa la entrada de su mujer y la escena inevitable; el viajero que alegre camina por un camino desierto y piensa bruscamente en una agresión posible. Los casos de esta especie parecen reductibles a la ley de contigüidad, y no puede sostenerse que la asociación se hace directa y solamente entre una representación y otra, entre dos estados intelectuales enteramente escuetos; el sentimiento que une los dos términos forma parte integrante del cambio brusco. La diferencia es que la contigüidad intelectual (como la de una serie de palabras que se recitan de memoria) es simple y tendría por fórmulas $A-B-C$, en tanto que la forma afectiva es más compleja: $A S - B S^1 - C S^2$; designando por $S S^1 S^2$ la emoción concomitante.

Pero una observación bastante más importante es ésta: los casos enumerados, a los que se podría añadir una multitud de otros, tienen casi todos el carácter de que el enlace se hace por oposición, antagonismo, contraste. Este enlace entre dos contrarios merece un examen por dos razones: porque no hay acuerdo acerca de su naturaleza; porque si se acepta, como una forma de asociación, es preciso, con ciertos autores (Fouillée, Höffding, Sully), asignarle el primer

lugar en la vida afectiva en que es más frecuente que en cualquier otra parte.

El *contraste* no es una ley primaria de asociación: este punto se admite unánimemente. Es preciso, pues, reducirla a una de las otras dos. ¿A cuál? Aquí los psicólogos contemporáneos están divididos. Unos la reducen a la semejanza (James, Wundt, etc.). Otros a la contigüidad (Bain, Sully). Finalmente, se puede tomar un partido más radical: preguntarse si existe realmente una asociación por contraste y negarla (1). Evidentemente, no se trata de investigar si la sugestión se realiza de contrario a contrario—lo cual demuestra superabundantemente la experiencia—sino si esta relación de antagonismo es reductible al mecanismo de la asociación o si exige otra explicación. Puesto que la cuestión está abierta y es importante para nuestro objeto, séame permitido tratarla desde mi punto de vista.

Establezco primeramente dos clases distintas que un amor excesivo a la unidad ha hecho confundir erróneamente: los contrastes intelectuales en el orden del sentimiento. No son reductibles

(1) Es la opinión sostenida por Claparède en su libro acerca de *La asociación de las ideas*. Madrid, Jorro, editor. En él se encontrará también una buena crítica de los ensayos de reducción a la semejanza o a la contigüidad.

a las mismas causas, ni, por consiguiente, a las mismas explicaciones.

1.º *Contraste intelectual.*—Creo que es preciso buscar su origen en una operación primitiva del espíritu, la discriminación o diferenciación, la facultad de percibir dos estados de conciencia como diferentes. Corresponde a la función contraria de asimilación, y, según ciertos autores, es cronológicamente anterior, marcando el primer despertar del conocimiento. Abandono esta discusión, que es extraña e inútil para nuestro objeto.

El primer momento de la diferenciación es espontáneo, grosero, y no establece más que diferencias absolutas (ejemplo: el cerebro débil de un recién nacido que distingue un contacto de un sonido). Se reduce a la conciencia de dos estados heterogéneos, entre los cuales no hay ninguna medida común, ninguna relación, excepto la muy general y muy vaga de coexistencia o de sucesión en el tiempo.

El segundo momento supone un acto de comparación de un grado cualquiera: es la diferenciación comparativa. Implica entre los dos estados una medida común, es decir, en el fondo una comunidad de naturaleza (1) que las más de las veces no está reconocida explícitamente, pero

(1) Un casamiento, dice Wundt, puede hacer pensar en

obra como *substratum* inconsciente de la comparación. Así se forman pares de contraste, tales como grande-pequeño, pesado-ligero, encima-debajo, grueso-delgado, fuerte-débil, joven-vejejo, rico-pobre, verdadero-falso, vida-muerte, etcétera. Se ha alegado que «se puede, sin esfuerzo, hallar el origen de esta unión en el hábito, en la educación; que cuando éramos niños se nos ha presentado siempre, simultáneamente, las palabras y las cosas contradictorias, y que esta oposición perpetua ha creado entre las cosas opuestas relaciones de contigüidad». Esta observación es indisputable, pero por sí sola no explica nada. Hace notar un hábito contraído; permanece muda acerca de su origen.

En la hipótesis que propongo, el pensamiento por contraste resultaría, pues, de los dos actos distintos: el uno, creador, la diferenciación o discriminación; el otro, consolidador, la soldadura de dos términos derivados de una relación *directa* entre ellos, afirmada por repetición y que se asemeja de este modo a una asociación por contigüidad. Desde este momento sería posible una concepción parcial entre las dos tesis contrarias; la que reduce a la semejanza y la que prefiere la contigüidad; pero con la condición de

un entierro (unión y separación de los cónyuges), pero no en un dolor de muelas.

adicionarlas y a reserva del acto primitivo de diferenciación.

2.º El *contraste afectivo* es de otra naturaleza y más sencillo. Es preciso buscar su origen, no en las operaciones intelectuales, sino más bajo; en las variaciones fisiológicas del organismo. «Es propio de la vida afectiva moverse en el seno de los contrarios: está determinada de un extremo a otro por el importante contraste del placer y del dolor, y encontramos aquí efectos de contraste bastante mayores que en la esfera de las sensaciones. A una fuerte tensión sucede de ordinario un período de relajamiento y aun una tendencia a dirigir nuestra atención en un sentido opuesto, enteramente como el ojo cansado de un color busca el color contrario.» (Höfding. *Psicología*.) La génesis de los contrastes afectivos es debida a procesos totalmente distintos del mecanismo de la asociación, porque su origen está en las acciones y reacciones vitales. Es posible representarse esta génesis como sigue: En el principio una disposición general resultante de la nutrición, de la circulación, de la digestión, de la fatiga, en resumen, del estado de todo el organismo, que se traduce por la actividad o la inercia, la excitación o la depresión, siguiendo oscilaciones de duración variable y un carácter rítmico, regular o irregular, que es una ley de la vida. Además de esta

disposición general hay muchas necesidades, apetitos, tendencias, deseos o aversiones, uno de los cuales, por una causa cualquiera, domina momentáneamente, luego es reemplazado por otro. Estas tendencias pueden ser convergentes (conservación del individuo) o coexistentes sin interferencias entre ellas, o de contraste.

Disposiciones o tendencias son la causa inmediata de la agrupación estable o inestable de las imágenes o conceptos. Determinan una sistematización parcial, una representación de base afectiva. Así nos son dados en la experiencia, contrastes de sentimientos como los que siguen: el que lleva una vida agitada aspirando al descanso o inversamente, el optimismo sucediendo en relámpagos al pesimismo de un melancólico, el amor y el odio alternando en los celos; la enfermedad, la ruina, la miseria, el disgusto permanente de un ser amado evocando en algunos cortos momentos la alegría, en otro tiempo gustada, de los estados contrarios. Se ha notado hace mucho tiempo que la actividad espontánea, automática del espíritu, produce en los ensueños un trastorno de las disposiciones y tendencias habituales; el hombre sobrio saborea en sueños abundantes libaciones, la prostituta tiene visiones angélicas, etc. (Gratiolet, Griesinger, Lombroso.) Más recientemente, Sante de Santis, en un trabajo especial (*I Sogni*, Torino, 1899, pági-

nas 278 y siguientes), ha notado un cierto número de casos en que las emociones de la vigilia se reproducen durante el sueño, pero bajo una forma contraria; él los llama «sueños por contraste emocional».

Pero ninguno de estos pasos del contrario al contrario es una asociación. Son el efecto de la energía de nuestro sistema nervioso, que es limitada. Si una acción duradera le agota en una dirección, el organismo exige reposo o una excitación diferente. En la vida afectiva no existen de hecho y positivamente más que estados que recíprocamente se estorban, se excluyen, se destruyen. En tanto que no se sale de aquí, los fenómenos son diferentes, desemejantes, no están establecidos como contrarios, sino por el sujeto que conoce y *piensa*; es decir, por un acto intelectual.

La idea de contrario, de contradicción, y por consiguiente de contraste, es una categoría de nuestro entendimiento, una forma de nuestro pensamiento que imponemos a las cosas para ordenarlas y hacerlas inteligibles.

Esta noción es extraña a la afectividad pura; de donde resulta para la lógica de los sentimientos una consecuencia que se indicará más adelante (cap. II, 3). Aun para el placer y el dolor, que siempre se presentan como absolutamente antitéticos, una hipótesis muy sostenible podría

reducirlos a dos momentos de un proceso fundamental único (1).

IV

Si se trata de reunir los resultados un poco confusos de nuestra información, he aquí lo que de ella puede deducirse:

1.º La asociación entre estados afectivos puros es imposible.

2.º La sucesión por contraste es muy frecuente en la vida de los sentimientos; pero el contraste afectivo, a pesar de las apariencias, es de naturaleza completamente distinta de la asociación propiamente dicha.

3.º La asociación por contigüidad parece asignable a algunos casos; tampoco es más seguro que las más de las veces no se reduzca a una sucesión por contraste.

4.º En cuanto a la asociación por semejanza, agita el problema antes indicado: ¿es una asociación o un juicio? La cuestión es oscura y

(1) Véase *Psicología de los Sentimientos*, Madrid, Jorro, editor. Notemos el carácter muy sugestivo de la «asociación» por contraste. No se encuentra más que en la vida corriente y la literatura, bajo la forma de la antítesis que refuerza los sentimientos opuestos, concentrando en ellos la atención.

no puede ser tratada más que por la psicología. Para la lógica, para el juicio, no existe sino bajo su forma adulta, como una función provista de todos sus órganos—sujeto, atributo, cópula—y traduciéndose mediante palabras. Tal es al menos la concepción esquemática que ha prevalecido durante siglos y que subsiste todavía en los tratados contemporáneos, salvo algunas excepciones. Para la psicología, el juicio es una función de evolución completa cuyas etapas pueden seguirse desde su formación embrionaria hasta el término final en que se confunde con el razonamiento, porque aparece como la *conclusión* de una operación inconsciente cuyo resultado sólo es conocido.

Höfding (*loc. cit.* primer artículo), ha mostrado al pormenor que la forma real del razonamiento difiere muchas veces de la forma lógica, que a su vez difiere de la gramatical. Consúltese también acerca de las relaciones del juicio con la percepción (intuición) y la asociación de ideas.

En su interesante monografía *Die Urtheilsfunktion* (Wien, 1895), Jerusalem ha dado algunas indicaciones sobre las etapas progresivas de la evolución del juicio.

Primero, las formas primitivas: el «juicio sensible» (*Sinnesurtheil*) o perceptivo (Morgan) incluido en una percepción, salido de la observación directa, tal como la afirmación de que una casa arde; —los juicios llamados impersonales, sin sujeto, tales «como llueve, nieva, parece», etc. Algunos autores los consideran como un resto de la época lejana en que las diferentes clases de palabras (partes del

-discurso) no estaban todavía diferenciadas; —los juicios expresados por una sola palabra: bravo, mal, valor, etcétera, que son supervivencias del tiempo en que la proposición, bajo su forma analítica, no estaba todavía constituida.

La forma definitiva se logra cuando el desarrollo del lenguaje hace pasar del período de las raíces a la división en sujeto y en predicado. Entonces la formación de las ideas generales concretas llega a ser posible por afirmación de semejanzas y de diferencias.

Finalmente, muchos juicios son más que una simple afirmación. Encierran un germen de inferencia y son como la conclusión de un razonamiento o de una operación complicada que se le parece. (Los juicios calificados de intuitivos son aquellos en que este elemento de inferencia está en su *minimum*). Sea un hecho tan sencillo como éste: Un niño se ha quemado con un alimento que humea; desconfía del humo. Hay en esto más que una observación o una asociación por contigüidad, que sería la percepción actual evocando el dolor pasado y nada más. Hay la espera, la conjetura, la creencia y aun la afirmación de un dolor futuro, es decir una anticipación de la experiencia, una inducción rudimentaria. Psicológicamente y fuera del formalismo explícito de los lógicos, la transición es, por tanto, insensible del juicio al razonamiento. (Para más pormenores, consúltese J. Sully, *The human Mind*, t. I, p. 457 y siguientes.)

Esta forma embrionaria se encuentra, en varios casos, notablemente en las percepciones; prescindo de ellos para evitar toda confusión. Se trata únicamente de fijar la naturaleza del enlace establecido entre una sensación y un sentimiento (acogida fría, ardiente amistad) o dos sensaciones (ejemplos citados anteriormente).

Ahora bien; la alternativa—asociación, juicio— parece más bien abierta en favor del juicio, el cual sólo es una explicación completa. Sin duda es un juicio muy primitivo, la afirmación de una vaga semejanza. Pero para la psicología, afirmar por un acto o por palabras, tal es el carácter esencial y permanente del juicio a través de sus transformaciones de lo simple a lo complejo. Los que reducen el juicio y el razonamiento a la asociación, no ven más que los términos, no sus *relaciones*. Ahora bien; no basta percibir términos asociados por contigüidad o semejanza, hay que comprender la relación que los une. Asociar y juzgar son dos operaciones distintas, aun cuando en el límite sea algunas veces difícil distinguirlas. La asociación es la condición del juicio: éste no aparece sino cuando la atención se fija menos en los términos que en sus relaciones. Se ha hecho también notar que la asociación no está nunca terminada en sí misma, que numerosos miembros pueden añadirse a ella sin cesar; en tanto que en el juicio un proceso es separado de su conexión con el resto de las ideas; está aislado, por decirlo así, acabado en la conciencia. Juzgar, dice Jerusalem (*op. cit.*), es menos analizar o unir que poner un objeto que existe por sí mismo y de un modo independiente. El juicio es una representación modificada en el sentido de que nos representamos un

hecho de otro modo después que antes del juicio. ¿De dónde viene esta modificación? De que todo juicio no es sólo una representación, «sino un hecho, un acto de voluntad». Debe siempre contener algún elemento afectivo (*Gefühl*): es el interés que sentimos en realizar la función de juzgar.

Sin investigar si el autor no concede demasiado al sentimiento y a las tendencias en la constitución de los juicios, y si no los hay que son sufridos por el sujeto, impuestos por la naturaleza objetiva de los fenómenos, un punto queda adquirido: es que no se puede atribuir a la asociación sola una masa de hechos que recientemente se le atribuyen. Así en las obras de estética se habla sin cesar de las afinidades entre las sensaciones luminosas y las auditivas, de la escala de los colores y de la de los sonidos, la melodía es comparada al dibujo, etc.; los críticos son pródigos en comparaciones de este género, y se las explican por asociación. Lo que engaña es que estas locuciones, sin cesar repetidas, fijadas por la costumbre, parecen producto de una operación enteramente automática. Sería más exacto ver en ellas un juicio, una afirmación de base inconsciente resultante, no de una comparación reflexiva, sino de un acto espontáneo de la atención percibiendo relaciones de semejanza. Sin embargo, es un juicio de una naturaleza es-

pecial; es *afectivo*, es decir, procedente de nuestra organización emocional. El es el elemento principal de la lógica de los sentimientos y será estudiado como tal en el capítulo próximo.

Nuestra conclusión es, pues, principalmente negativa. Sin embargo, esta discusión ha tenido la ventaja de enseñarnos que no es en la asociación donde hay que buscar las condiciones de la estructura y del encadenamiento de los razonamientos efectivos.

CAPITULO II

De los elementos constitutivos de la lógica de los sentimientos

I

La vida afectiva—comprendo en este término los instintos, tendencias, deseos, aversiones; los estados más complejos designados bajo el nombre de emociones, tales como el miedo, la cólera, etc.; las pasiones, es decir, emociones estables e intensas—puede obrar de tres maneras principales:

Bajo una forma fisiológica traducida directamente, por los cambios exteriores e interiores del cuerpo: es la expresión de las emociones.

Como factor del compuesto que se llama una volición, en que los estados afectivos están mezclados con estados intelectuales, percepciones o representaciones, y forman con ellos un todo de que son elemento activo, es decir, el que mueve o detiene.

Como suscitando, agrupando y encadenando series más o menos largas de representaciones, simples o complejas, concretas o abstractas. En mi opinión, esta tercera forma resume, al menos en la mayor parte, lo que la psicología de las facultades señalaba bajo la denominación vaga «de influjo de la sensibilidad sobre la inteligencia».

Sin embargo, este influjo, que es algunas veces un dueño imperioso, se produce bajo dos formas que muchos psicólogos contemporáneos han confundido demasiadas veces.

La una, inferior, es la simple asociación de ideas de base afectiva, evocada y mantenida por una tendencia, una emoción o una pasión; acabamos de hablar de ella.

La otra, superior, supone la asociación, pero la excede. La disposición afectiva no deja ya el enlace de los estados de conciencia producirse libremente y como al azar; practica una elección, se dirige a un fin consciente o inconsciente, descuida o suprime todo lo que de él la aparta: es el *razonamiento afectivo o emocional*, que formará el objeto de este estudio.

Varios autores han hablado de la LÓGICA DE LOS SENTIMIENTOS (A. Comte, Stuart Mill y algunos contemporáneos); pero no conozco ninguno que haya intentado tratar, ni aun sumariamente, esta oscura cuestión. Confieso que no la abordo

sin desconfianza, y que no presento este trabajo más que como un bosquejo y un ensayo.

Primeramente, afirmar una lógica extrarracional no es una paradoja que debe sublevar a los lógicos. ¿La naturaleza afectiva del hombre no es la causa más frecuente de lo ilógico? Evidentemente, estas dos formas que opondremos sin cesar una a otra—lógica afectiva, lógica racional—deben ser muy distintas. Para reunir las legítimamente bajo una denominación común, es necesario, pues, que tengan un fondo común: este es el *razonamiento*, es decir, la materia propia de toda lógica. Su mecanismo varía mucho de una a otra, como lo veremos en la continuación de este capítulo, pero en ambos casos, conserva un sello propio, el único que importa al psicólogo, el de ser una operación mediata que tiene por término una conclusión.

Es inútil transcribir aquí las numerosas definiciones del razonamiento que se encuentran en los tratados de lógica; muchas tienen una forma puramente intelectual, por consiguiente, no adoptada a nuestro fin. De todas estas variantes se desprende un carácter general: que el razonamiento es una anticipación, un ensayo, una conjetura, una marcha de lo conocido a lo desconocido. Si esta fórmula parece incompleta o demasiado vaga, se puede adoptar la definición de Boole, que es precisa: «El razonamiento es la

eliminación del término medio en un sistema que tiene tres términos.» Se verá a continuación que esta fórmula es rigurosamente aplicable al razonamiento afectivo.

Una larga civilización ha habituado hasta a los espíritus poco instruídos, todavía más a los que han sido formados por la disciplina científica, a admitir sin reflexión, que la lógica racional, objetiva, exacta, se ha producido espontánea, naturalmente, y que los lógicos no han tenido más que extraer de ella sus reglas. Tenemos, por el contrario, teóricamente y de hecho, excelentes razones para admitir que la lógica racional pura es el resultado adquirido de una lenta diferenciación. Cualquier opinión que se adopte acerca del origen y la evolución de la humanidad, es cierto que en un momento cualquiera la facultad de inferir se ha manifestado en ella; pero bajo una forma compuesta y heterogénea. Suscitada y mantenida por necesidades vitales y deseos, ha sido primero exclusivamente *práctica*, en modo alguno especulativa, y sus primeros pasos han debido ser incoherentes y poco seguros (1).

(1) ¿Cómo la lógica se ha formado en la cabeza del hombre? Ciertamente por el ilogismo cuyo dominio originariamente ha debido ser inmenso. Una cantidad innumerable de seres que deducían de otro modo que nosotros lo

Conviene insistir acerca de este momento primitivo en que las dos formas de lógica, afectiva y racional, están tan estrechamente mezcladas y confundidas, que ni aun se sospecha una separación posible entre ellas; en él se ven, en resumen, las semejanzas y las diferencias de estas dos lógicas.

Se ha creído y conjeturado mucho acerca de la constitución mental del hombre primitivo. Ni las teorías generalmente admitidas, ni las críticas y dudas que han suscitado, importan a nuestro asunto; porque, aparte de esta reconstitución hipotética del hombre perteneciente a la prehistoria, tenemos los salvajes actuales, que con razón o sin ella, son considerados como equivalentes. Acerca de éstos se tienen numerosas noticias, variadas, positivas. Lo que de ellas resulta es el nivel muy inferior de sus facultades lógi-

hacemos ahora, ha debido desaparecer. Esto parece cada vez más verdadero. Aquel que, por ejemplo, no llegaba a descubrir bastante a menudo las semejanzas por lo que se refiere al alimento, o por lo que toca a los animales, sus enemigos; el que, por lo tanto, establecía con demasiada lentitud categorías o era demasiado circunspecto en sus subsunciones, disminuía sus probabilidades de duración más que el que, para las cosas semejantes, concluía inmediatamente en la igualdad. Sin embargo, hay una inclinación predominante a tratar desde el principio las cosas semejantes como si fueran iguales—tendencia lógica, en suma, porque en sí nada hay igual—que es la primera que ha creado toda base de la lógica. Nietzsche, *Le gai savoir*, libro III, párrafo 111.

cas: ineptitud para la abstracción, dificultad extrema para encadenar las ideas conforme a relaciones objetivas, etc. Pero el salvaje es capaz de razonamiento práctico, formado con ayuda de percepciones y de imágenes, *términos medios* que le conducen al resultado deseado, es decir, a una *conclusión*. Es esta la forma inferior del razonamiento imaginativo que estudiaremos más tarde al pormenor, y que se encarna en una creación de orden material o espiritual. Estos ensayos de inferencia tienen sus raíces en las necesidades vitales. Responden a las cuestiones que el salvaje se pone frente a los agentes naturales y sobrenaturales. Su razonamiento, como cualquier otro, consiste en hallar intermediarios que le conduzcan al término final. Para convencerse de ello, recuerde el lector sumariamente los procedimientos que el hombre primitivo ha combinado en vista de sus necesidades: para su alimento (caza, pesca); para protegerse contra la intemperie (vestidos, habitaciones); para el ataque y la defensa contra los animales y sus semejantes (las armas, que llegarán a ser más tarde instrumentos); su conclusión sobre la existencia de un «doble», resultado de sus conjeturas sobre los ensueños, el desvanecimiento, las enfermedades, etc., sus inducciones sobre los ritos que observar, sobre los actos propiciatorios para con los seres sobrenaturales, sobre todo, ma-

los. En todos estos casos—y la enumeración está lejos de ser completa—imagina, inventa, pero no libremente; el trabajo imaginativo no es una pura fantasía, está condicionado por el fin. La serie de las percepciones y de las imágenes que componen la construcción de su saco, de su red de corteza o de sus ritos, son para el hombre no civilizado los términos medios de este razonamiento concreto, en actos, cuyo último término es el éxito o el fracaso.

Ahora, notemos la inevitable consecuencia de estos razonamientos concretos, sin cesar repetidos.

Es que se ha establecido a la larga una distinción muy importante entre dos categorías de casos:

Aquellos en que la conjetura, la previsión, el razonamiento, son siempre o las más de las veces justificados por la experiencia.

Aquellos en que el resultado contrario sobreviene siempre, o las más de las veces.

Se establece así una distinción entre los casos ciertos y los inciertos. Durante este período de la evolución lógica, la experiencia es el único modo de comprobación, el criterio. Gracias a ella se dibuja una diferenciación: el razonamiento objetivo, conforme a la naturaleza de las cosas, probatorio, racional, tiende a formar un pequeño dominio en el campo ilimitado del ra-

zonamiento subjetivo, de conclusiones simplemente probables.

Esta segregación es el primer ensayo—natural y espontáneo—de una constitución de la lógica pura que ha progresado, *pari passu*, con los progresos de la técnica. Sería fácil dar las pruebas de ello apoyándose en los documentos históricos. La técnica es madre de la lógica racional: la invención de los instrumentos, de los útiles, de la fundición de los metales, de la navegación, de la astronomía, de la agrimensura, etc., en razón de las necesidades prácticas que la rigen, ha habituado al espíritu humano a la disciplina en el razonamiento. Sin embargo, no olvidemos que esto no se ha producido de golpe, y que la inferencia racional no ha surgido en un solo esfuerzo, pura de toda mezcla afectiva. Para alcanzar su objeto, sea éste una pieza de caza, una estratagema para vencer a su enemigo, una curación o una de las numerosas fantasías que ignoramos, el hombre primitivo ha debido inventar los términos medios. Entre estos medios obtenidos por intuición, ensayos, azar, los unos eran eficaces, otros nocivos, otros indiferentes, y si la experiencia ha puesto en evidencia los que son adecuados al objeto y los que de él la apartan, ha permanecido muda acerca del tercer grupo. Es cierto que los razonamientos primitivos que han dado resultado en razón de su ra-

cionalidad, es decir, de su adaptación a la naturaleza de las cosas, no eran puramente racionales, sino mezclados con elementos emocionales o imaginativos, que eran estimados de igual valor; todo esto formaba una masa. Sabido es cuán impresa está la técnica primitiva de un carácter hierático. Operaciones tan profanas para nosotros como la fabricación de un instrumento o la construcción de una choza, exigen para el no civilizado una intervención sobrenatural, oraciones, sacrificios, encantamientos, ritos varios, fórmulas mágicas. Según su modo de razonar, son estos intermediarios indispensables para llegar al objeto. Es la parte de la lógica de los sentimientos, y la otra permanece todavía medio envuelta en esta ganga. Sólo a renglón seguido de una larga cultura, la indiferencia, la futilidad de estos medios aparece claramente, y la emancipación de la lógica racional es completa. Todavía no sería preciso mucho esfuerzo para descubrir, aun en nuestros días, en operaciones análogas, vestigios de la lógica emocional.

Habiendo indicado el momento de la separación de las dos lógicas, y las causas de este divorcio, nada más tenemos que decir de la lógica racional y de sus progresos. Recordemos solamente que se ha mostrado muy pronto celosa de rigor y de pureza; se encuentra un excelente ejemplo de ello en el método preciso de los geó-

metras griegos, en el apriorismo afectado de su ciencia, que parece extraña a la experiencia, en su origen, sin relación con ella en su desarrollo.

Cuando el razonamiento, este instrumento natural de exploración, ha sido afirmado y afinado por el ejercicio, la costumbre y una aplicación perseverante a materias muy diversas; en resumen, después de muchos resultados alcanzados por los procedimientos racionales, han venido los lógicos, que han analizado, ordenado las inferencias correctas, y han compuesto, después de reflexionar, tratados de pretensiones reguladoras. Aun cuando la lógica regular esté totalmente excluída de nuestro estudio, es instructivo recordar el orden que ha seguido en su desarrollo natural. No ha admitido, primeramente, más que las formas más abstractas y más rigurosas del razonamiento (Aristóteles). El culto de la lógica formal, como tipo de la perfección, ha sido la regla en la antigüedad y en la Edad Media. La inducción ha sido principalmente obra de los modernos. Actualmente, la invasión de la psicología en las obras de lógica, «el psicologismo», como le llaman los puros lógicos que protestan (1), es un paso más hacia la rea-

(1) Véase principalmente Palagyi, *Der Streit der Psychologen und Formalisten in der modernen Logik*, Leipzig, 1901; Husserl, *Logische Untersuchungen*, Halle, 1900.

lidad y la vida. Se ha podido decir, con razón, «que si la lógica moderna ha añadido algo a la antigua, es rehusando tratar la validez del pensamiento como una cosa que se puede estudiar y formular fuera de los hechos actuales de la experiencia», que su tendencia es colocar el criterio de validez en los límites de la práctica. El tipo de la verdad, es el que puede ser comprobado por la experiencia; el error, lo que fracasa en la acción.

Todo lo que precede puede resumirse así: marcha continua de lo abstracto a lo concreto, de lo formal a lo real, de lo necesario a lo contingente. Dado este momento, ¿no es natural descender todavía más bajo siguiendo esta pendiente, en el mundo caótico, informe, desdeñado de la lógica de los sentimientos, y preguntarse lo que ésta es?

Probablemente algunos dirán: Vuestra lógica de los sentimientos está hace ya mucho tiempo conocida y estudiada. Forma un capítulo de toda lógica, con el título de falsos razonamientos, sofismas, paralogismos. Esta concepción del asunto, que no podría ser discutida útilmente sino más tarde, es inexacta y parcial. Hay sofismas que nada tienen de afectivo, y razonamientos afectivos que no son sofismas. La lógica de los sentimientos y la sofística no pueden sobreponerse, salvo en algunos casos. Su diferencia de

punto de vista y de procedimientos entre el razonamiento racional y el afectivo, excluye toda identificación de los dos casos, sin lo cual habría, no dos lógicas, sino una sola.

La inferencia libertada de los procedimientos racionales, es forzosamente sospechosa. ¿Por qué, pues, esta forma de razonamiento inferior, eventual, las más de las veces engañosa, persiste sin dejarse suplantar? Porque la lógica racional no puede extenderse al dominio entero del conocimiento y de la acción. Ahora bien; el hombre tiene una necesidad vital, irresistible, de conocer ciertas cosas que la razón no puede alcanzar, de actuar sobre ciertas personas o cosas, y la lógica formal no le da los medios. En una palabra, la lógica de los sentimientos, sirve al hombre en todos los casos en que tiene un interés teórico o práctico (en el fondo siempre práctico) en establecer o justificar una conclusión, y en que no puede o no quiere emplear los procedimientos racionales.

Después de este largo preámbulo, abordemos el estudio de los elementos constitutivos de la lógica afectiva: los términos, las relaciones.

II

LOS TÉRMINOS

Uno de los caracteres esenciales del razonamiento afectivo, es que se compone exclusiva o principalmente de conceptos y de juicios de coeficiente emocional, de grados variables. Decimos conceptos y juicios, lo cual es en el fondo un pleonasma; porque el concepto, como se verá después, no es más que un resultado de juicios, una condensación, una abreviación. Se puede, por tanto, decir que se compone de juicios afectivos.

El razonamiento intelectual es otro. Los materiales que emplea son de naturaleza diversa, pero deben estar puros de todo elemento emocional; son, dejando a un lado por el momento la cuestión de las relaciones: 1.º, simples signos o símbolos, como en las matemáticas, la silogística, las fórmulas químicas, etc.; 2.º, los abstractos superiores, que son palabras, acompañadas a veces de una representación vaga, como los conceptos más generales de la física, de la economía política, etc.; 3.º, los abstractos medios, que son representaciones más o menos esquemáticas; así la imagen vaga de un hombre como sustituto de todos los hombres; 4.º, estados de

conciencia concretos, percepciones; por ejemplo, cuando del acto de una persona juzgamos su carácter o inversamente. En verdad, algunos psicólogos han sostenido que ningún estado intelectual, cualquiera que sea, va completamente desnudo de un acompañamiento afectivo. Inútil discutir esta aserción teórica cuyo examen sería demasiado largo. Aun admitiéndola, este elemento emocional sería tan débil para las formas más altas de la abstracción, que haría posible, en la *práctica*, olvidarla sin ningún riesgo de error.

Por el contrario, en los conceptos o juicios que llamamos afectivos, la representación es un elemento secundario, cuyo solo papel es servir de *substratum* al estado de conciencia, fijarle, dar a la fluidez del sentimiento una forma concreta, y, por decirlo así, cuajarla. En este compuesto binario, en este par representativo-afectivo, aun cuando este último elemento sea el principal por definición, la experiencia muestra que su predominio puede variar de la simple tendencia, que solicita apenas la conclusión, al arrastre ciego que la impone. De donde este resultado anticipado cuya prueba tendremos luego: entre la lógica de los sentimientos y la de la razón no hay separación natural. Ciertos casos son igualmente asignables a la una o a la otra. Si se opta, es arbitrariamente, no teniendo

ningún instrumento de medida para pesar y comparar los dos elementos cooperantes.

Así, pues, un papel análogo al de las ideas generales o abstractas en la lógica racional, es transferido en la lógica emocional a estos estados de conciencia particular que acabamos de poner aparte y fijar imperfectamente. Los designaré en adelante bajo los nombres de *conceptos-valor*, o *juicios de valor*, o simplemente *valores*.

La noción de valor ha penetrado lenta y tardíamente en las ciencias filosóficas. En nuestros días, tan sólo ha llegado a ser de un uso corriente en diversos países; pero en Francia, hasta ahora, menos que en otras partes. Este término tiene, sin embargo, la ventaja de fijar mediante una denominación consagrada y definida, una categoría especial de conceptos, única que permite comprender y tratar claramente la lógica emocional.

Primeramente, algunas palabras sobre su corta historia (1). En Alemania se ha pretendido hacerla comenzar con Kant, según algunos pasajes de una interpretación dudosa. Hubiera sido más justo citar a Lotze, cuya máxima favorita es que «allí donde dos hipótesis son igualmente

(1) Para los pormenores de esta historia, véase Segond, *Revue philosophique*, 1902, septiembre, t. LIV, pág. 262 y siguientes.

posibles, una que concuerda con nuestras necesidades morales, otra que las contradice, es preciso escoger la primera», principio que pone de relieve la noción de valor. En realidad, esta noción es de origen económico. En la obra clásica de A. Smith, acerca de *La riqueza de las naciones*, es donde conviene buscar su origen; el valor es reducido a la utilidad, y la utilidad a la satisfacción de las necesidades y de los deseos del hombre; el principio del valor es, pues, para él, claramente psicológico, y esta concepción subjetiva, largo tiempo abandonada por los economistas, ha vuelto a estar en favor en estos últimos tiempos. Taine y Guyau la han dado un lugar en sus estudios estéticos; pero el gran propagandista de la palabra y de la cosa es Nietzsche, sea que quiera establecer una «tabla de los valores» o restablecer «la ecuación aristocrática de los valores», o infamar «los valores de decadencia», o bien rehacer en sentido inverso el trabajo de los moralistas y de los sacerdotes, operando una trasmutación de todos los valores (*Unwerthung aller Werthe*) o celebrar «a los fuertes que crean valores». En tanto que el autor de *Zarathoustra* lanzaba sus brillantes ideas al público, otros trabajos de forma más científica se seguían en Alemania, sobre todo en Austria con Ehrenfels, Kreibig, Meinong, Eisler, Cohn, etcétera; en América, con Urban; en Francia, no

voy a citar más que a Tarde y sus teorías sobre el papel capital de las creencias y del deseo (1).

A más de estos estudios especiales, es preciso mencionar los trabajos de los lógicos contemporáneos acerca de la naturaleza del juicio. Leyendo las antiguas lógicas, se podría creer que el juicio es siempre un acto absolutamente intelectual, la afirmación o la negación de un ser que es puro *pensamiento*. Esta concepción esquemática no conviene a la totalidad ni aun a la mayoría de los casos; es un servicio que la psicología, fundada en la observación y en la experiencia, ha prestado a la lógica, el transformarla en este punto, mostrando que el juicio nos conduce al corazón de la individualidad, que es, como la voluntad, una toma de posesión por la individualidad activa, que muchas veces la revela. Según la observación de W. Stern (2), la dinámica del juicio depende tan poco de su obje-

(1) Indico el título de las principales obras de útil consulta sobre esta cuestión: Ehrenfels, *System der Werttheorie*, 2 volúmenes, 1897-1898, Leipzig, Reiland; Meinong, *Psychologisch-ethische Untersuchungen zur Wert-Theorie*, 1894, Graz; Kreibitz, *Psychologische Grundlegung eines Systems der Wert-Theorie*, Wien, 1892; Eisler, *Studien zur Wert-Theorie*, Leipzig, 1902; Cohn, *Beiträge zur Lehre von Wertungen*, *ap. Zeit f. Philos.* Bd. 8. Heft. 2, 1902; Urban, *Psychological Review* (mayo y junio, 1901), y artículo *Value* en el *Dictionary* de Baldwin; Tarde, *Logique sociale y Sociologie économique*.

(2) *Psychologie der individuellen Differenzen*, cap. X.

to, que investigaciones sobre fenómenos muy elementales (claridad, sonido, tacto, etc.), pueden iluminar los procesos complicados de la vida corriente. Con frecuencia, el juicio implica cualidades que no son de orden intelectual, pero que están enlazadas con nuestra naturaleza afectiva o activa, tales como la decisión o la indecisión, la sugestibilidad o su contrario, etc.

Esta conclusión es, en otros términos, la de los lógicos contemporáneos que han rechazado el estudio *en abstracto* y puramente formal del juicio. Distinguen por una parte los juicios de hecho, de afirmación, de descripción, que llaman algunas veces «de existencia»; por otra parte, los juicios de apreciación, de importancia, de significación de las cosas, en que según la expresión de Lotze, el elemento determinante está más bien en la conveniencia emocional que en la consistencia lógica»: estos son los juicios de valor. Estas dos categorías son irreductibles una a otra.

Esta breve exposición histórica nos dispone para hacer más amplio conocimiento con los valores, estudiando: primero, su naturaleza; segundo, su dominio.

I.—La naturaleza propia de estos juicios o conceptos, aparece ya en masa. El concepto o juicio de valor contiene dos elementos:

Uno representativo, constante, invariable; por él se asemeja a los conceptos puramente intelectuales.

Otro emocional, variable, inestable, de carácter dinámico.

El elemento racional es objetivo, de origen cósmico. Obtiene substancia de la Naturaleza comprendida en el sentido de los antiguos, trata de expresarla y fijarla en los conceptos de las matemáticas, de la mecánica, de la astronomía, de la física, de la química; bastante menos exactamente en los conceptos biológicos, muy aproximadamente en el orden psicológico y social.

El elemento emocional, por su parte, es francamente subjetivo, antropomórfico, e imprime este sello distintivo a toda la lógica de los sentimientos.

A título de ilustración y suplemento, transcribo, según los autores precitados, algunas definiciones de la noción del valor.

La de Kreibig (*loc. cit.*) es la más explícita: «Por valor en general designo la importancia que el contenido de una sensación o de un pensamiento tiene para el sujeto, gracias a un sentimiento actual o al estado de tendencia, que es combinado por este contenido, inmediatamente o por asociación.» (*Vermöge des mit ihm unmittelbar oder associativ verbundenen aktuellen oder dispositionnellen Gefühles.*

Witasek (*loc. cit.*): «Hay sentimientos para los cuales no basta que su objeto esté solamente representado, cuyas condiciones psíquicas no están cumplidas por una simple representación, sino que exigen más; son los sentimientos de valor.» (*Werthgefühle.*) «El valor está siempre en relación íntima con el deseo. En lo moral, lo esencial es el valor; allí todo valor es sentimiento, e inversamente, todo sentimiento es valor.»

«El valor no tiene existencia propiamente objetiva; está determinado por el deseo, el cual debe ser enlazado al sentir; pero es falso que el deseo es necesariamente determinado por el placer o el desagrado personal.» (Ehrenfels).

Para Urban (*loc. cit.*): «La descripción y la evaluación de los valores emocionales está invariablemente en razón de sus relaciones con la eficacia voluntaria. Vistas objetivamente aparecen como predisposiciones causales a juicios y a actos. Vistas interiormente, son constantes, dinámicas, es decir, que su valor está en su relación dinámica con la volición.»

De estas fórmulas, a las que podría añadirse otras, con excesiva frecuencia desprovistas de claridad, se desprende una concepción casi idéntica; la sola diferencia es que los unos se inclinan en el sentido afectivo puro; los otros, en el sentido dinámico (necesidades, tendencias, de-

seos), lo que acerca el juicio de valor a la volición.

Se puede ir más lejos. Puesto que el análisis de los valores nos lleva a las manifestaciones más generales y más elementales de la vida psico-orgánica, es natural buscar su origen en la *biología*. Es la tesis sostenida por Eisler. Para él la noción de valor es enteramente subjetiva, y objetivarla es «cometer la falta de los que objetivan la *fuerza*; el concepto de valor es un simple auxiliar de la descripción total... La explicación verdadera es la que reduce los valores a las funciones genéricas de la actividad vital, es decir, al modo constante de reacción de los elementos últimos, a los procesos elementales, que finalmente los deduce del principio de la conservación orgánica, entendido, no en el sentido metafísico, sino en el sentido empírico de la oscilación alrededor de un estado de equilibrio perfecto... La inteligencia no es creadora de valores, no hace más que reconocer los valores existentes, los cuales son biológicos en su fondo.» Aun cuando Eisler se interesa principalmente en los fenómenos estéticos, sería fácil generalizar su hipótesis explicativa y concebirla como sigue: instinto de la conservación, es decir, del equilibrio vital, que es la causa de las reacciones elementales, que son la causa de las formas y grados diversos de evaluación. Como, por una par-

te, hay una gran semejanza en la organización de todos los hombres, excluidos los casos extremos, resulta de aquí una gran semejanza entre los hombres en su determinación de los valores, es decir, en sus reacciones morales, sociales, estéticas, religiosas, etc. Como, por otra parte, hay diferencias de organización entre los individuos, resultan de ellas variantes individuales en la estimación de los valores. Con esta hipótesis, se vuelve por otro camino a la conclusión, que el desarrollo histórico de la facultad de inferencia nos había sugerido: la lógica de los sentimientos es una lógica *vital*; son las condiciones de la vida las que la han creado y la mantienen, a pesar de la competencia de su terrible rival, la lógica racional.

Para permanecer estrictamente dentro de nuestro asunto, que no es una teoría de los valores, descuido ciertas discusiones sobre su naturaleza, tanto más, cuanto que me parecen un poco ociosas y escolásticas (1). Hay una, sin embar-

(1) Así se ha discutido si en el juicio de valor el juicio es primitivo y el sentimiento secundario, o a la inversa. Los intelectualistas, principalmente Meinong, sostienen que es el juicio el que constituye el valor: es un sentimiento de placer, pero este placer no es reconocido como tal, sino por un juicio que por consiguiente es la condición necesaria de existencia del valor. Para sus adversarios, el concepto de valor es definido por el sentimiento; el juicio no hace más que expresar el valor, pero no le constituye.

go, que merece ser precisada: el valor, ¿es subjetivo u objetivo? Acerca de este punto los autores están divididos. La cuestión es ambigua, o al menos, compleja. Ciertos estados de conciencia son claramente subjetivos: tal una alucinación, o las fantasías de un novelista, que no existen sino en el yo. Otros estados de conciencia son objetivos: los atribuimos a propiedades de la materia, independientes de nosotros, exteriores a nosotros, que la física mide y reduce a vibraciones cuya elevación y velocidad calcula. En cuanto a los estados de conciencia designados con el nombre de valores, son seguramente subjetivos, puesto que son la expresión directa de nuestra individualidad y no hay valoración sin sujeto que valore. Por otra parte, estos estados de conciencia suponen seres, actos, cosas a que se aplican; fenómenos morales, estéticos, religiosos, sociales, que existen fuera de nosotros, independientemente de nosotros. Estos fenómenos objetivos obran como *stimulus*; excitan reacciones afectivas y apetitivas, según la naturaleza de nuestra individualidad física y psíquica. Para un aristócrata convencido, la nobleza es un valor muy alto, porque las cualidades, honores, privilegios incluidos en esta palabra le aparecen como muy deseables, agradables, útiles. Para el demócrata intransigente, es una quimera, un valor negativo, porque no influye

en él. Entre estos dos extremos son posibles varios grados de valoración, que constituyen «la escala de los valores». Lo que sirve para la alimentación, es, para la mayoría de los hombres, de un gran valor; para el asceta indio casi no es valor; para el que está atacado de sitofobia o decidido a morir de hambre, no es valor en absoluto.

Siendo el valor de las cosas su aptitud para provocar el deseo, y siendo el valor proporcional a la fuerza del deseo, se debe admitir que la noción del valor es subjetiva esencial, no absolutamente.

Tal es la naturaleza de los términos de que se compone principal, pero no exclusivamente, el razonamiento emocional, porque en la vida ordinaria, como creemos, nada hay más frecuente que las formas mixtas en que los conceptos intelectuales y los valores coexisten y tienden de común acuerdo a una misma conclusión (1).

(1) He tratado en otro lugar (*Psicología de los Sentimientos*, Madrid, Jorro, editor; *Imaginación creadora*, Madrid, Jorro, editor), el tema muy oscuro de los abstractos emocionales, mostrando con ejemplos que son más que una simple anotación intelectual fijada por una palabra. Son extractos de emociones análogas, anteriormente experimentadas, conservando su carácter afectivo en tono emocional, pero menos intensas, más vagas, menos definidas que las emociones originales que resumen. En un trabajo publicado bastante recientemente (*Zeitschrift für Psychologie*, XXII, p. 194-217), Elsenhans llega a la misma con-

II.—¿Dónde se encuentran los juicios de valor? La respuesta equivale a una determinación del dominio de la lógica de los sentimientos. Es muy extenso, pero sin límites fijos; porque varía en función de la lógica racional, según que ésta pierde o gana terreno. Se puede determinarla negativamente diciendo que está limitado por el saber positivo, objetivo, es decir, por lo que es hecho averiguado o leyes sacadas de los procedimientos racionales; en otros términos, por el cuerpo de las ciencias sólidamente organizadas, excluyendo, sin embargo, las teorías e hipótesis que no son más que instrumentos de orden o de descubrimiento. Lo que resta pertenece o puede pertenecer a la lógica de los sentimientos. Se podría llamar la esfera de lo *variable*.

«La esfera de la valoración, dice Kreibig, coincide con la de la práctica; la teoría de los valores coincide con la filosofía práctica.» Según Tarde: «el valor, entendido en el sentido más amplio, abraza la ciencia social entera. Es una cualidad que atribuimos a las cosas, como

clusión. A primera vista, parecería que estos abstractos emocionales tienen su lugar señalado en el razonamiento afectivo. Nada de esto. Por poco estrecha que sea esta forma de lógica, exige, sin embargo, algún encadenamiento, y los sentimientos así generalizados son en ella impropios. Los abstractos emocionales tienen en otra parte su aplicación: en ciertas formas de meditación, en la creación estética, etc. Volveremos a tratar este punto en el capítulo IV.

el color; pero que, en realidad, como el color, no existe más que en nosotros, con una vida enteramente subjetiva. Consiste en el acuerdo de los juicios colectivos que formamos acerca de la aptitud de los objetos para ser más o menos y por un mayor o menor número de personas, creídos, deseados o gustados. Esta cualidad es, pues, de la especie singular de las que pareciendo propias para presentar grados numerosos, para subir o descender esta escala sin cambiar esencialmente de naturaleza, merecen el nombre de *cantidades*.

«Esta cantidad abstracta se divide en tres grandes categorías, que son las nociones originales y capitales de la vida en común: el valor-verdad, el valor-utilidad y el valor-belleza.» (1).

Esta tesis nos parece muy admisible, si se entiende de todos los fenómenos que nacen y se desarrollan por la sociedad y en ella: actividad moral, social (en el sentido restringido), religiosa, política, estética, etc.

A más de esta división tripartita de Tarde, se han propuesto diversas clasificaciones de los valores, según su naturaleza o su objeto. La de Kreibig es la más sencilla. Admite tres clases: valores personales (higiene), interpersonales (moral), impersonales (estética). Este reparto

(1) Tarde, *Psychologie économique*, t. I, pág. 63.

parece poco satisfactorio y no agota la materia. Por lo demás, este trabajo de división es indiferente para nuestro objeto, y no ayudaría a penetrar en el mecanismo de la lógica de los sentimientos. Así, me contentaré con un bosquejo rapidísimo del terreno accesible a esta lógica, simplemente para recordar al lector los valores que emplea, y sin pretender hacer una enumeración completa.

En moral, citamos los conceptos, actualmente en favor o abandonados, del soberano bien, del imperativo categórico, de la felicidad, de la simpatía, de la justicia, de la caridad, de la solidaridad, de la utilidad individual o general, de la obediencia a una ley revelada, a la tradición, etcétera. Esta sección ha sido investigada con mucho más cuidado que las otras por los teóricos del valor en el sentido psicológico. Varios admiten dos grados distintos de valoración: los valores necesarios y los valores de perfeccionamiento (Staudinger); los valores intrínsecos y los que sirven de instrumento (Ehrenfels); los valores «morales» y los valores «éticos» (Meinong). Ningún valor es absoluto; pero sólo los de la primera categoría hacen posible el orden moral; son relativamente permanentes. Esto me parece corresponder a lo que se llama en otra terminología condiciones de existencia del individuo y de la sociedad. Gracias al progreso de

la facultad de abstraer y generalizar, hay transformación de los valores primarios en valores secundarios, y a la inversa.

En estética, si en vez de los conceptos abstractos de bello, feo, sublime, bonito, gracioso, se consideran las creaciones del arte *in concreto* y en su desarrollo histórico, es de observación vulgar que la valoración varía según los tiempos y los lugares. En la poesía, la novela, la elocuencia, la pintura, la escultura, la arquitectura, la música, hay modas. Ahora bien, ¿qué es la moda sino un cambio en la tabla de los valores? Ciertos críticos sostienen que todo no cambia y que es preciso hacer dos partes: la de los juicios de valor relativamente permanente que expresan las condiciones necesarias de toda obra de arte y la de los juicios de valor efímeros que crean la moda. Aun admitiendo esta opinión, la parte de las variaciones sería todavía muy grande. El gusto, en el sentido estético, es, por otra parte, un excelente ejemplo de juicio afectivo en que el elemento sentimental puede variar de la discreción del arte clásico a la violencia del impresionismo. En suma, todo sistema estético (creación y crítica) está fundado en la elección consciente o inconsciente y en el predominio de un valor.

La política abunda en conceptos-valores, que actúan o languidecen según la cantidad de fe

que a ellos se fije: teocracia, autocracia, monarquía, democracia, feudalismo; idea del Estado variando de la «salus populi suprema lex» a la anarquía, etc.

En sociología, el juicio de valor-favorable o desfavorable, se ha aplicado a las diversas formas de la familia (matriarcado, patriarcado), del clan; al régimen de las castas, de la esclavitud, de la servidumbre, del trabajo libre, del salario; a las modalidades variables de la propiedad (común, privada, atribuída sólo al jefe del Estado, etc.).

Finalmente, las religiones, que los teóricos del «valor» han omitido por lo general en sus especulaciones. Exceptúo a Höffding, que en su reciente *Filosofía de la religión* (1) se esfuerza en mostrar que su fondo común es «el principio de conservación del valor». Siendo toda religión una creencia, entra de derecho en la esfera de los valores. El creyente ciego atribuye a su religión un valor absoluto, y tiene a las demás por no valores. Monoteísmo, dualismo, politeísmo, dogmas, mitos, formas diversas de los ritos y de la oración; todo esto, al pasar de una religión a otra, es diferentemente valorado. Me inclino a pensar que la actividad religiosa es la

(1) Höffding, *Filosofía de la religión*, Madrid, Jorro, editor.

manifestación más completa de la lógica de los sentimientos; en todo caso, es una fuente en que se puede tomar copiosamente para estudiarla.

En resumen, la materia propia de esta lógica es el juicio subjetivo. El razonador, por una ilusión frecuente, la transforma en un juicio objetivo que generaliza. Las valoraciones no son muchas veces más que el producto de las cualidades especiales de un pueblo, de un tiempo, de un hombre, de una profesión, y nosotros las creemos valaderas para la humanidad entera. Así puede sostenerse con Stern (*loc. cit.*) que la mayor parte de las disensiones entre los hombres vienen, no, como decía Leibnitz, de que no se entienden acerca de la significación de las palabras, sino de los *sentimientos* diferentes que las atribuyen.

III

LAS RELACIONES

Después del vocabulario, la sintaxis. Los conceptos-valores, para constituir un razonamiento, deben componerse en un cierto orden, determinado por un principio inmanente que regula sus relaciones. Es preciso, para comprender su mecanismo, examinar primeramente el punto de partida del razonamiento, seguir luego el proceso discursivo hasta su término final (conclu-

sión), y por último, mostrar que la lógica de los sentimientos difiere de la otra en que está sustraída al principio de contradicción.

El razonamiento afectivo, ¿tiene su punto de partida en alguna proposición general? Abandonando los casos bastante raros de razonamiento de lo particular a lo particular, se sabe que toda conferencia racional supone un principio o un concepto general de donde parte este movimiento del espíritu, esta terminación de uno o de varios juicios a un último que los cierra. Que este principio o concepto general sea una simple condensación de la experiencia o principio regulador de nuestro pensamiento; que se le atribuya la naturaleza que se quiera; que sea explícito o implícito, la deducción y la inducción le suponen.

¿Ocurre lo mismo en la lógica de los sentimientos? Esta cuestión no supone una respuesta única. No existe razonamiento afectivo en general; se produce bajo varias formas que trataremos de clasificar en el próximo capítulo. Provisionalmente, se le puede reducir a dos tipos principales, según que el punto de partida es un *deseo* o una *creencia*.

En el primer caso, el razonamiento afectivo persigue la solución de un problema; va al descubrimiento por procedimientos que le son propios. Su mecanismo es el de una inducción de

base indecisa y de marcha aventurada, movida y guiada por el deseo de descubrir lo que la lógica racional no puede revelar. Ejemplos: los ensayos para descubrir el porvenir por anticipación, la conjetura adivinatoria. Le estudiaremos ulteriormente con el nombre de razonamiento imaginativo.

En el segundo caso, el razonamiento afectivo tiene el aire aparente de una demostración. Es la forma más conocida, la única que con el nombre de «Justificación» ha sido estudiada por los raros autores que han tocado nuestro asunto. Tiene por base un postulado—creencia, opinión, prejuicio—; es decir, un conjunto de ideas más o menos sistemático, tenido por verdadero o preferible a cualquier otro. La operación consiste en encontrar razones muy sólidas para el creyente, muy fútiles para el que no lo es, que deben disipar las dudas. Ejemplo: justificar la providencia de un desastre que aniquiló en masa gentes piadosas.

La distinción de los juicios en analíticos y sintéticos, que para la psicología es un poco flotante y de mediana importancia, se asemeja por ciertos puntos a la que existe entre la deducción y la inducción: haciendo el razonamiento deductivo aparecer mediante análisis lo que el sujeto que piensa está obligado a poseer virtualmente; añadiendo el razonamiento induc-

tivo una experiencia a otras semejantes o análogas. Por consiguiente, se puede decir, en conjunto, que el razonamiento procedente del deseo se aproxima a la inducción; el razonamiento salido de la creencia, a la deducción. Pero en razón de la diferencia profunda de las dos lógicas, conviene no insistir demasiado en esta aproximación (1).

Fuera de estos tipos hay las formas primitivas.

El razonamiento afectivo inconsciente, si se le admite, lo cual será discutido más tarde. Por su naturaleza escapa a toda hipótesis plausible sobre su fundamento.

El razonamiento pasional, la forma más sencilla de la lógica de los sentimientos, pero que no aventaja más que en un grado a la asociación de ideas de base afectiva.

Finalmente, la forma que propondremos llamar mixta o compuesta. Por su infraestructura, pertenece a la lógica racional y emplea su mecanismo; por su superestructura, difiere de ella,

(1) Para más pormenores sobre estas cuestiones, cuyo examen sale de nuestro asunto, consúltese: J. Sully, *Human Mind*, t. I, p. 460 y siguientes; Bosanquet, *Logic*, II, 418 y siguientes. Según este último: «La distinción entre la inducción y la deducción es principalmente de aspectos... La inducción es la inferencia vista del lado de lo universal.» Psicológicamente, el principio es esencialmente el mismo en los dos casos: se trata de alcanzar un juicio-conclusión, fundándose en otro juicio que es su razón explicativa.

tomando de las emociones medios auxiliares para persuadir o arrastrar. Ejemplo: el discurso de un orador poco convencido, pero elocuente. En este caso el principio es mixto, como el razonamiento mismo.

A pesar de su aparato analítico de descomposición en juicios sucesivos unidos por relaciones, el razonamiento en su conjunto es una síntesis—el razonamiento afectivo—como el otro. Tomemos los ejemplos citados anteriormente (conjeturar el porvenir, justificar la Providencia); bastarán por el momento.

A primera vista, los términos escalonados entre el punto de partida y la conclusión parecen inconexos y antepuestos, más bien que unidos por relaciones determinables. Esto en cuanto a la apariencia.

De hecho, la lógica afectiva tiene su unidad y marcha hacia su fin tan rigurosamente como la otra. La discontinuidad aparente es debida a los procedimientos que emplea. Esto en cuanto a la realidad.

El principio que confiere esta unidad y rige la lógica de los sentimientos entera es el principio de finalidad (1). El razonamiento racional

(1) Las palabras fin, finalidad, están empleadas aquí en un sentido enteramente empírico, como sinónimo de objeto, con independencia de toda teoría trascendente acerca de las causas finales, de su papel real o supuesto en la naturaleza.

tiende hacia una conclusión, el razonamiento emocional hacia un fin; no se dirige a una verdad, sino a un resultado práctico, y siempre está orientado en esa dirección. Por consiguiente, tiene una gran analogía de naturaleza, por una parte, con la actividad voluntaria; por otra, con la actividad creadora (invención, imaginación), puesto que cuando se quiere y cuando se crea, el fin está establecido de antemano y condiciona los medios.

El razonamiento intelectual exige un encadenamiento riguroso. Sigue un orden lineal: a veces, en la serie de los anillos de esta cadena, ocurre que uno de ellos sirve de punto de partida a un razonamiento subsidiario; pero es para reforzar el argumento principal. El principio de finalidad, que es reductible a una tendencia (o a una creencia), a un deseo, procede de modo distinto: suscita y ordena los términos por dos procedimientos principales: la acumulación, la gradación.

inorgánica y viva. Decir que la lógica afectiva es regida por el principio de finalidad, se reduce a la afirmación indiscutible de que el hombre tiene la facultad de concebir un fin y los medios para alcanzarle. Elimino, pues, toda hipótesis propia de la metafísica o de la teoría del conocimiento; entre otras, ésta: «Que la finalidad consiste en considerar el efecto necesario de una causa operante como un fin que solicita esta causa a obrar, un motivo sin cesar incitante de renacer», hipótesis que tendría por consecuencia última la identificación de las dos lógicas.

1.º El procedimiento por *acumulación* es simple, pero las más de las veces desprovisto de arte y de orden; es la forma vulgar. Consiste en un amontonamiento de términos medios propios para sugerir o justificar la conclusión. Sirve para excitar, calmar, consolar, persuadir y es de un uso constante en la vida corriente. El charlatán que perora ante un público de feria, despierta sucesivamente la curiosidad, el deseo, el miedo, la hilaridad; invita, regaña y, a través de este desorden aparente, mira con lógica a un solo fin: el despacho de su mercancía. La muñidora de matrimonios que alaba un partido, procede *dando valor* a cualidades físicas, morales, intelectuales, de la posición, del dote, omitiendo cuidadosamente los valores negativos. El discudidor apasionado hace arma de todo para aturdir a su adversario. Este procedimiento, que con frecuencia da resultado para persuadir a los demás, y a nosotros mismos, está conforme con la naturaleza fundamental de la emoción, que obra por intensidad o por masa, lo cual equivale a la intensidad.

2.º El procedimiento por *gradación* exige más arte y se acerca más a la lógica reflexiva. La habilidad, en la lógica racional, consiste en el rigor inatacable del razonamiento, en un encañamiento estrecho de razones; es una red con que se envuelve al que se quiere convencer.

En la lógica afectiva la habilidad es otra. Se supone que el oyente es única o principalmente capaz de emoción: hay que persuadirle, subyugarle, arrastrarle. Para esto, lo mejor es quebrantarle poco a poco como un árbol que se quiere derribar y que acabará por caer a los golpes. Empezar por un choque violento sería torpe y atrevido; porque si se fracasa, la derrota es cierta; las sacudidas ulteriores nada añadirán, y no harán más que debilitar, obrando sobre una sensibilidad agotada.

La importancia del procedimiento por gradación ha sido reconocida por los retóricos de la antigüedad y sus continuadores. No los introduzco aquí sin razones, porque los Tratados de retórica antiguos y modernos son, en mi opinión, ensayos de una lógica de los sentimientos. Sin duda, es un estudio parcial, fragmentario, insistemático, limitado a la literatura y, principalmente, al arte oratorio; pero en él se encuentran observaciones muy justas sobre las condiciones psicológicas, el mecanismo y la importancia práctica de esta forma de razonamiento. He aquí un corto resumen de sus reglas y preceptos.

Seguir una gradación: «*augeatur semper et crescat oratio*». Cuando los argumentos son fuertes y apremiantes, es preciso presentarlos separadamente; cuando son débiles o dudosos,

hay que presentarlos en bloque para obrar por la masa. No multiplicar demasiado los argumentos ni desarrollarlos con exceso, porque se disminuye su fuerza y se produce el cansancio. No prolongar lo patético y no introducir en él sentimientos de otro género, etc.

En suma, el razonamiento afectivo implica, entre su punto de partida y su conclusión, al menos un término intermedio, las más de las veces un gran número. En un discurso político, un alegato, un sermón, una pieza teatral o una novela de tesis, hay una conclusión que uno se propone hacer aceptar: es el *valor-fin*. Para llegar a él, se atraviesa una serie más o menos larga de valores que equivalen a los términos medios del razonamiento racional: son los *valores-medios*. La diferencia es que en el razonamiento racional las relaciones se establecen entre los términos medios por semejanza, analogía, paso de la parte al todo y del todo a la parte, inclusión, exclusión, etc., y *que la serie condiciona la conclusión*; en tanto que en la lógica afectiva las relaciones entre los valores-medios se establecen según una tendencia única, según un principio de finalidad, por marcha ascendente o acumulación, por progresión o regresión, contraste, etc., y *que la conclusión condiciona la serie*.

Una última observación. Hasta aquí hemos

considerado el razonamiento emocional desarrollándose, así como toda forma de inferencia, con la ayuda de las palabras. Es el ordinario; pero en ciertos casos se prescinde de él completamente, sin dejar de obrar. Este carácter le es propio exclusivamente. La lógica racional pura excluye todos los estados afectivos; están fuera de ella y no harían más que adulterarla. La lógica de los sentimientos los admite todos, siempre que sirvan a su fin. En el orador, el predicador, el hombre apasionado, todo el que está pendiente de la expresión de las emociones (entonación, gestos, etc.), es un factor del razonamiento, porque ayuda a producir la persuasión. Entre el discurso *oído* de un gran orador y el mismo discurso *leído*, la diferencia es capital en cuanto al efecto causado; la realidad vista y oída arrastra, subyuga; la lectura conmueve simplemente. Es que, según la naturaleza de la lógica de los sentimientos, la entonación, el gesto, las variaciones del movimiento oratorio son argumentos, o al menos, refuerzos de la cantidad de emoción que obra por las palabras.

Hay más: estos elementos expresivos pueden obrar solos y por una hábil ordenación producir una especie de demostración, si se puede tomar este término al vocabulario de la otra lógica. Teniendo por objeto la lógica de los senti-

mientos crear una convicción, una creencia, el procedimiento empleado en este caso consiste en suscitar una serie, un encadenamiento de estados afectivos, homogéneos o heterogéneos, que concuerdan o contrastan, pero tienden todos al mismo fin y *no son suscitados por palabras*. A éstos (o a los signos abstractos del cálculo), instrumentos necesarios del pensamiento racional, sustituyen estados concretos, percepciones visuales, táctiles, motoras. Hallamos ejemplos de ello en los ritos de iniciación adoptados por diversas religiones. Los misterios de Eleusis hacían pasar al neófito por las angustias de la muerte, atravesar las representaciones aterradoras del Hades para entrar en la luz resplandeciente de la morada de la Diosa: era la enseñanza de una muerte conduciendo a otra vida. Se evocaba en el iniciado una serie de estados de espíritu cuya conclusión era una creencia nueva (probablemente en la inmortalidad): los actos simbólicos que realizaba, los espectáculos que contemplaba, eran los términos medios de esta demostración sin palabras. Los misterios de Isis eran también considerados como la representación de una muerte voluntaria conduciendo a un renacimiento. La historia de las religiones (Frazer *Golden Bough*, Goblet d'Alviella) nos enseña que la iniciación por procedimientos análogos se encuentra en pueblos

no civilizados y tan diferentes como los australianos, los pieles-rojas, los indígenas de Nueva Guinea, y, por consiguiente, que esta lógica en acción es natural al espíritu humano. En la edad de la pubertad, los jóvenes fingen caer muertos; luego, tras de ritos variables y complicados, resucitan y se les comunica las tradiciones de la tribu. En otras tribus deben retirarse algún tiempo a la soledad, simular haber perdido todo recuerdo y ser reeducados como niños pequeños. Aquí también el fin deseado es renacer, llegando a ser otro; como no se puede matar al vivo para modelarle de nuevo y resucitarle, se procede por analogía, imitación, simulacro, y la serie de los ritos tiene por objeto inculcar al creyente esta conclusión: que ha *renacido*.

IV

Para terminar con las generalidades, réstanos investigar por qué el principio de contradicción que rige la lógica racional es extraño a la de los sentimientos.

Es preciso primeramente prevenir una mala inteligencia posible. Con frecuencia existe la contradicción en un individuo entre una afirmación razonada y otra afectiva; entre lo que

piensa y lo que siente. Hay pocas gentes, aun los más racionalistas, que no tengan alguna superstición efímera, que por lo demás reputan absurda. Se han conocido espíritus serenos que juzgan imposible la aparición de un fantasma o de un aparecido y que, sin embargo, tienen miedo de ellos en la oscuridad. El sabio que al entrar en su laboratorio deja la religión a la puerta, es un ejemplo de este estado de espíritu «dividido» (1).

Los casos de este género, semi-intelectuales, semi-afectivos, caen fuera de nuestro asunto. Se trata aquí de una posición contradictoria—o que se supone tal—entre dos juicios afectivos, enteramente incluida en la esfera de los sentimientos. No es raro que haya gentes que profesen sinceramente una religión de caridad como el cristianismo y el budismo, y sean violentos, hasta crueles, con los incrédulos. He aquí algo que choca más a la razón. En las épocas de sincretismo, tales como el siglo III de nuestra era, muchos romanos practicaban simultáneamente religiones cuyos dioses tenían atributos y pretensiones inconciliables; iban sin escrúpulo del santuario de Isis a los templos de los dioses

(1) En esta acepción Paulhan ha estudiado los caracteres de esta categoría en su libro sobre *Les esprits logiques et les esprits faux*. Da excelentes ejemplos de ellos, página 330 y siguientes.

nacionales. En nuestros días, se encuentran musulmanes que rezan ante la tumba de San Agustín en Bona, como ante la *kuba* de un gran marabut; y sería fácil hallar católicos convencidos entregándose a operaciones de ocultismo, que la Iglesia tiene por diabólicas. El Renacimiento italiano, en el siglo xv, tan rico en hombres de una cultura refinada, al propio tiempo que semibárbaros de costumbres, impetuosos, apasionados, violentos, abunda en aparentes contradicciones en el carácter del individuo; así César Borgia, uno de los ídolos de Nietzsche; Felipe Sforza, uno de los más grandes de esta familia, que creía firmemente en la astrología, por consiguiente en una fatalidad cósmica inexorable y que invocaba una legión de Santos para su protección; un Malatesta *condottiere* y degollador implacable, que lloraba a la vista de una linda cabeza u oyendo un bello soneto.

Esta indiferencia por la contradicción, cuya causa está en nuestra naturaleza afectiva, tan chocante en la vida de los individuos, lo es todavía más en el desarrollo de las sociedades. La historia, en todas sus formas, está formada de contradicciones y no puede ser distinta. Han sido notadas con amargura por historiadores más instruídos de lógica que de psicología. «Se admiran muchas veces, dice Tarde, de notar en

ciertas épocas la alianza de la intolerancia y de la licencia. Señalan, por ejemplo, a los florentinos del siglo XIII, tan indulgentes para los grandes desórdenes de conducta como severos para la menor sospecha de herejía» (1). En los niños y aun en concepciones religiosas más altas «la imaginación colectiva traduce la misma indiferencia a la contradicción lógica. Admite al mismo tiempo, y sin ver en ello dificultades, que Dios es uno y que hay varios Dioses; que Dios es el mundo y que está fuera del mundo; que ha formado la materia y que es eterna como Él; que el alma constituye la vida del cuerpo y que le es enteramente extraña; que sufre la sacudida de todo lo que le ocurre y que está alojada en Él como un principio inviolable» (2).

Porque estas creencias no son obra de la razón que razona, sino que responden a deseos muy vivaces y muy fuertes en ciertos hombres, es por lo que pueden vivir en paz unas al lado de otras. No hay lucha entre estas opiniones heterogéneas e irreductibles; no trata la una de suplantar a la otra.

Los casos de este género, que abundan en la vida y en la historia, ¿encierran realmente una

(1) *Logique sociale*, p. 77 y siguientes.

(2) Levy-Bruhl, *La moral y la ciencia de las costumbres*, Madrid, Jorro, editor.

contradicción? Sí, se les juzga desde el punto de vista de la razón, principio de orden que exige en el individuo la unidad, el acuerdo consigo mismo. No, si no se considera en el hombre más que su naturaleza afectiva; entonces el principio de contradicción no tiene significación, ni valor, ni aplicación legítima. En una forma más general, puesta *psicológicamente* la cuestión. «¿Por qué la coexistencia de afirmaciones racionalmente inconciliables?» Es de respuesta fácil. Porque cada una es *sentida* como necesaria por el individuo o el grupo social. Puesta *lógicamente*, la posición cambia; es intelectualista. La contradicción es evidente, porque está juzgada desde fuera, objetivamente, por procedimientos racionales.

Nos admira muchas veces ver un espíritu superior, abierto a los métodos severos de las ciencias, admitir en religión, en política, en moral, opiniones infantiles que no se dignaría discutir un solo momento si no fueran las suyas. Pero este desacuerdo interior parecerá menos extraño y aun explicable si se le aproxima a hechos más ordinarios, que se juzgan más imparcialmente porque sólo tienen un valor individual; por ejemplo, una pasión ciega, amor, avaricia, ambición, que permanece inaccesible a todas las razones; inmutable, porque está arraigada en el individuo y agota su savia entera. Los

estudios contemporáneos acerca de los caracteres nos han familiarizado con estos espíritus mal unificados que tienen las dos lógicas a su servicio, y descubrimos aquí, a la vez, una de las causas esenciales de la diferencia entre estas dos lógicas.

1.º El razonamiento intelectual no tiene más que un objeto: conocer la verdad objetiva. Hay una adaptación a los hechos (cualidades, relaciones o signos que las representan). Aun cuando en ningún razonamiento el elemento subjetivo pueda ser eliminado en absoluto, es tan débil, en los casos correctos, que es fácilmente descuidable. La función de la razón es unificar, a lo menos sistematizar. Aniquila toda contradicción, porque si la adaptación al objeto es A, no puede al mismo tiempo ser no A. Omito los casos de llegar a ser que han servido de fundamento a la lógica de los contradictorios.

2.º El razonamiento emocional es una adaptación a las creencias, a los deseos y aversiones. La posición es subjetiva. Ahora bien, la observación muestra que la vida afectiva, entregada a sí misma, se acomoda muy bien a la pluralidad de las tendencias y aun a su anarquía; la unidad no es esencial a su naturaleza y no penetra en ella sino por el predominio de una pasión (amor, ambición, etc.); o por una intrusión *intelectual* que impone el orden. Es un hecho

de experiencia que dos deseos o creencias, reputados contradictorios, puedan coexistir en el mismo individuo sin que el uno excluya al otro. El instinto ofensivo, que se expresa por la cólera, los actos violentos y sanguinarios, tiene su fin propio, como la necesidad estética tiene el suyo (caso de Malatesta). El deseo de la salvación en otra vida es un fin; el deseo de gozar de la vida presente es otro; como deseos, no se excluyen. En una palabra, la lógica de los sentimientos no busca más que medios de satisfacción y de triunfo, sin considerar si los caminos que sigue son racionalmente contradictorios.

Todas las necesidades, aspiraciones, pasiones que nos hacen obrar son *valores* irreductibles unos a otros y que no son contradictorios sino en tanto han sido racionalizados, es decir, trabajados por la reflexión.

Se puede objetar que a veces dos fines inconciliables coexisten; uno de ellos debía aniquilar al otro. Sin duda; sin embargo, esto no es una contradicción lógica, formal; es una oposición de *hecho*, una lucha entre dos fuerzas antagónicas. Si una es aniquilada, es que persigue un fin que viola, no el principio abstracto de contradicción, el cual no regula más que los pasos de nuestro entendimiento, sino el principio objetivo, concreto, de las condiciones de existen-

cia que rigen la vida orgánica y psíquica de todos los seres.

Contrario, contradictorio, son nociones intelectuales, extrañas a la vida afectiva y que se le aplican indebidamente. Los empleamos para la comodidad de nuestro pensamiento, que intelectualiza todo. Decimos que el placer y el dolor son contrarios; es una simple forma de lenguaje; como hemos tratado de mostrarlo en otra parte, no son contrarios, sino *distintos*.

Para terminar, resumamos los caracteres principales del razonamiento afectivo comparándolos con los del razonamiento intelectual.

La lógica de la razón, en su forma correcta, está determinada por la naturaleza y el orden objetivo de los fenómenos, ya atestigüe, ya conjeture, como en el descubrimiento. Está constituida por estados intelectuales (percepciones, imágenes, conceptos sobre todo), todo lo puros que es posible de cualquier mezcla emocional.

La lógica de los sentimientos está determinada por la naturaleza subjetiva del razonador, que se propone establecer, para él mismo o para los demás, una opinión, una creencia. Su origen está en un deseo positivo o negativo, que persigue una apariencia de prueba. Está constituida principalmente por «valores», es decir, conceptos o juicios variables, según las disposiciones

del sentimiento y de la voluntad. Entre estos «valores», el fin establecido determina la elección de los unos y la no admisión de los otros.

En los casos prácticos, los únicos accesibles a la vez a los dos modos de razonamiento (para los casos científicos, un solo modo es posible), la lógica racional procede más bien por análisis, la lógica de los sentimientos más bien por síntesis.

Sea una conclusión por conjetura, como el término de una enfermedad, de un negocio, el razonamiento racional descompone el problema en sus elementos: constitución del enfermo, gravedad de los síntomas, habilidad del médico, posibilidad de cuidados asiduos, etc.; la conclusión final es una suma de conclusiones parciales. Para un negocio, examen imparcial, exacto, completo de los datos; cálculo al modo de Franklin, que en los casos dudosos escribía cada día las razones *en pro* y *en contra* durante cierto tiempo; luego comparaba, compensaba, equilibraba para hacer surgir la conclusión. Sea una conclusión de hecho; por ejemplo, determinar el carácter de una persona: el trabajo intelectual le analiza, le resuelve en sus elementos, deduce, induce y del conjunto de los juicios parciales obtiene un juicio final.

En la lógica de los sentimientos, por el contrario, la conclusión está siempre determinada

de antemano, al menos virtualmente. Si el razonamiento es conjetural, depende del carácter optimista o pesimista, atrevido o tímido, inclinado a la esperanza o inquieto del razonador. Si se trata de una apreciación, como anteriormente, depende de una disposición estable o pasajera; simpatía o antipatía, confianza o desconfianza, que determina el juicio de valor. La síntesis de estos valores por acumulación o gradación toma la apariencia y produce la ilusión de una *demostración*. Muchas veces, en efecto, la lógica racional procede de igual modo: la conclusión está establecida de antemano (un teorema, un problema matemático que se supone resuelto, un principio de física); el razonamiento está consagrado a comprobarla; pero la diferencia fundamental entre ambos casos no tiene necesidad de ser señalada.

Estas generalidades no dan más que un conocimiento muy incompleto de la lógica de los sentimientos. Aun cuando sea difícil reducirlos a formas concretas, suficientemente distintas para ser estudiadas aisladamente, lo ensayaremos en el capítulo próximo.

CAPITULO III

Las principales formas de la lógica de los sentimientos

No tengo la pretensión de presentar una clasificación racional y completa de las diversas formas de razonamientos afectivos. Me es imposible asignar a cada una caracteres propios y fijos que la distinguan de las demás; a veces se tocan, y en ciertos puntos se confunden. A beneficio de estas reservas, y según un procedimiento enteramente empírico—el estudio de los hechos—propongo cinco tipos principales de razonamiento, que designo por las denominaciones siguientes: *pasional*, *inconsciente*, *imaginativo*, *justificativo*, *mixto* o *compuesto*; este último participa de las dos lógicas. Omito algunas formas secundarias que serán señaladas al paso.

SECCIÓN I

EL RAZONAMIENTO PASIONAL

El razonamiento pasional es la forma más simple, la más pobre en elementos intelectuales, y el tipo del razonamiento puramente afectivo. No difiere de la asociación de ideas más que por un solo carácter, en verdad capital, que tiene un fin establecido y en él un regulador que determina su marcha e impide o excluye las asociaciones inútiles, parásitas, extrañas o contrarias a este fin.

En razón de la terminología actualmente en uso, el epíteto «pasional» necesita, de una parte, una explicación y aun una apología. El que tiene algún hábito de la psicología contemporánea ha podido observar que la palabra «pasión», de un uso corriente en los siglos últimos, ha desaparecido casi totalmente del vocabulario de los psicólogos, que dicen siempre «emoción». Esta sustitución me parece enojosa para la claridad y para la exactitud. A fin de evitar toda confusión en lo que ha de seguir, debo declarar que distingo la emoción de la pasión, como en patología se distingue la forma aguda de la forma crónica.

Entiendo por emoción un choque brusco, mu-

chas veces violento, intenso, con aumento o suspensión de los movimientos: el miedo, la cólera, el flechazo en amor, etc. En esto me conformo con la etimología de la palabra «emoción», que significa principalmente movimiento (*motus*, *Gemüthsbewegung*, etc.).

Entiendo por pasión una emoción que ha llegado a hacerse fija, y que, por este hecho, ha sufrido una metamorfosis. Su carácter propio es la obsesión permanente o intermitente y el trabajo de imaginación que se sigue. Así la timidez es una pasión salida del miedo; la ambición y la avaricia, pasiones salidas del *self-feeling*.

Establecido esto, ¿existe un razonamiento puramente esencial? La opinión general está por la negativa. Se dice: el miedo, el amor, la cólera, no razonan (1).

Por otra parte, si se va más adelante se puede sostener que toda emoción tiene su lógica instructiva, implícita, «y que es posible sea una teleología fijada por la herencia» (Tarde). Sin em-

(1) Sin embargo, la tesis contraria ha sido sostenida por Balmes. «Pero la ira, se dirá, no discurre tanto. Sí discurre; porque toma a su servicio el entendimiento, y éste le proporciona todo lo que necesita. Y en este servicio no deja de auxiliarle, a su vez, la misma ira; porque las pasiones, en sus momentos de exaltación, fecundizan admirablemente el ingenio con las inspiraciones que les convienen.» *El criterio*, Barcelona, 1904, pág. 232.

bargo, esta tesis podría bien ser principalmente una metáfora; se basa en una analogía entre el mecanismo del instinto y de la emoción, de un lado, y el del razonamiento de otro. Pero en los dos primeros casos el mecanismo es organizado, estable; en el segundo hay una adaptación variable a un fin variable. Si, por tanto, puede hallarse un razonamiento racional puro—lo cual no niego—es corto, en estado de desarrollo, y consiste más bien en una brusca agrupación de ideas y una construcción imaginativa.

El razonamiento pasional no queda, pues, en este estado embrionario; se afirma y se desarrolla. Que sea contrario a la razón, que falsee el juicio y la voluntad, que sea perjudicial en la práctica, son éstas verdades comunes, incontables; pero no tengo que ocuparme más que de su mecanismo subjetivo, no de su valor objetivo. Para esto, lo mejor es verlo en ejercicio en algunas pasiones. Elijo tres: una depresiva, la timidez; otra expansiva, el amor; otra mixta, los celos.

I.—Llamo a la timidez una pasión, puesto que conforme a la definición anterior es una emoción persistente y que obsesiona. Tenemos que considerar primero la disposición innata, es decir, el temperamento o carácter del tímido; luego, la serie de juicios afectivos que de él

han salido; finalmente, los resultados ó conclusiones.

Resumo, conforme a dos autores contemporáneos, los caracteres principales de la timidez (1). Síntomas físicos: perturbaciones de la sensibilidad, motoras, vasculares, viscerales, secretorias. Síntomas psíquicos: el miedo, la vergüenza, la abulia y la inhibición de los actos, la falta de presencia de espíritu y este carácter propio: que no se manifiesta sino de hombre y, por consiguiente, bajo una forma social. En una palabra, es una «hiperestesia afectiva» (Hartenberg). Tal es el punto de partida, equivalente a la premisa mayor o a la proposición general en la lógica racional.

Sobre este fundamento se construye el razonamiento. Esta disposición primaria, esta materia afectiva es transformada por una asimilación de juicios de valor, por una apreciación subjetiva de los hombres y de los hechos. Es la transformación de la «timidez simple y espontánea en una timidez reflexiva y sistemática». La marcha del espíritu, más bien irracional, procede principalmente por intuición. Tomo de Dugas (*op. cit.*, pág. 56 y siguientes) un delicado

(1) Consúltense sobre este punto dos excelentes monografías: Dugas, *La timidité; étude psychologique et morale*, París, 1898, y Dr. Hartenberg, *Los tímidos y la timidez*, Madrid, Jorro, editor.

análisis de esta intuición de los tímidos, propia para hacernos comprender la naturaleza de sus rozamientos. «El exceso de sensibilidad desarrolla en él (el tímido) una clarividencia aguda... Su perspicacia es, por otra parte, muy especial. Se funda en indicios, *no en pruebas*; está formada de impresiones, *no de juicios*; está segura de sí misma, pero *no se discute, no se justifica en modo alguno*... Es la intuición, o más bien la interpretación rápida de los movimientos espontáneos, de las palabras, del tono de la voz, de la fisonomía y de los gestos..., impresión formada de pormenores tomados al vuelo y sutilmente analizados; se opone al *juicio reflexivo* que formaríamos acerca de las personas, según sus caracteres y sus actos observados con sangre fría. Bastantes espíritus se fían *más en su impresión que en su juicio*. Pero de hecho, la penetración del tímido no es segura; la pasión la guía, pero también la extravía. Su lucidez tiene todos los recursos, pero también todas las imperfecciones del instinto.» Leyendo este análisis con atención, sobre todo los pasajes que he subrayado de intento (no lo están en el texto), se verá fácilmente que estas intuiciones, impresiones que Dugas opone al juicio (sin epítesis), es decir, al juicio racional, son idénticas a los juicios afectivos o juicios de valor que hemos estudiado en el anterior capítulo, y sin los cua-

les no hay en modo alguno lógica de los sentimientos.

Finalmente, este trabajo tiene su término: misantropía, pesimismo, egotismo, enfermedad de ideal, misticismo. El resultado varía según el temperamento, el carácter, el medio, el grado de cultura; es ésta una concepción moral, social o religiosa del mundo, pero siempre subjetiva, personal.

Así, de una premisa—el estado afectivo del tímido—, de una serie de términos medios—los juicios de valores—, sale una conclusión que sistematiza y resume el trabajo del espíritu.

II.—El amor, que elijo como ejemplo de la pasión expansiva, se presenta bajo tantas formas que el papel de la lógica no puede ser siempre el mismo. Yendo de lo simple a lo complejo y del *minimum* al *máximum* de racionalidad, distingo tres tipos principales:

1.º El amor en todo su ardor, con la plenitud de los elementos físicos y psíquicos que le constituyen, deslumbrador como un rayo, irresistible como el instinto, justificando la tesis de Schopenhauer de que es el genio de la especie que subyuga al individuo y le emplea como único instrumento de su querer; este caso es extraño a la lógica, a menos que no se entienda la lógica organizada, inmanente, inconsciente del

instinto. Esta asimilación ha sido indicada y discutida anteriormente. Entre la erupción impulsiva y el objeto no hay término medio intercalado. Este arrastre fatal que hace afirmar a los amantes que tienen el derecho absoluto de pertenecerse, a despecho de todo y de todos, no se parece al determinismo de un razonamiento, sea racional o afectivo.

Se ha comparado esta manifestación del amor «a un río inmenso que arrastra todo en su curso y al que nada podría resistir»; pero el torrente amoroso no arrastra sino lo que tiende a su fin, y deja lo demás. Una comparación más exacta sería con los casos morbosos de acaparamiento de la conciencia por una idea fundamental, fija, inmutable, la aceptación sin examen de todo lo que la favorece, la exclusión de todo lo que la contradice.

2.º Con las formas medias, ordinarias del amor, el razonamiento pasional aparece. Tomo como guía el análisis, muchas veces citado, de Stendhal. El de Spencer, no menos conocido, vale principalmente por la enumeración de los elementos constitutivos del amor-emoción: son muy numerosos, lo que explica su fuerza. El de Stendhal señala más bien el desarrollo, la evolución, las etapas del amor-pasión. Le traduzco en el lenguaje de la psicología contemporánea.

Primero la admiración, es decir, el choque que precede o acompaña a toda emoción. Este primer momento es puramente emocional.

Atracción del placer; es decir, el despertar del deseo en todas sus formas, físicas y psíquicas.

La esperanza. Aquí comienza una rápida construcción imaginativa de que hablaremos más tarde. Me parece que con ella el juicio de *valor* aparece, puesto que el enamorado se aprecia y se juzga capaz de triunfo.

Luego viene la cristalización, «operación del espíritu que saca de todo lo que se presenta el descubrimiento de que el objeto amado tiene nuevas perfecciones». Esta operación es doble. Nos inclinamos bastante naturalmente a creer que se reduce a una asociación de ideas cuya base es afectiva, siendo el deseo amoroso el centro de atracción. El trabajo del espíritu no se reduce a un simple automatismo que agrupa las ideas según sus afinidades y sus relaciones con la pasión actual. Hay, además, una serie de afirmaciones y de negaciones, es decir, de *juicios* de carácter afectivo que atribuyen al objeto amado todas las cualidades agradables, eliminan o atenúan las fealdades y los defectos. La *conclusión* le presenta como un ser ideal y perfecto.

La duda, que interrumpe momentáneamente la cristalización y renace con frecuencia, «por-

que siempre hay una pequeña duda que calmar». No examinaré si, como sostienen algunos lógicos contemporáneos, la duda es un estado de sentimiento (*Gefühl*). Consiste esencialmente en un conflicto entre dos tendencias del pensamiento, incompatibles o antagónicas, sin conciliación posible; en una sucesión de juicios afirmativos y negativos sobre el mismo asunto, sin que de ellos pueda resultar ninguna conclusión. En tanto que la certidumbre es un descanso, la duda es una posición inestable, una lucha, un estado de agitación en la conciencia de una actividad gastada en vano; en suma, un estado penoso; pero este sentimiento no es más que el efecto del conflicto intelectual. Marca la entrada en escena de la lógica racional, que puede debilitar y aun aniquilar la otra lógica. Si la duda no prevalece, el amor atraviesa una nueva etapa.

La segunda cristalización. Es ordinariamente la más fuerte, pero se asemeja a la primera en cuanto al mecanismo que la produce. Notemos al paso que este procedimiento no es propio del amor; está en el fondo de todas las pasiones de incubación lenta.

3.º Terminemos por la forma intelectualista. Cuando el amor se ha aligerado todo lo que puede de sus elementos físicos, instintivos, impulsivos, por un trabajo de abstracción y de eli-

minación análogo al que de las sensaciones hace salir los conceptos; cuando se ha «idealizado», entonces el razonamiento pasional desaparece para dar lugar a un razonamiento semi-afectivo, semi-intelectual, que yo llamo mixto. Volveremos a tratar de él en la continuación de este capítulo, y si lo introduzco aquí por adelantado es para completar el estudio de la lógica en el amor.

Escojo como ejemplo el amor caballeresco, su código y sus costumbres. Es una institución, una organización en que todo está *deducido* de la naturaleza de un sentimiento fundamental que regula las disposiciones anteriores y los actos apropiados. Descuido los pormenores para poner de relieve la contextura lógica.

Primeramente, un axioma fundamental: «El amor es el principio de toda gloria y de toda virtud.» Es un imperativo categórico. Claro es que esto es un juicio de valor subjetivo, un valor para el caballero de la Orden, nulo para los demás.

De aquí se deduce que «el verdadero amor es imposible en el matrimonio», y se decide que «una mujer pierde a su amante tomándole por marido». Esto es la consecuencia lógica del principio de que el amor debe ser puro de toda preocupación sexual. Este juicio de valor tiene además razones históricas; siendo el matrimo-

nio en la nobleza un tratado de paz, una alianza política entre dos familias señoriales, o una adquisición de bienes, no puede ser un medio de elevación moral. Así, esta tesis sentimental no ha *valido* más que en un medio y un tiempo restringidos.

Se deduce también del principio primero la necesidad de una ascensión lenta y progresiva hacia el ideal soñado. Cuenta cuatro grados, que tienen sus sellos propios y sus favores especiales. Es, sucesivamente, «indeciso», «suplicante», «escuchado» y, finalmente, «amigo».

Sin insistir, la existencia de un Código de amor caballeresco en treinta artículos que se posee todavía, muestra que los caballeros del siglo XII no estaban tan lejos de los escolásticos. Lo que importa notar es que la marcha del razonamiento es la de la lógica racional; no hay un fin establecido de antemano que se justifique, sino un principio establecido como incontestable, del que se deducen todas las consecuencias. De todos modos, como el origen de todas las deducciones es de naturaleza sentimental, la racionalidad no es sino su forma; es un molde que solidifica y da forma a una materia afectiva.

III.—Los modos de la vida afectiva son tan poco fijos, que acerca de ellos estamos reduci-

dos a las distinciones vagas del lenguaje corriente. El odio, la envidia, los celos, no son casi definidos más que de un modo literario; pero sus caracteres especiales, fisiológicos y psicológicos (si los hay) no son establecidos ni por hechos ni por descripciones precisas que les diferencien con claridad. Admitimos, simplemente, a título de hipótesis, que el odio es un género; que tiene por caracteres una antipatía consciente o inconsciente; un movimiento de aversión hacia alguien, acompañado de un sentimiento penoso, tan pronto concentrado, mudo, roedor, tan pronto agresivo y destructor. Si se consideran los celos como una especie o variedad del género, o—lo que nos parece verosímil— como una forma más compleja, presentan ciertos caracteres bastante fáciles de precisar.

Descartes los definió «una especie de temor que se refiere al deseo que se tiene de conservar algún bien» (*Pasions*, art. 167). Es una pasión de elementos heterogéneos o divergentes. 1.º Tiene la representación de un bien poseído o deseado, elemento de placer que obra en el sentido de la atracción o de la excitación. 2.º La idea de la desposesión (el amante traicionado), o de la privación (el candidato suplantado, el hombre privado de una sucesión esperada), elemento de disgusto que obra en el sentido de la depresión. El caso de la desposesión es el peor,

porque hay en él una real *disminutio capitis*, perpetuamente sentida. 3.º La idea de la causa verdadera o imaginaria de esta depresión o privación: ésta despierta en grados variables las tendencias agresivas y destructoras. En las formas pasivas, inertes, de los celos, este tercer elemento es muy débil (1).

Para que brote esta pasión, es necesario, primeramente, un terreno propicio; al menos, una predisposición pasajera. En cuanto al papel del razonamiento en el nacimiento, el desarrollo y el mantenimiento de los celos, seré muy breve, para evitar repeticiones.

El primer momento es una sospecha, es decir,

(1) Es preciso observar que el lenguaje ordinario entiende principalmente por celos los de los enamorados. Espinosa, en su definición bien conocida (*Ética*, III, prop. 35), toma la palabra en este sentido exclusivo. No es seguro que en la vida esta forma sea más frecuente que las otras, pero es más dramática. En todo caso, es cierto que psicológicamente debe establecerse una diferencia entre ellas y las otras formas. En primer lugar, los celos de amor se desarrollan por partida doble: miran al que traiciona y al que ayuda a hacer traición (desposeer); pueden tener varios orígenes, según que provengan del sexo, del corazón, de la cabeza (celos por amor propio, por vanidad). Difieren en el hombre y en la mujer. El hombre obra como dueño con esclavo: manda, aprisiona, se irroga el derecho de matar. La mujer obra como esclava con dueño: mentira, engaño, rebelión. Finalmente, presentan la particularidad de ser algunas veces retroactivos (los celos del primer marido de una divorciada, aun de una viuda), y se ha podido decir que la dureza de la madrastra no es sino el efecto de los celos no confesados de la primera mujer.

un juicio de desconfianza; en términos más precisos, una inhibición de las tendencias expansivas que se fija en un individuo determinado: rival en amor, en ambición, en profesión. La penetración del celoso equivale a la del tímido y es de la misma naturaleza psicológica: impresión más bien que conocimiento razonado. La hostilidad es primero vaga. Luego los actos, las palabras, el silencio mismo, todo es aceptado como pruebas que justifican la suposición, el primer juicio. Es un razonamiento de descubrimiento que participa de las dos lógicas. El estado de celos está formado.

El segundo momento es el de la cristalización. Repite, *mutatis mutandis*, lo que ocurre con el amor: asociación de ideas de base afectiva, juicios de valor que, positivos o negativos, tienden al mismo fin.

La operación mental es muy análoga a lo que pasa en el delirio persecutorio. No pretendo identificar los dos casos; pero de ordinario el perseguido viene a ser perseguidor, y de igual modo la incubación de los celos se transforma en actos de agresión. Esta analogía en la evolución y otras también, inclinan a pensar que en una monografía de la pasión de los celos, no dejaría de ser útil una aproximación con la forma morbosa que se acerca más a ella.

SECCIÓN II

EL RAZONAMIENTO INCONSCIENTE

Una cuestión previa se nos presenta. ¿Hay en la lógica emocional juicios y razonamientos inconscientes? Es tanto más legítima cuanto que la vida afectiva, más que cualquier otra, parece penetrar en el ser, por bajo de la conciencia. Desgraciadamente, no tenemos respuesta positiva que proponer. Desde que se entra en la región tenebrosa de lo inconsciente, toda interpretación, es decir, la traducción en el lenguaje claro de la conciencia se hace a la aventura.

En lo que concierne a los hechos, he sostenido en otro lugar que sería ventajoso establecer dos categorías: 1.º, el inconsciente *estático*, comprendiendo los hábitos, la memoria y, en general, todo lo que es saber orgánico; es un estado de conservación, de reposo, enteramente relativo, puesto que nuestros estados internos sufren incesantes metamorfosis; 2.º, el inconsciente *dinámico*, que es un estado latente de actividad, de incubación, de elaboración. Se tienen pruebas en abundancia de esta elaboración inconsciente que no se traduce en la conciencia

más que por resultados. Evidentemente, el razonamiento, si existe, pertenece a esta última categoría; pero esto nada nos enseña acerca de su naturaleza.

En lo que concierne a la naturaleza de lo inconsciente, se encuentran en la psicología actual dos hipótesis principales, que están la una y la otra sujetas a las objeciones más graves (1) y no resuelven nada. Para los unos, la actividad inconsciente es puramente cerebral; el factor psíquico, que ordinariamente acompaña al trabajo de los centros nerviosos, falta. Para los otros, existen en la misma persona, sin conexión recíproca, varias corrientes de conciencia, una sola de las cuales es conocida actualmente; las otras, aun cuando se desarrollan oscuramente, no cambian por esto de naturaleza y en el fondo siguen siendo psíquicas.

Para la teoría psicológica, la explicación de nuestro caso no presenta demasiadas dificultades, puesto que admite que el juicio y el razonamiento, sean conscientes, subconscientes o inconscientes, permanecen idénticos, salvo una diferencia de grado en la claridad de la representación.

(1) Para más pormenores sobre esta cuestión remito a mi *Ensayo sobre la imaginación creadora*. Madrid, Jorro, editor.

Para la teoría fisiológica la explicación es más dificultosa. No sabemos absolutamente nada del mecanismo cerebral que corresponde a los estados de conciencia llamados juicios y razonamientos. En estos últimos tiempos, apoyándose en investigaciones experimentales, se ha sostenido que en el momento en que un juicio se afirma, no es necesario que sus dos términos estén simultáneamente en la conciencia. Para juzgar a A mayor que B, basta que quede de A «una huella fisiológica»; su presentación consciente no es indispensable. Aun admitiendo esta tesis, no se adelanta gran cosa hacia una solución. Nuestro caso es enteramente distinto, puesto que se admite que los *dos* términos y su *relación* son puramente fisiológicos. La dificultad es mayor todavía para un razonamiento, para una serie de juicios unidos por relaciones y llevando a una conclusión, siendo la totalidad de la operación, según la hipótesis, un puro mecanismo cerebral.

Finalmente, una última dificultad inherente a las dos teorías: el razonamiento no es reducible a un automatismo mental que por sí mismo, necesaria, directamente, alcanzaría su fin. Racional o afectivo, ya lo hemos visto, procede por aceptación y por eliminación. Según el mecanismo de la asociación, las ideas del razonador irradian en todos sentidos. En esta pro-

fusión de materiales debe escoger lo que es adecuado a su fin. Ahora bien, en una y otra hipótesis, la elección, sin la conciencia, es explicable.

Pero dejemos este problema inextricable y las apariencias de explicaciones para examinar los hechos mismos. Elijo como tipos: 1.º, las conversiones; 2.º, las transformaciones afectivas. Los estudiaré *como* si la actividad que los produce fuera reductible en realidad a juicios y a razonamientos, a título de simple hipótesis; y si se pregunta por qué atribuimos a la lógica de los sentimientos, más bien que a la otra, ciertos razonamientos inconscientes, la única respuesta es que su carácter afectivo parece revelado por sus resultados.

I. LAS CONVERSIONES.—Este trabajo no tiene por objeto la psicología de las conversiones religiosas. Ha sido hecho recientemente al pormenor, y según documentos numerosos que nos instruyen acerca de sus causas, su modo de evolución, su duración, sus consecuencias pasajeras o definitivas. Se ha mostrado que se producen de dos maneras: la una es lenta, con progresos y retrocesos hasta la consumación final; la otra es brusca, repentina, semejante a una crisis o a una erupción; tiene una fecha y parece transformar a un hombre en un guiñar de ojos. Se encontra-

rán ejemplos muy claros del uno y del otro caso en los libros de psicología religiosa (1). Aun cuando sea bien difícil al convertido, aun al más sincero, poder afirmar sin error que su crisis libertadora no ha tenido ningún antecedente, y esto sea poco verosímil, se deben, sin embargo, admitir, a título de hecho, estas dos formas bien marcadas. Pero en las conversiones religiosas u otras, no tenemos más que un solo punto que estudiar: es el trabajo de la conciencia subliminal, análogo, por hipótesis, a un trabajo lógico.

Es preciso, en primer término, desembarazarse de esa opinión común de que una conversión es efecto de la reflexión, de elementos única o principalmente intelectuales. No es una pretendida demostración la que engendra la creencia, sino la creencia la que suscita una pretendida demostración para justificarse. Podré leer voluminosos tratados de teología musulmana, asistir a las lecturas y a las predicaciones en las mezquitas, sin la menor propensión a convertirme al islamismo y sin otro provecho que un conocimiento profundo de esta religión. En los tiempos heroicos del romanticismo, los clásicos

(1) Remito a los dos importantes estudios de J. H. Leuba en el *American Journal of Psychology*, tomo VII, 1896, y de W. James, *Varieties of religions experience*, 1902, páginas 149 a 183.

inveterados resistían, sin ser quebrantados, a los críticos, a los manifiestos, y, lo que es peor, a las obras maestras. Los razonamientos de un republicano no producen ningún efecto en un fogoso realista, y recíprocamente. Sin duda, la tendencia, la conmoción que produce la conversión no nace espontáneamente sin causas intelectuales, sin idea provocadora; pero la idea no es más que un instrumento que tan pronto triunfa como fracasa. Se asemeja al pescador que lanza su cebo al agua sin saber si el pez morde-
rá el anzuelo (1).

(1) Si en lugar de las conversiones individuales cuyo origen es *interior*, se consideran las conversiones en masa que se hallan en la Historia (los francos de Clodoveo, los anglosajones de Ethelberto, los rusos de Vladimiro, etc.), cuyo origen es *exterior*, siendo debido a la obediencia al jefe, a la imitación, a un arrastre momentáneo, se ve, aun apartando los casos faltos de sinceridad, cuán superficial y precaria es la obra de la conversión. Es que no obra más que sobre la inteligencia; inculca al supuesto converso, que bien o mal los comprende, algunos nuevos dogmas o preceptos; éstos se añaden a los antiguos, sin reemplazarlos ni suplantarlos; la conversión real exige una transformación radical de los instintos, tendencias y hábitos del modo de sentir y obrar; una metamorfosis que penetra en el fondo del individuo, en sus sentimientos y en su voluntad. No es una enseñanza puramente intelectual la que podría cambiar a los adoradores de Odin, ébrios de sangre y de matanza, en adeptos de una religión de dulzura y caridad. Así, sabidos son los conflictos interiores entre las dos creencias, y sobre todo las dos morales, los constantes retornos al culto de los antepasados en estos convertidos en apariencia. La misma observación en cuanto al politeísmo greco-romano.

Una creencia es un sistema de ideas investido de una realidad y juzgado superior y preferible a cualquier otro. Una conversión, cualquiera que sea su naturaleza, consiste en la sustitución de otro sistema de ideas, que a su vez es juzgado real o al menos superior y preferible a cualquier otro. ¿Cómo se hace esta sustitución? Abandono todas las metáforas usadas en semejante caso (botón que se hace flor, fruto maduro, etc.), que no explican nada. Se ha asimilado la conversión a una sugestión hecha por los demás o que uno se hace a sí mismo; pero éste no es más que un elemento de su psicología. Por mi parte, buscaría más bien sus análogos en los casos de metamorfosis parcial de base fisiológica: crisis de pubertad, paso a la senilidad por transición lenta, cambio brusco de carácter a consecuencia de violentas emociones, transformación psíquica resultante de una enfermedad; en resumen, en los casos de alteración parcial de la personalidad. Estas alteraciones tienen grados; cuanto más tocan al fondo del individuo, más se acercan a las conversiones. Esto pide ser precisado.

Los casos de doble personalidad son muy conocidos del público; pero se trata de los casos grandes: aquellos en que dos personalidades se suceden teniendo cada una su memoria propia (abandono las variantes), ignorando la una a la

otra. Aun cuando la memoria no constituye por sí sola la identidad y la continuidad del individuo, es su forma visible el testigo que da siempre fe de ella; de ordinario, esta alternativa de memoria va acompañada de una alternativa de carácter y de sentimientos. Los observadores la han notado, dejándola un poco en la sombra. De aquí resulta que el cambio de personalidad está reducido principalmente a un cambio de memoria, y, por consiguiente, esta anomalía está caracterizada por variaciones *intelectuales*, siendo la memoria el almacén en que se conservan todos nuestros conocimientos.

En cuanto a las conversiones, la cosa es distinta. Hay escisión en dos vidas, pero principalmente—podría decirse exclusivamente—en el orden de los sentimientos y de la acción. Terminada la crisis, restablecida la calma, el convertido reniega de su pasado pero no lo ignora; nada ha cambiado en su memoria. No ha llegado a ser otro sino en su creencia, sus opiniones, su conducta. La conmoción no alcanza a su vida intelectual sino de rechazo; ésta se modifica tan sólo en la medida que su nueva posición exige. El ateo puede llegar a ser un devoto, el libertino un santo; pero en cuanto a todo lo que es extraño a su nueva creencia, juzga y razona como en otro tiempo. De aquí puede deducirse que *toda conversión es una altera-*

ción parcial de la personalidad en sus elementos afectivos.

Se puede emplear otra fórmula más adecuada a nuestro objeto: es *un cambio de los valores*. Esto es evidente, puesto que el convertido que ama lo que ha adorado y adora lo que ha quemado; pero en cuanto un juicio de valor interviene, entramos en la lógica afectiva. Si se admiten juicios inconscientes, somos llevados a *suponer* que en las conversiones los juicios de valor (abstracción hecha de la conciencia) son de la misma naturaleza que los juicios de valor conscientes. En las conversiones lentas, el período de incubación está cruzado de veleidades que no terminan y que parecen conclusiones parciales y momentáneas.

En apoyo de esta hipótesis se puede alegar algunos hechos en la medida en que es posible aventurarse en esta doble oscuridad: lo afectivo, lo inconsciente. No es raro que a consecuencia de una enfermedad física o de emociones violentas, se produzca un cambio total de humor (*mood*). Aplico este término a falta de otro mejor para decir que el tono principal de la vida afectiva deja el puesto a un estado contrario; el hombre jovial se torna melancólico; el activo llega a ser apático, inerte; el temperamento enamorado, frío, indiferente. Este cambio de humor influye en los juicios. El paso del primer estado

al segundo transforma la concepción de la vida en lo que concierne al individuo mismo, sus semejantes, su medio, los sucesos del mundo. Se ha producido una mudanza de los valores: distinto el fin deseado, otras las conclusiones. Pero esta manifestación de la lógica afectiva me parece ha de ponerse con la cuenta del razonamiento emocional o pasional anteriormente estudiado. Este caso no se asemeja a una conversión. ¿Por qué?

Hay numerosas confesiones de conversos; ellas nos enseñan lo que sigue. Antes de la conversión, casi siempre, un estado de malestar, de descontento de sí mismo y de los demás, de disgusto por todo, de imposibilidad de deseo y de placer. W. James ha transcrito varias, entre otras la de Tolstoi, que es muy detallada (*op. cit.*, pág. 149 y siguientes). Después de la conversión un sentimiento de alegría, luego de paz, de quietud; «todo adquiere una apariencia de novedad (ejemplos en Leuba, *op. cit.*). Esto difiere totalmente del cambio de humor, que es una causa (1). En el converso, la transformación afectiva anteriormente descrita es un efecto, resulta del trabajo de zapa que comienza o que está terminado, y se reduce a un juicio des-

(1) Entiendo para la psicología, porque es el efecto de cambios fisiológicos en el individuo.

favorable sobre la vida antigua, a otro favorable acerca de la naciente. Ahora bien (y es el punto importante que hay que notar), este trabajo lleva a un aumento intelectual: una nueva creencia, un conjunto de ideas y de preceptos formando cuerpo. A menos de admitir una forma de actividad razonante, desconocida de nosotros, estamos reducidos a suponer que la constitución y la adopción de un ideal son, en el converso, resultado de un conjunto de juicios que convergen hacia un mismo fin, a una misma conclusión; que todo pasa *como si*, en el estado latente, una suma de juicios, de valor, se acumulara según un mecanismo anteriormente descrito.

No he hablado más que de las conversiones religiosas porque, envolviendo al hombre entero, son el tipo de este hecho psicológico. Hay otras morales, políticas, estéticas, que se manifiestan también por alteraciones profundas y permanentes del sentir y del obrar; si la explicación hipotética que antecede se considera validera, se puede aplicar a todos los casos.

Se encuentra en la persona de Nietzsche un curioso ejemplo de conversión, a la vez religiosa, moral y estética: no faltarían documentos para estudiarla detalladamente. Ha pasado de un cristianismo sincero al ateísmo; de la moral común al immoralismo, a la transmutación de

los valores y a la teoría del superhombre; de un wagnerismo ardiente a un antiwagnerismo intransigente; del arte «de la decadencia» al arte «apoliniano»; su conversión estética, al contrario de los demás, se ha producido por una crisis violenta y se ha afirmado con estrépito. Ha atravesado «una enfermedad», y «el hecho más grande de su vida ha sido una *emoción*». Es un ejemplo muy hermoso de lógica completa, integral, a la vez racional y afectiva. Unas veces, su pensamiento es sistemático, su dialéctica estrecha. Otras, el razonamiento, movido únicamente por las sacudidas de la emoción o el curso irresistible de la pasión, degenera en injurias. La contradicción en su obra es la de las dos lógicas: la afectiva vence, y sabido es que no conoce las contradicciones.

II.—LAS TRANSFORMACIONES.—Designo con este nombre la metamorfosis de una forma de emoción en otra que parece específicamente distinta. Es un cambio de incubación lenta que es imposible reducir a una sola fórmula y que se comprenderá mejor mediante una enunciación de hechos. Antes de presentar ejemplos, indico algunos modos de transformación que no son clasificables bajo este título.

Elimino, primero, cambios frecuentes en la vida ordinaria y que el lenguaje designa con

este nombre: el amor transformado en odio o a la inversa, la prodigalidad en avaricia, el proselitismo en indiferencia. Estos casos no parecen asimilables a una forma embrionaria y muy parcial de conversión.

Aparto también las transformaciones aparentes que sorprenden mucho la atención y engañan a los espíritus poco observadores; por ejemplo, el fanatismo religioso, que llega a hacerse un fanatismo antirreligioso o un fanatismo político. Para el espectador de fuera que se atiene al hecho simple, hay una transformación completa; para el que ve el mecanismo interior, hay más bien permanencia. El impulso afectivo—tendencia, deseo, emoción, pasión—permanece el mismo en cuanto a su intensidad; no hace más que descargarse por otro camino; como el esfuerzo muscular de mi brazo, según que arranque una raíz o dispare un tiro de revólver. El único cambio está en la apreciación, en los juicios de valor y, finalmente, en el contenido intelectual, en el fin que prevalece. Una nueva creencia ha surgido, es decir, un sistema de representaciones que, nacido de la reflexión o de las circunstancias exteriores, ejerce su dominio sobre el individuo. Es un caso de conversión parcial, un poco distinto de las conversiones completas, que se afirman por la calma y la estabilidad.

Las transformaciones que atribuyo, por hipótesis, a una lógica inconsciente, no se parecen en nada a las conversiones. Se trata de una emoción de un género determinado y que se supone fija, que se acerca lentamente a una forma próxima pero específicamente diferente y termina por parecérsele. Esta transformación no tiene lugar sino para las emociones complejas, tales como el amor paterno, el amor conyugal, etc. Estas formas de la vida afectiva son consideradas como tipos aproximadamente fijos, teniendo señales distintivas que les son propias: primero, su objeto; luego, ciertos caracteres físicos que los psicólogos han descrito. Ahora bien, ocurre que a veces pierden poco a poco los caracteres específicos y sufren una metamorfosis — de ordinario incompleta — en otro tipo. Este fenómeno merecería un estudio particular que no podemos hacer de pasada. Basta, a nuestro objeto, dar algunos ejemplos.

Observación I.—M..., temperamento de artista, de gran imaginación, no ha podido seguir su vocación a consecuencia de una catástrofe económica; ha sufrido, renegando una carrera administrativa.—Su mujer, bonita, suficientemente instruída e inteligente.—Su hija única, nacida tardíamente, dotada de facultades intelectuales y morales muy notables.

A medida que su hija avanza en edad y en saber, M... tiene lástima de su mujer; la reduce a una nada, que ella acepta sin quejarse; la trata como una tonta «que nada

comprende»; colma a su hija de regalos, de favores; hace de ella su asidua compañera, su confidente íntima, aun cuando ella sufre por su madre, a quien ama tiernamente. Si se le habla de un matrimonio eventual se pone furioso: «¿Qué necesidad tiene de casarse?» Son como unos celos anticipados. La hija había llegado a los veinticinco años cuando su padre ha muerto súbitamente.

Observación II.—L..., hombre nulo, ignorante, presuntuoso, incapaz de todo; espíritu falso y torpe, ha vegetado toda su vida en un puesto ínfimo.—Su mujer, varonil, ambiciosa, intrigante, se ha casado con él por necesidad, y durante toda su vida matrimonial, le ha abrumado con su desprecio. El hijo mayor, espíritu prudente, práctico, pero muy ordinario, ha llegado a ser su ídolo (con detrimento del segundo, que le es muy superior en todo y lo ha demostrado). Le tiene en tutela, le guía, le alienta, quiere por él, hace de él su confidente y a veces su consejero; pone en él todas sus ambiciones. Le proporciona un matrimonio rico, inesperado. Quince días después, está ferozmente celosa de su nuera: «una tonta, un carnero que sólo sabe balar». Críticas y recriminaciones incesantes contra ella cerca del marido. Seis meses de escenas perpetuas, ruptura completa con su hijo, a quien acusa de una negra ingratitud.

Observación III.—C..., casado hace mucho tiempo, sin hijos, en muy buenos términos con su mujer. Sobreviene una parienta joven, desconocida por él hasta entonces. A consecuencia de las circunstancias, los dos esposos se ven obligados a tomarla bajo su tutela. C... recorre un primer momento en que el atractivo sexual hacia la joven dominaba. Pero razones poderosas lo combaten: su afecto por su mujer, la gran diferencia de edad, etc. El sentimiento primitivo se transforma rápidamente en un amor paternal: estado final que dura hace años.

Podría continuar esta enumeración de hechos; el lector los hallará en su experiencia personal. Omíto también las formas embrionarias, muy frecuentes; la mujer fuerte que trata como un niño a su marido paciente; el marido de edad que obra lo mismo con su mujer muy joven; el amor semisexual, que llega a hacerse místico (1).

Este transformismo psicológico no puede ser sino producto de un trabajo intelectual, en parte consciente. En su origen, el sentimiento normal; luego, un estado híbrido, formas de transición que llevan a la metamorfosis final. ¿Qué papel se puede asignar a la lógica de los sentimientos en esta evolución anormal? Aquí, como en todo razonamiento afectivo, hay un *fin*, un objeto que suscita y elige, con exclusión de todos los demás, ciertos juicios de valor acerca de las personas. Este fin es la concepción inconsciente o no confesada de un ideal, es decir, una construcción en imágenes que pertenece al tipo que he llamado anteriormente «bosquejo» (*Imaginación creadora*, conclusión). En todos los casos que he observado, no habiéndose

(1) Por ejemplo, la ternura que madame Guyon experimenta, primero, hacia el P. Lacombe, su confesor. Para los documentos, véase Léuba. «Las tendencias fundamentales de los místicos cristianos» en la *Revue Philosophique* de julio de 1902.

realizado el ideal o habiéndose desvanecido, una tendencia oscura arrastraba al individuo a darle vida, a encarnarle allí donde encontraba algunas condiciones de existencia. Así, una comunidad de temperamento, de gustos, de ideas (Observaciones I y II), una apariencia o imitación de niño (Obs. III); esta operación podría denominarse por *sustitución*. Es preciso notar que la génesis de estos sentimientos híbridos atraviesa al principio un período de lucha entre la forma normal y la forma nueva que debe suplantarla. Las más de las veces esta fase larvaria se acerca un poco al atractivo sexual; pero bajo el influjo de causas diversas—repugnancias instintivas, costumbres y reglas morales—se produce una inhibición parcial; no queda más que un movimiento de atracción alrededor del cual la nueva cristalización se opera poco a poco.

En lo que concierne al *mecanismo* del razonamiento, consciente o no, que está en el fondo de estas transformaciones de sentimiento, se puede precisar más. La operación intelectual que las sostiene y las dirige es el *pensamiento por analogía*, forma inferior adaptada a una lógica inferior. W. Stern, que en una buena monografía la ha estudiado como psicólogo, dice con razón «que este proceso, descuidado por los lógicos, es, sin embargo, el proceso más or-

dinario para el espíritu humano» (1). Así, es natural que tenga un buen lugar en la lógica de los sentimientos, que, como lo hemos visto, es la de los primitivos.

Este autor distingue cuatro categorías de analogías: 1.^a, externa, en que los dos términos están tomados del mundo de los sentidos; ejemplo: llamar al camello el navío del desierto; 2.^a, interna, en que los dos términos pertenecen a la vida interior; ejemplo: las analogías de las sensaciones entre sí, sonidos y colores; 3.^a, objetiva, en que los hechos del mundo exterior son aplicados para aclarar y explicar estados internos; ejemplo: el uso por extensión de la palabra «impresión»; 4.^a, subjetiva, la más importante de todas, origen principal de las personificaciones y de los mitos; los estados interiores se deslizan bajo los estados exteriores y los sustituyen. Evidentemente, los casos de transformación entran en esta última categoría; la concepción ideal (estado interno) encuentra su analogía en una persona (estado externo); hay fusión de los dos términos; luego un trabajo complementario del espíritu, que añade las cualidades que faltan y que el ideal reclama.

En resumen, la trama intelectual que sostiene

(1) *Die Analogie im volkstümlichen Denken*, Berlín, 1893.

estas transformaciones afectivas me parece consistir en lo que sigue: primero, un trabajo inconsciente equivalente a una serie de juicios de valor y que procede por analogía. En seguida, y principalmente, una construcción imaginativa, formada de asociaciones que irradian en diversos sentidos, pero unificadas por la selección inconsciente de un deseo predominante. Esta es la forma bruta del razonamiento imaginativo que vamos a estudiar.

SECCIÓN III

EL RAZONAMIENTO IMAGINATIVO

La forma de razonamiento emocional más completa, más frecuente, más importante por sus resultados, es la que designo con el nombre de imaginativa. Se podría también llamarla forma afectiva del razonamiento de *descubrimiento*. Es el razonamiento propio de la creencia, cuando razona: su papel en la historia individual y colectiva de la humanidad ha sido, y es todavía, de primer orden.

No hay que confundir el razonamiento imaginativo con la imaginación creadora (facultad de invención, fantasía, etc.). Aun cuando estos

dos procesos psicológicos se asemejan en muchos puntos, son de naturaleza distinta.

El objeto único de la imaginación es crear. Toda invención, desde la más vulgar a la más elevada, supone algo nuevo (al menos para el individuo, porque esta novedad puede ser una repetición para la especie); lícitamente, la vida afectiva participa de la creación, que nace siempre de una necesidad, de un instinto, de un deseo; pero apartado este impulso original, ocurre muchas veces que el elemento afectivo falta o es insignificante, o está excluido por la naturaleza misma del trabajo creador. Así, en la invención científica, mecánica, financiera, comercial, el empleo del razonamiento racional es el sólo legítimo, y la intrusión de una emoción o de una pasión cualquiera no haría más que estorbarle.

El razonamiento imaginativo, por su parte, implica siempre elementos afectivos y aun no existe sino con esta condición; pero se dirige tan poco a crear, que pretende, por el contrario, descubrir o establecer una verdad existente por medios que le son propios, es decir, por una construcción imaginativa; de suerte que difiere de la facultad de invención por su objeto, por sus resultados, que tiene por objetivos; pero se le asemeja por los procedimientos empleados.

Ahora, si se comparan las dos formas de razonamiento—racional, afectivo—como instrumentos de descubrimiento, la diferencia se reduce a una oposición fundamental ya señalada.

El razonamiento racional, aplicándose a los hechos de la naturaleza, de la humanidad, de la vida social, se esfuerza, por procedimientos múltiples, por métodos variables, según los casos, en adivinar y reproducir exactamente el orden y el encadenamiento de los fenómenos. Aun admitiendo, con algunos idealistas, que los principios y categorías que regulan nuestros razonamientos no son más que estratagemas para imponer una disciplina a la masa confusa, incoherente de los hechos y hacerles inteligibles, queda, sin embargo, indisputable que ciertos razonamientos son tan exactos, tan rigurosamente comprobados (el astrónomo que predice el momento de un eclipse), que no es posible negarles un carácter *objetivo*.

El razonamiento emocional, por el contrario, está siempre regido por una tendencia, una inclinación, un deseo, una aversión, un estado afectivo cualquiera que expresa el estado del sujeto y nada más; está aprisionado en la *subjetividad*.

Estudiémosle ahora según sus obras. Nada más fácil; está en todas partes, se extiende a todo. Tomaré casi todos mis ejemplos de la ex-

perencia religiosa: los documentos abundan, variables según las razas, los tiempos, los lugares, los grados de cultura; pero, en el fondo, el mecanismo lógico permanece el mismo.

En el origen, la creación, la concepción (si se prefiere) de Dios o de los dioses, ¿es obra del razonamiento afectivo sólo? No. La operación que crea los mitos es obra de la naturaleza humana entera, intelectual y afectiva, del *homo duplex*. Es, según una definición justa: «la objetivación psicofísica del hombre en todos los fenómenos que puede percibir». La forma de razonamiento que el mito envuelve y disimula, merecería más bien el epíteto de *antropomórfica*. Pertenece a este período primitivo de que hemos hablado en el capítulo anterior, en que la diferenciación entre las dos lógicas no se ha producido todavía. Podemos, pues, omitirla en beneficio de las formas más claras en que el influjo de los estados afectivos es francamente determinante.

I.—Las creencias, ideas o conclusiones relativas a la vida futura son excelentes ejemplos de razonamiento imaginativo, de una marcha de lo conocido a lo desconocido, de un viaje de descubrimiento en que el sentimiento es el piloto. En esta cuestión hay dos elementos que considerar: las concepciones diversas de la inmorta-

lidad; las razones por las cuales se pretende establecerla.

1.º Acerca del primer punto, me contento con una enumeración que podría ser más larga: la vida vaga de las Sombras, como en los poemas de Homero; la continuación y repetición de la vida terrenal, creencia que parece datar de la época neolítica, en que los muertos son enterrados con su mobiliario y sus armas; la inmortalidad aristocrática reservada a los jefes, a los nobles, a los bravos o simplemente a los ricos (ha tenido aún en nuestros días creyentes, tales como Goethe); la metempsícosis; las transmigraciones y renacimientos indefinidos con reabsorción final en el Gran Ser; la extinción en el *nirvana*; la inmortalidad condicional reservada a los que la ganan por sus méritos; el estado de paz perpetua; el reposo en el amor divino (concepción mística); la omniesciencia (concepción intelectualista); el progreso sin fin (Leibnitz), etc. (1). Nada digo de las múltiples opiniones acerca del *lugar* en que la vida futura se desarrolla y acerca de su *duración*, ilimitada o no. Es una obra de imaginación, añadida a la creencia principal.

(1) Se encontrarán acerca de este punto muchos documentos históricos y etnográficos en L. Bourdeau, *El problema de la muerte*, Madrid, Jorro, editor.

En suma, la concepción de una divinidad feliz o desgraciada se reduce a juicios de *valor* acerca de las diferentes formas de la vida, una de las cuales es tenida por el soberano bien (Paraíso); la otra por el soberano mal (Infierno); es una conclusión que depende de los deseos, de las aspiraciones, de los gustos: el hombre activo no establece las conclusiones que el contemplativo, ni un asceta las del escandinavo que espera en la *Walhalla*. Nada más verdadero que la fórmula: «Dime con qué paraíso sueñas y te diré quién eres.»

2.º Esta creencia, esta afirmación de origen sentimental, cualquiera que sea su contenido, ha sido en primer término completamente espontánea; luego ha sido forzada a consolidarse contra la duda y las dificultades procedentes de la reflexión. Entonces la lógica aparece. El principio verdadero, fundamental, universal, que le sirve de base, es un hecho psíquico natural en el hombre: el deseo de vivir siempre. Es el nervio de todo razonamiento en favor de la inmortalidad. «Los seres dotados de inteligencia, dice Santo Tomás, desean existir siempre, y un deseo natural no puede existir en vano (1).»

Discutir este aserto no es de nuestro asunto;

(1) *Summa theologiae*, I, 75, v. ap, Bordeau, *op. cit.*

por otra parte, esta tarea ha sido hecha bastantes veces, principalmente por Taine (en la crítica de Jouffroy), en una forma humorística que ha provocado indignaciones, pero que envuelve una dialéctica rigurosa. A pesar de su apariencia de axioma, este supuesto principio es una afirmación sentimental, cuya validez nada justifica. Se impone como preferido, no como probado, y obtiene toda su fuerza de nuestra facultad de sentir.

Sea lo que quiera, en apoyo de este principio defensor de la inmortalidad se han aducido «pruebas», unas experimentales, otras racionales.

Pruebas de hecho.—En un principio esta creencia se ha repetido hasta la saciedad; ha nacido de los ensueños y estados similares en que el alma parece dotada de una vida independiente.

Actualmente este género de argumentos está fuera de uso; pero la creencia persistente en los fantasmas, en las apariciones y evocaciones de espíritus, es sucedánea de él. La «Sociedad de investigaciones psíquicas» de Londres, que ha instituido en toda la superficie del globo el estudio de los fenómenos supranormales, no persigue un fin puramente especulativo: muchos de sus miembros piensan, con razón, que si un solo caso de aparición *post mortem* fuese bien y

debidamente atestiguado, el resultado práctico sería capital (1).

Prueba racional.—La principal, bien conocida, se deduce de la necesidad de una sanción. Históricamente se ha producido bastante tarde. En un principio, la supervivencia ha sido admitida a título de hecho, sin señal alguna de una retribución según las obras y la conducta moral. Es la conclusión racionalmente deducida de un principio de justicia.

Lo repito: el valor probatorio de estos argumentos de una y otra especie nada tiene que hacer aquí; no se trata más que de su naturaleza lógica. Ahora bien, es preciso notar que en la persecución de este problema el razonamiento sufre una transformación. En el primer momento es puramente imaginativo; el deseo engendra y organiza una creencia; el verdadero creyente, el que establece su necesidad de vivir siempre como necesaria, se atiene a ella; es sordo a todos los ataques. En el segundo momento, cuando la duda se ha insinuado, el razonamiento no es ya un instrumento de conjetura para descubrir, sino un esfuerzo para demostrar; llega a ser una *justificación*, un alegato

(1) Acerca de estas cuestiones consúltese la obra póstuma de Myers, *Human Personality and its survivance of bodily Death*, 2 vols. Longmans, 1903.

—forma especial que estudiamos más adelante—; permanece afectivo en su fondo, pero tomando el aspecto y la máscara de la lógica racional. Este cambio merece ser notado. Él muestra la imposibilidad de una clasificación rigurosa de los razonamientos afectivos. El razonador pasa sin escrúpulo de una forma a otra, las emplea todas indistintamente, siempre que concurren a sus fines.

II.—El arte de la *adivinación* es la obra más considerable que haya formado el razonamiento imaginativo y el esfuerzo más encarnizado para resolver mediante procedimientos extrarracionales cuestiones a las que la lógica racional no responde. Se remonta a la mayor antigüedad y se encuentra en todas partes. Los aborígenes del Nuevo Mundo le han inventado como sus hermanos del Antiguo. Ha sido aplicado a todos los actos de la vida privada y pública, desde los más frívolos hasta los más graves. Ha llegado a ser una institución de Estado en muchos pueblos: los romanos, que le han aprendido de los etruscos; el oráculo de Delfos, este gobierno moral de la Grecia, que ha durado cerca de mil quinientos años. Aun en la época del Renacimiento los reyes y los grandes tienen sus astrólogos, que son personajes oficiales. Toma a la larga las apariencias de una ciencia; es enseña-

do por tradición o consignado en escritos abundantes y voluminosos; es un estudio complicado, muy minucioso, teniendo para cada grupo de fenómenos su terminología propia. El arte augural estaba fundado en un examen anatómico muy profundo de las entrañas. La adivinación por las variedades del rayo se pierde en observaciones y sutilezas sin número. Los tratados de astrología son un laberinto inextricable de clasificaciones, de deducciones, de inducciones, de distinciones. Tiene, pues, una larga historia y no hay que olvidar que si el arte adivinatorio se ha atrofiado bajo el influjo de la cultura científica, no ha muerto. En nuestros días los centros más civilizados no carecen de gentes cuyo oficio es pronosticar el porvenir.

El sabio puede tratar con desprecio este amontonamiento de aberraciones seculares y esta codificación de una nada; pero el psicólogo no puede considerar la adivinación sin alguna complacencia, como una manifestación de la naturaleza humana, que por su tenacidad afirma la necesidad de una lógica extraña a la razón.

«La adivinación, dice su sabio historiador, es la penetración del pensamiento por la inteligencia humana, fuera de las consideraciones ordinarias de la ciencia; es un conocimiento de una naturaleza especial, siempre obtenido por vía

de revelación sobrenatural, con o sin auxilio del razonamiento.» (1). Distingue dos formas: 1.º, intuitiva: los sueños, la evocación de los muertos, el entusiasmo (en el sentido etimológico); cae fuera de nuestro objeto, por ser la revelación directa; 2.º, inductiva o deductiva, es decir, por interpretación. Toma sus materiales de todas partes: la tierra, las aguas, el cielo, los astros, los fenómenos meteorológicos, los hombres, las bestias, los objetos inanimados, sacar la suerte, las combinaciones numéricas; abraza al mundo entero y reviste las formas más inesperadas.

Su mecanismo lógico, variable según los casos, no puede ser determinado más que por encima.

Primeramente, la adivinación se funda en un principio general admitido inconscientemente o vagamente concebido; es éste que en el universo todo está enlazado y que entre los elementos más desemejantes hay una correlación. Seguramente el hombre primitivo, al tratar de penetrar el porvenir, no tenía ninguna idea de este principio abstracto; pero su concepción animista del mundo le ponía en presencia de fuerzas que sienten y obran, esparcidas por todas partes,

(1) Bouché-Leclercq, *Histoire de la adivination dans l'antiquité*. París, 4 vol.

análogas a él; le parecía natural interrogarlas.— En este momento de la evolución humana, cada cual es, por su propia cuenta, adivino lo mismo que pescador, cazador o carpintero.— Más tarde, a consecuencia de la división del trabajo, se forma una clase especial de intérpretes (sacerdotes, magos, médicos, adivinos), guiados por alguna generalización empírica, grosera y atrevida, pero que supone ciertas correlaciones entre el individuo y el resto del mundo. Fué obra de la filosofía la generalización completa del principio de «que todo está en relación en la naturaleza». Excepto los epicúreos, las escuelas filosóficas de Grecia admitían la adivinación, ya parcialmente, con restricciones y reservas, ya totalmente, como los estoicos, como consecuencia de su teoría del *συνπνοια πάντα*. El cristianismo de las primeras edades no la ha negado, pero la atribuía a los demonios (1). Sin embargo, no hay que exagerar el valor de este principio: es más teórico que práctico. Desde el

(1) Esta creencia, de una correlación directa entre las manifestaciones de la naturaleza y los actos humanos, ha sido más extendida de lo que se piensa entre los filósofos de la antigüedad. En la China antigua, Ki-tse profesa esta máxima: «Cuando la virtud reina, la lluvia viene a propósito; cuando se hacen los juicios justos, el frío viene a su tiempo.» En Grecia, el hecho de que las grandes escuelas filosóficas han discutido la adivinación, prueba cuánto influyen las creencias religiosas de una época, aun sobre los mismos que se creen emancipados.

punto de vista de la lógica racional, aparece como el fundamento de todas las conjeturas adivinatorias. Desde el de la lógica de los sentimientos, es dudoso. Sabemos que ésta se preocupa poco de los principios, y que parece más bien guiada por una creencia instintiva, irreducible a una fórmula racional.

Ahora, si se considera la conjetura adivinatoria en los casos particulares *in concreto*, tal como es practicada de hecho, se encuentran en ella elementos afectivos, imaginativos, racionales.

1.º *Elementos afectivos.*—Hay, primeramente, el deseo intenso, sin crítica (es decir, sustraído a toda inhibición de los juicios racionales), que engendra esta creencia; que un poder sobrenatural, Dios o Destino, responderá por un medio cualquiera a la pregunta hecha. La creencia es proporcional al destino; se encuentran semicreencias.

Hay elección del procedimiento. Entre tantos medios, supuestos eficaces, ¿por qué el preguntante tiene una preferencia? Ante todo, su gusto, sus disposiciones particulares, como el católico que tiene una devoción particular por tal santo; luego, el azar, la facilidad de la operación, la tradición, la imitación o, por el contrario, la moda, que es un gusto colectivo en estado inestable.

Luego, un razonamiento muy elemental, fundado en sentimientos. Conclusión por analogía afectiva: un encuentro enojoso es de mal agüero, el graznido nocturno de un ave presagia la muerte, etc. La analogía está, no en las percepciones, sino en el estado emocional que les acompaña. Conclusión por contraste: sabido es cuánto predomina esta forma de asociación en la vida de los sentimientos; deducir de lo blanco lo negro, de un ensueño lúgubre el hecho contrario.

Finalmente, existe el estado de incertidumbre ante la respuesta; la oscilación entre la esperanza y el miedo. En la interpretación de los casos dudosos, el interrogante se inclina, según su carácter, hacia una conclusión optimista o pesimista.

2.º El *elemento imaginativo* puro se reduce al modo de pensamiento simbólico. Las percepciones e imágenes concretas son transformadas en imágenes simbólicas: de suerte que todas las manifestaciones de la naturaleza y de la humanidad no tienen sólo su valor simple, sino como significación escondida, un sentido oculto que descifrar. Es esta la esencia misma de la adivinación y es inútil señalar ejemplos.

3.º El *elemento racional* es propio de los casos de interpretación difícil. El razonamiento simula la forma racional y toma un aire científico. El interrogante no es ya competente para

comprender la respuesta. No está al alcance de un novicio predecir el destino de un hombre o el resultado de una batalla conforme la posición de los astros. Es la adivinación sabia la que ha producido los grandes tratados antes mencionados, a los que un conjunto imponente de observaciones, de deducciones, de inducciones, de cálculos, dan como apariencia de solidez. Nada falta en ellos, excepto una base firme y la objetividad que la construcción imaginativa alcanza a veces de hecho (en los descubrimientos que obtienen resultado), jamás de derecho, porque expresa una concepción individual, subjetiva. Verdad es que el arte adivinatorio reclama la experiencia, se pretende comprobado por ella, la cuenta como una de las pruebas de su validez lógica. Por una ilusión natural, el creyente da más importancia a una predicción que se realiza que a un centenar de otras, cuyo fracaso justifica penosamente. Pero todo esto sale de la lógica de los sentimientos y no es más que un esfuerzo para ayudarla.

Notemos un último carácter del razonamiento adivinatorio, que depende de su naturaleza fundamentalmente afectiva, y es la despreocupación de las contradicciones. Por una parte, supone, al menos implícitamente, una relación fija entre los sucesos del mundo y los de la vida humana, aun individual. Por otra, el hombre:

trata de librarse de una respuesta desagradable y de trampear con su destino. El oráculo o el adivino dice: «Fulano morirá de tal muerte, en tal sitio», y la víctima designada inventa subterfugios, se vanagloria de modificar el porvenir. Las entrañas interrogadas por el aurúspice son desfavorables a un asunto del Estado: se vuelve a empezar varias veces para obtener la respuesta favorable. Los historiadores de la antigüedad abundan en relatos de este género. Se desea una respuesta verdadera, pero se la desea consoladora; lo cual es sólo contradictorio para la razón. Cada deseo, como sabemos, no ve ni quiere más que su fin.

III.—Aun cuando la magia y la adivinación estén estrechamente unidas por su naturaleza y su historia, la posición no es idéntica en los dos casos. El arte adivinatorio es una interrogación; interpreta. La magia es una operación, un acto, y ordena. De aquí una diferencia evidente en su lógica: la de la magia rechaza el tipo afectivo para adoptar una forma de razonamiento en parte imaginativo, en parte intelectual. Por tal motivo podríamos omitirla; algunas observaciones bastarán para mostrar las diferencias.

El hechicero se cree un ser sobrenatural. En algunos pueblos lo es por derecho de nacimien-

to, siendo hereditaria la profesión; pero en todas partes debe sufrir un largo noviciado, duras pruebas; no adquiere su saber y su técnica sino con mucho esfuerzo, como lo hacen en nuestra época un químico o un músico. Aparte lo que tiene de impostura, está convencido de poder provocar a su agrado la lluvia y el buen tiempo, matar, curar, etc. Sus encantamientos tienen una virtud irresistible que procede de él. Algunos se han creído capaces de obligar a los dioses a la obediencia. Vive, por tanto, en un mundo imaginario.

Sin embargo, hay en su pretendida ciencia elementos racionales de una naturaleza confusa y sospechosa. Razona conforme a las analogías ficticias (el polvo de la momia es un elixir de larga vida). Se complace sobre todo en el empleo abusivo de la noción de causa (1). De aquí principios como éstos: «El efecto se asemeja a la causa que le produce», origen de la magia imitativa; ejemplo: el maleficio, que ha sido practicado en todas partes. «Las cosas que han estado en contacto y han dejado de estarlo, continúan influyéndose como si el contacto per-

(1) Este hecho ha sido señalado por los etnólogos y mitógrafos, que consienten en ir más allá de la simple agrupación de hechos. Véase Tylor, *Primitive culture*; A. Lang, *Mythes, cultes et religions*; pero principalmente Frazer, *The golden Bough*, tomo I, cap. III.

«sistiera»: es el principio de la acción a distancia.

Por el contrario, en la lógica de la magia el elemento afectivo es poco importante, de escasa acción, porque según la justa observación de Frazer (*op. cit.*): «La concepción fundamental de la magia es idéntica a la de la ciencia... su sistema se basa en la fe, ciega sin duda, pero real y firme, en el orden y la uniformidad de la naturaleza. Su error procede, no de que crea en una sucesión de fenómenos determinados por leyes, sino de la concepción totalmente falsa que tiene de la naturaleza de estas leyes.»

Los hechos contenidos en esta sección de nuestro estudio han sido tomados de una sola fuente, de las manifestaciones de la vida religiosa y de las creencias que se unen a ellas. Sería fácil, pero sin fruto, buscar por otro lado. La tenacidad de una lógica tan frágil sería inexplicable si no se supiera que está anclada en el corazón del hombre, con independencia de la razón, que disiparía estas quimeras (1). Ha durado y dura todavía porque tiene su razón de ser en tendencias indestructibles. «Por una serie de deducciones lógicas y fatales, nos explicamos, dice

(1) Los historiadores han hecho notar que durante varios siglos el politeísmo greco-romano ha sobrevivido bajo la forma de la adivinación, más fuerte que el cristianismo que la prohibía.

Tarde, que ciertas supersticiones famosas, la hechicería, la adivinación por el vuelo de las aves o por los sueños, los oráculos, la astrología hayan nacido de un modo independiente en la mayor parte de los pueblos, en el Perú y en Méjico, como en Grecia y en Roma. Eran errores necesarios; porque en materia de invenciones necesarias, no hay más que verdades. Necesarias: ¿para qué? Para satisfacer cada vez mejor, en una escala social cada vez más vasta, esta imperiosa necesidad de certidumbre y de seguridad que es el fin común de la religión y de la razón (1).

SECCIÓN IV

EL RAZONAMIENTO DE JUSTIFICACIÓN

Seré muy breve acerca de esta forma de razonamiento, la más sencilla, la más infantil, la más vulgar de todas. Es bien conocida, aun cuando la lógica de los sentimientos esté poco explorada. Su nombre es antiguo, puesto que generalmente se atribuye a Malebranche. Sin embargo, merece una mención, aun cuando sólo fuera para distinguirla del razonamiento compuesto o

(1) Tarde, *Logique sociale*, pág. 271.

alegato, que será estudiado más adelante y que es muy diferente.

Su carácter esencial es el ser engendrado por una creencia firme y sincera que rehusa ser perturbada y aspira al reposo. El razonamiento de justificación es claramente teleológico. A pesar de algunas apariencias de racionalismo, pertenece al tipo afectivo puro, manifestándose en su mayor pobreza. Siendo la creencia ciega (cualquiera que sea su objeto) la afirmación del individuo en su deseo y en su sentir más íntimos, arraiga en el fondo mismo de su ser. Es, en último análisis, *una manifestación parcial del instinto de conservación*: de aquí su tenacidad. Pero por inquebrantable que parezca la duda aparece, a lo menos por instantes. Le sigue una ruptura de equilibrio mental que pide un remedio. Este es el razonamiento de justificación.

El que tiene fe ardiente en un individuo, en un régimen político, en una forma de gobierno, no confiesa nunca su incapacidad, no se inclina ante un fracaso, sino que busca por fuera apariencias de razones. La caída del imperio romano bajo el impulso de los bárbaros, era atribuída por los paganos al abandono de los antiguos dioses; por los cristianos, a un castigo providencial del paganismo. Esta tesis está en San Agustín, Salviano y, por otra parte, en los historiadores politeístas, contemporáneos suyos.

En la moral práctica, el razonamiento justificativo es de un uso diario. En la moral teórica, la que los moralistas construyen laboriosamente, el procedimiento es más sabio, más sistemático; pero en el fondo hay una tendencia predominante, una preferencia individual, una subjetividad que, disimulada bajo este aparato lógico, guía a un fin establecido de antemano. Como hace observar Balfour (1), en las discusiones de la moral hay una diversidad extremada en las premisas, una uniformidad extraña en las conclusiones. ¿Por qué? Porque las conclusiones estaban fijadas desde el principio y el fin establecido antes de que el viajero se ponga en camino. «Los constructores de moral son abogados que se conceden entera libertad acerca de las premisas, no sobre las conclusiones.»

En todas las religiones, la lógica justificativa se desarrolla de modo abundante. Los verdaderos creyentes no están embarazados nunca por las desgracias individuales o colectivas de las gentes piadosas: la catástrofe de un tren de peregrinos, el fracaso de una guerra santa, el milagro negado a las más ardientes y más legítimas oraciones, el infortunio encarnizándose en un justo, etc. Sin inquietarse por una doble falta de lógica, declaran que los caminos de la

(1) *Les bases de la croyance*, trad. franc., pág. 157.

Providencia son impenetrables, pero tratan de justificarlos.

Muchos enfermos razonan del mismo modo con respecto a su médico o los remedios, porque su psicología es idéntica a la de los devotos, y encuentran siempre algún pretexto que a sus ojos explique el resultado negativo.

No he hablado más que del hombre normal. En ciertos enajenados (delirio persecutorio, melancolía, etc.), el razonamiento de justificación está sin cesar en acción y no es sensiblemente más débil que entre las gentes razonables, «porque todo estado emocional tiene una ceguera y una insensibilidad naturales para todos los hechos que a él se oponen (James, *op. cit.*, página 88).

Estando este trabajo consagrado al razonamiento afectivo, no insistiré acerca de los casos en que una creencia, una opinión, un prejuicio nacido del carácter o de la educación, obran inconscientemente sobre las explicaciones y las teorías que aspiran sinceramente a la objetividad científica. Nada más frecuente en los historiadores, los teólogos y aun los filósofos, «que aparentan haber descubierto su opinión por el desarrollo espontáneo de una dialéctica fría, pura, divinamente despreocupada; en tanto que en el fondo una tesis anticipada, una sugestión, las más de las veces un anhelo del corazón, abs-

tracto y pasado por el tamiz, es defendido por ellos, apoyado en motivos laboriosamente buscados». Notemos que el autor de este pasaje, Nietzsche (*Más allá del bien y del mal*, cap. I), que arremete contra la picardía del viejo Kant, atrayéndonos a los caminos apartados de la dialéctica que conducen a su imperativo categórico, es a su vez un ejemplo muy hermoso de la falta de crítica.

En todos los casos de este género, la forma es la de la lógica racional. La estructura del razonamiento es firme, sin lagunas, irreprochable; pero es un estado de alma extrarracional el que tiene la iniciativa y la alta dirección. Lo que parece demostración es sólo *justificación*. La lógica de la razón parece dueña; en realidad, es sirviente. Nos engañamos en esto, porque el edificio lógico, construido por obreros hábiles y sutiles, no tiene las apariencias ingenuas del razonamiento afectivo en que el desenlace es conocido de antemano.

II.—Al lado de esta forma de razonamiento, cuyo valor objetivo es tan escaso, hay que mencionar otra que yo llamo *razonamiento de consuelo*. Ha nacido de la necesidad de encontrar un remedio al dolor moral. Si se excluye a los pesimistas que no quieren consuelos, a los estoicos que los desdeñan, a los espíritus lúcidos

que ven su inconsistencia, el resto de la humanidad es muy accesible a esta apariencia de razonamiento y se presta gustoso a la ilusión que proporciona.

Todas las desgracias de la existencia: ruina, decadencia, enfermedad, separación por la muerte, son para el paciente una disminución de vida, una aminoración sentida de su personalidad. La tendencia a ser y a ser mejor, la «voluntad de potencia», más simplemente, el instinto fundamental de conservación, es atacado, estorbado, herido. El razonamiento de consuelo es un esfuerzo para restituir, por medios artificiales, la cantidad de vida y de energía perdidas. Nazca en nosotros espontáneamente o lo aceptemos de los demás, mira siempre al mismo fin, y consiste en *dar valor* a estados pasados o futuros propios para compensar el presente; porque no es posible buscarlo en otra parte más que en los recuerdos agradables de un tiempo transcurrido o en esta construcción imaginaria, proyectada en el porvenir, que se llama la esperanza.

El «Consuelo» ha sido un género literario floreciente en la antigüedad (véase Séneca), en la gran época de los retóricos, esos obreros inconscientes de la lógica emocional. Si en nuestros días está fuera de uso, el remedio de razonamiento que le constituye permanece vivo en

todas las formas de condolencia diaria, en cuanto tratan de ser algo más que una fórmula seca y trivial.

SECCIÓN V

EL RAZONAMIENTO MIXTO O COMPUUESTO

Nos acercamos a la lógica racional sin entrar en ella, porque no admite compromiso, y la mezcla de elementos afectivos imprime un sello de exclusión al razonamiento que llamamos mixto o compuesto. Este término parece apropiado; deja entender que esta forma de razonamiento exige: un encadenamiento racional, que es su esqueleto; el empleo de las emociones como medio de obrar y como procedimiento de argumentación. Se le podría llamar también razonamiento afectivo reflexivo, y, en algunos casos, razonamiento artificial, porque siendo consciente, voluntario, calculado, se opone al razonamiento afectivo espontáneo. Más simplemente puede decirse que es un *alegato*. El razonamiento mixto varía en función de la cantidad de lógica afectiva y de lógica racional que contiene.

Anteriormente hemos hecho notar que la lógica racional trabaja tan pronto en descubrir

como en demostrar. En el primer caso persigue la solución de un problema. Aun cuando el resultado sea muchas veces presentido, sospechado, permanece conjetural en tanto que no se ha agotado la serie de los términos medios que imponen la conclusión. En el segundo caso, se establece una afirmación a título de hipótesis: la obra de la demostración consiste en hacerla válida por un encadenamiento riguroso de razones (1).

La lógica de los sentimientos, también, se asienta en estas dos direcciones: tan pronto se ensaya en descubrir, como hemos visto al estudiar el razonamiento imaginativo; tan pronto simula la demostración, como la defensa. Pero entre la demostración y el alegato la diferencia es fundamental.

La demostración marcha hacia su término con un paso metódico y seguro. No tiene más que un objeto, la verdad. No se dirige más que al hombre intelectual. Es de naturaleza espe-

(1) Notemos que la diferencia entre los dos procedimientos es un poco superficial. Los teoremas de la geometría, los principios de la física, actualmente materia de demostración, han sido originariamente resultado de una marcha hacia lo desconocido. Por el contrario, en ciertos casos, por necesidades didácticas o de otro género, se supone el problema resuelto. Entonces la marcha lógica toma la forma de una demostración, siendo en el fondo un procedimiento de investigación.

culativa. La conclusión obtenida regularmente, no se inquieta por las consecuencias prácticas.

El alegato marcha de modo enteramente distinto. La conclusión está determinada de antemano. Proporcionar pruebas es para él una labor secundaria, en el fondo un simple medio. No tiene más que un objeto: persuadir, arrastrar, hacer obrar; no tiene más que preocupaciones prácticas. Se dirige al hombre total, principalmente a sus sentimientos, a sus tendencias, a su voluntad, para dominarlas, subyugarlas. El razonamiento compuesto es un arma de combate. Se dirige a veces a nosotros mismos, con la mayor frecuencia a los demás: su uso es raramente individual, casi siempre social. Se encuentra en todas partes:

En las discusiones morales, políticas, religiosas, sociales, estéticas; el tribuno que levanta las masas, el predicador que enardece el celo de los creyentes, el abogado en las causas criminales, la propaganda moral, literaria, artística y aun científica de los conferenciantes, etcétera.

En las novelas y composiciones dramáticas de *tesis*, que no difieren del alegato propiamente dicho, sino por una adaptación a la lectura o a la escena, por una sustitución de la escritura a la palabra.

En la vida ordinaria, las discusiones en favor de una opinión, de un negocio que intentar, de un matrimonio que concertar, de un viaje que emprender, etc.

Todos los modos de aplicación de este procedimiento de razonamiento son reductibles a dos principales, abandonando los matices:

Está uno convencido de la legitimidad de su tesis. En este caso, admitido el punto de partida, se es capaz de formar su alegato conforme a las reglas de la lógica racional, y el razonamiento mixto se aproxima a la demostración por una dialéctica correcta, una argumentación rigurosa, a veces por el abuso de las divisiones y subdivisiones (en la elocuencia política Demóstenes, en la elocuencia sagrada Bourdaloue). No hay empleo de los «valores», es decir, de los elementos afectivos, sino en tanto es necesario para conmovier y triunfar.

Se está poco o nada convencido de la legitimidad de su tesis.—En este caso (un abogado defendiendo una causa que sabe es mala) el elemento racional depende más bien de la sofística (1). La construcción intelectual es frágil y llena de agujeros, y la lógica de los senti-

(1) Las diferencias y las semejanzas entre la lógica afectiva y los sofismas reconocidos y clasificados por la lógica racional, exigirían un estudio demasiado largo para este capítulo. Encontrará su puesto en la conclusión.

mientos se atribuye por fuerza la parte del león.

Resulta de las observaciones anteriores que el tipo del razonamiento mixto se encuentra en la elocuencia verdadera, la cual es mejor que una charla elegante y vacía. No tengo que enseñar al lector lo que es la elocuencia, sino que mostrar que sus condiciones psicológicas son las del modo de razonamiento que nos ocupa. Cicerón da de ella una definición muy adecuada a nuestro objeto: «Es un estado de emoción continua.» (1). Es natural al hombre: aun entre los salvajes, hay gentes elocuentes, que en un idioma pobre, ayudados de las entonaciones y de los gestos, saben convencer y arrastrar a sus congéneres. Es una de las manifestaciones de esta lógica primitiva, *indiferenciada*, de que hemos hablado, en que los elementos racionales y afectivos estrechamente entrelazados concurren al mismo fin; y si existe y obra también entre los pueblos civilizados, no es a título de supervivencia, sino porque nada puede reemplazarla. Para que desapareciera, sería preciso que todo fuera demostrable, o que la naturaleza humana fuera totalmente cambiada. Por sí sola es una *prueba de hecho* de la *necesidad* para el hombre de una lógica emocional.

(1) Quid aliud est eloquentia nisi motus animi continuus? (*Orator.*)

Luego, después de siglos—no muy tarde, sin embargo, como nos lo hace ver la historia—han venido los retóricos que han trabajado sobre la materia oratoria, como los gramáticos sobre la materia lingüística, han sacado de ella preceptos y reglas y compuesto tratados del perfecto orador. Su objeto era únicamente práctico, didáctico. Lo hayan conseguido o no, poco nos importa; pero es cierto que han hecho, sin quererlo ni saberlo, un primer ensayo de una lógica de los sentimientos, restringido a un caso particular. Podemos convencernos de ello por el examen de algunos pormenores.

Primeramente, la preocupación exclusiva, obsesiva, del éxito que hay que conquistar por todos los medios posibles, principalmente por la acción de las sacudidas emocionales. «Para el orador, el hombre es un ser puesto en movimiento por la imaginación y la pasión.» «La elocuencia se juzga por el éxito, es decir, por el efecto producido, y no se influye en los hombres sino por las pasiones.» «No se trata de ilustrar, sino de arrastrar, de convertir; hay que mover el corazón, conmover la imaginación, subyugar la voluntad.» Tales son los preceptos generales que acuden hasta la saciedad en los tratados de retórica de mayor fama.

Luego, existen los procedimientos, las fórmulas obtenidas de la observación para reproducir

o imitar lo que los grandes oradores han encontrado espontáneamente y cuya eficacia ha demostrado la experiencia.

En cuanto al fondo, es la lógica racional la que proporciona las reglas. El orden y la disposición de los argumentos por vía de acumulación o de gradación, está fundado en razones reflexivas. Este punto ha sido tratado con los pormenores necesarios (en el anterior capítulo) y no vuelvo a él.

En cuanto a la forma, los procedimientos están casi siempre tomados de la lógica afectiva. Las «costumbres oratorias», a que los retóricos dan tanta importancia, significan, en nuestro lenguaje, el conocimiento y, sobre todo, el manejo psicológico del oyente. Se trata menos de su nivel intelectual que de su carácter, sus tendencias, sus gustos, sus simpatías y antipatías. Esta adaptación psicológica consiste en la elección de los *valores* que hay que rechazar, aplicar, poner de relieve; lo cual es el fondo mismo de la lógica afectiva.

Si se pasa del interior al exterior, a las formas de lenguaje que traducen las ideas y los sentimientos, el distintivo de la elocuencia es la aplicación del estilo *figurado*, obra de la imaginación y de la emoción, como tal excluida de la demostración racional: comparaciones, metáforas, prosopopeya, hipérbole, ironía o broma,

insinuaciones, exclamaciones, apóstrofes, interrogación que lanza al vacío, etc.; estos medios y otros, cualquiera que sea su valor literario, expresan menos estados intelectuales que de sentimiento; su fuerza está en el factor afectivo que contienen; obran, no por pruebas, sino por sugerencias.

Finalmente, existe la acción de los gestos, del caudal oratorio, de la voz. Esta elocuencia del cuerpo, de un poder tan grande como efímero (lo cual ha hecho decir erróneamente que el orador muere por entero), es un elemento de la lógica emocional, puesto que la emoción fuerte y su expresión fisiológica son inseparables. En las asambleas religiosas (misiones, *revivals*), las conversiones bruscas, los terrores, los sollozos, los gritos; en las asambleas políticas o populares, las seducciones irresistibles; estos hechos y bastantes otros muestran que la acción en el orador es un modo de prueba y reemplaza a veces una demostración (1).

Resta señalar un carácter que distingue el razonamiento mixto entre todas las formas de la lógica de los sentimientos, quizás porque está

(1) Hay que reconocer que, en este caso, la lógica de los sentimientos se acerca mucho a la lógica instintiva, orgánica, más bien que a la psíquica. Pero recuerdo que, sin aparato oratorio, sin palabras, puede imponer una conclusión. He dado ya ejemplos de ello.

más fuertemente marcado de racionalidad. El razonamiento pasional, de justificación, de consuelo, de conjetura imaginativa, el que produce conversiones y transformaciones, tiene un sello puramente individual o no exceden al individuo sino raramente y por accidente. El carácter extraindividual, *social*, del razonamiento mixto es evidente, puesto que se propone obrar sobre los demás hombres. «En apariencia, dice Tarde, nada más contrario a la lógica que la retórica. ¿No es la retórica esencialmente el arte de los cambios ilógicos de la creencia y del deseo? Sí, en el sentido individual de la palabra lógica. Pero en el sentido social, es el instrumento lógico por excelencia, el procedimiento más poderoso de difusión imitativa de las ideas y de equilibración ascendente de las creencias. Aquellos a quienes la retórica persuade bajo la forma del libro, del periódico o del discurso, tienen necesidad de ser persuadidos, y son casi siempre incapaces de convencerse por sí mismos. Un pasaje de Maudsley es bien adecuado para mostrarnos la lógica individual reducida a sus únicos recursos: «Hay personas, dice, que tienen la costumbre de pesar sus razones tan minuciosamente (es decir, de conformarse con tanta exactitud a las reglas de la lógica individual), que toman difícilmente una resolución y se les ayuda grandemente si simplemente se les repite en

tono de confianza las razones que les hacen inclinarse de un lado. Estas personas se sienten aliviadas, aun cuando en el fondo puedan no tener estimación alguna con respecto al juicio del que les ha aconsejado.» Esta acción prestigiosa de un individuo sobre otro, se produce, como se ve, con violación de todas las leyes de la lógica individual, aisladamente considerada (1).

Es necesario precisar más, porque la acción social del razonamiento se manifiesta de varios modos. El alegato—no se trata más que de él—es una forma franca o disimulada, violenta o mitigada del *combate*. Busca el éxito, la victoria, el triunfo y, como en la guerra, todo es bueno, hasta la estratagema. Esto es verdad en las discusiones familiares como en los más elevados debates. Es que tiene su origen, no en el egoísmo puro, sino en la tendencia del yo a la expansión, a la afirmación de sí mismo, y, si puede, a la dominación. Se está convencido, siendo la creencia la expresión de nuestros deseos o repulsiones internas, se defiende la causa propia. Se está poco o nada convencido de la tesis que se sostiene; al adoptarla se la hace suya y se defiende por amor propio. Los dos casos imponen la misma actitud.

Pero sólo las grandes convicciones crean la

(1) *Logique sociale*, pág. 76.

lógica afectiva y con ella la dirección de los espíritus: Savonarola, arrastrando a los florentinos al sacrificio de sus alhajas, de sus vestidos de lujo, y al pintor Bartolomeo della Porta a quemar por sí mismo sus cuadros. En tales obras no basta una simple orden; para que el imperativo sea obedecido es necesaria una acumulación de *razones que muevan*, que son los términos medios preparativos de la conclusión.

Después de haber estudiado separadamente las principales formas del razonamiento afectivo y mostrado, de hecho, que una clasificación clara, precisa, completa, es imposible; que sólo es posible una aproximación, entonces se puede, desde un punto de vista más general, intentar una reducción de estas formas según sus orígenes.

Hagamos caso omiso de su materia, de su contenido, de la disposición lógica propia de cada una, de su fin particular, para no considerar más que la parte contributiva al fin general del individuo.

La lógica racional ha nacido de la necesidad de adaptarse, mediante el conocimiento, al medio exterior, a sus propiedades y a sus atributos. Esta necesidad, primeramente práctica, ha llegado a ser con el tiempo especulativa y práctica, según los casos. Las formas de la lógica

de los sentimientos han nacido también de necesidades, y aun más imperiosamente, puesto que permanecen siempre prácticas, teleológicas, y este carácter es, para ellas, inalienable. Ahora bien, si se las acerca y se las compara para tratar de descubrir sus afinidades originales, se ve que se dejan reducir a dos tipos, según que son útiles para la *conservación* o para la *expansión* del individuo.

La tendencia a conservarse (negativa en cierto sentido) se traduce por actos de defensa, medio preventivo contra la disminución, la aminoración; o bien, si el mal está hecho, por la aplicación de remedios propios para reparar, compensar las pérdidas, realizar todo lo posible una *restitutio ad integrum*. A este tipo pertenecen: las formas pasivas del razonamiento pasional, de que la timidez ha servido como ejemplo; los razonamientos de justificación y de consuelo, que son: el uno, un apoyo defensivo contra la conmoción de una creencia; el otro, un esfuerzo para recobrar el estado anterior.

La tendencia a la expansión (más bien positiva) bajo una forma pacífica o belicosa, tiene siempre un aumento de ser y de fuerza. Tal es al menos la ilusión del individuo, y en la esfera enteramente subjetiva de los sentimientos, ilusión y realidad valen lo mismo. A este tipo pertenecen los modos de razonamiento que tienen

por fin un ideal: como las formas activas del razonamiento pasional (ejemplo: el amor); el trabajo latente que produce las conversiones y las transformaciones; el esfuerzo imaginativo para adivinar el porvenir; finalmente, los numerosos matices del alegato.

Las múltiples manifestaciones de la lógica de los sentimientos son de este modo reducidas a dos tendencias fundamentales de la vida afectiva, íntimamente enlazada en los animales superiores: la conservación, el desarrollo.

CAPITULO IV

La imaginación creadora afectiva

I

Hemos hecho resaltar con insistencia el carácter fundamentalmente práctico de la lógica de los sentimientos. Un caso constituye excepción: cuando se pone al servicio de la creación estética. Pero entonces se aminora, se atenúa, se desnaturaliza y llega a ser un simple hilo conductor que la acerca a la asociación pura. Sin embargo, queda distinta de ella, porque por poco ordenada que sea su manera de ser, tiene siempre un objeto que impone un cierto orden.

Es probable que haya un razonamiento cualquiera incluido en la génesis de toda creación.

Para sostenerlo sin reservas, como se ha hecho, no es necesario recurrir a la tesis radical que sostiene que toda forma de actividad mental es reductible a un razonamiento, ni de

admitir con ciertos autores que el trabajo de la imaginación, notablemente el que crea los mitos, puede reducirse a un silogismo; lo cual no prueba gran cosa. *Artificialmente* todo puede revestir la forma silogística. Por lo demás, este problema cae fuera de nuestro objeto y podemos dispensarnos de tomar una decisión. Primeramente, muchas formas de la imaginación creadora (científica, mecánica, práctica, comercial, financiera, estratégica, etc.) son por naturaleza extrañas a la lógica de los sentimientos. Aun restringiéndose a la creación estética, la cuestión social sería muy compleja. Una buena parte de la invención se atribuye generalmente a la espontaneidad, a la intuición, al instinto, es decir, a operaciones semi-inconscientes acerca de las cuales sólo pueden hacerse hipótesis. En cuanto al razonamiento propiamente dicho, varía según la naturaleza de la invención y según la del inventor.

Admitimos, para simplificar, dos grandes clases:

Aquella en que el creador tiene el cuidado dominante de la buena ordenación, de la armonía, de la unidad perfecta: entonces el trabajo lógico es muy análogo al razonamiento mixto anteriormente estudiado.

Aquella en que la fantasía corre y se esparce a su agrado. Aquí el apoyo lógico es tan ligero,

tan débil, que en los casos extremos se aproxima a la simple asociación como la curva que tiende a su asíntota. Sin embargo, la lógica, aun bajo esta forma sentimental, no llega a ser únicamente una sugestión o desviación de estados afectivos. No siendo tampoco su objeto demostrar ni conjeturar, sino organizar, cambia de naturaleza cambiando sus materiales de construcción.

He aquí cómo:

1.º Eliminando los conceptos valores que, a pesar de su coeficiente afectivo, conservan una cierta marca intelectual y producen la ilusión de nociones, de ideas generales, haciendo posible un encadenamiento lógico.

2.º Sustituyendo los estados de conciencia por otros distintos, que he propuesto llamar *abstractos emocionales*. Estos son imágenes que se reducen a algunas cualidades o atributos de las cosas, que sustituyen la totalidad que son, y elegidas entre las demás por diversas razones, *pero siempre de origen afectivo*. En otros términos, lo abstracto emocional resulta del predominio constante o momentáneo de un estado afectivo. Un aspecto cualquiera, esencial o no, surge en relieve únicamente porque está en relación directa con nuestra sensibilidad: una cualidad o un atributo se eligen espontánea y arbitrariamente, por-

que en algún modo nos agradan o desagradan (1).

Esta materia emocional se fija y se expresa con la mayor frecuencia por palabras o formas plásticas. Pero puede aventurarse todavía más lejos, en lo indefinido, allí donde el hilo conductor, último vestigio del razonamiento afectivo, se dibuja apenas en la fluidez de la construcción estética. Allí es donde los sentimientos no se traducen más que por sonidos. Este caso, por razón de su naturaleza especial, creo merece un estudio especial.

He tratado de establecer en otra parte la existencia de una memoria puramente afectiva. Esta tesis ha suscitado, primeramente, críticas;

(1) Para más pormenores, véase nuestra *Psicología de los sentimientos*, Madrid, Jorro, editor, y *La imaginación creadora*, Madrid, Jorro, editor. Los abstractos emocionales resultan de dos procedimientos principales: 1.º La fusión. Son un residuo condensado de emociones análogas o coexistentes, un sentimiento general sacado de la masa de las impresiones particulares; 2.º La generalización propiamente dicha. Los sentimientos participan del proceso de generalización de ideas a que acompañan. La palabra simboliza la idea general, que es—en la conciencia—una imagen genérica o un estado único sustituto de todos los demás. La palabra, por su asociación con la imagen, y, por tanto, con el sentimiento, puede despertar éste directamente. Ejemplo: el murmullo del bosque, la brisa de la primavera, etc. Elsenhans, de quien tomo estos ejemplos (*op. cit.*), hace notar que estas formas abstractas de los sentimientos son inferiores en intensidad y en pureza a las formas concretas.

más tarde, nuevos estudios sobre el mismo asunto (1). Me he propuesto proseguir en este camino, estableciendo la existencia de una forma de imaginación creadora puramente afectiva, es decir, que no tiene por asunto más que sentimientos, emociones y pasiones.

En otro tiempo nos preguntábamos: ¿Existe una memoria afectiva pura, es decir, distinta e independiente de las circunstancias concomitantes de la emoción, reproduciendo la emoción misma?

Ahora nos preguntamos: *¿Existe una forma de imaginación creadora que, siguiendo relaciones nuevas, recoja y combine los estados afectivos de naturaleza diversa, y nada más que estos?*

Aunque no sea muy común esta forma de imaginación, existe y se manifiesta de varias maneras, de entre las cuales una sola es la completa—será el objeto principal de este capítulo—; las otras son parciales o atenuadas.

II

La forma completa se halla en la creación musical, no siempre, sino con restricciones que

(1) Los de Pillon, Mauxion, Paulhan, Urban, etc.

se indican inmediatamente. Hay, en efecto, una cuestión preliminar por aclarar, sin la cual todo lo que sigue estaría en peligro de construirse en un terreno movedizo.

Entre las definiciones de la música hay una que, con algunas variantes, aparece constantemente: «Es el arte de expresar los sentimientos y las pasiones por medio de los sonidos.» De entre una treintena de fórmulas recogidas por un musicógrafo, encuentro que figura en tres cuartas partes. He aquí justamente el punto en litigio: ¿La música tiene por objeto principal expresar estados de sentimiento? Dos opiniones radicalmente contrarias se presentan aquí: la una, lo afirma; la otra, lo niega.

La primera tesis ha sido sostenida por sabios, filósofos, estéticos (Helmholtz, Kant, Herbart, Lotze, Vischer, etc.), y aun por algunos músicos como J.-J. Rousseau. Ha sido desarrollada con una habilidad superior y una notable potencia de dialéctica por Hanslinck, en su tan conocido libro *Von musikalisch-Schönen*.

Si se dejan a un lado las discusiones episódicas o puramente críticas, la parte positiva de esta obra se puede resumir así: El único contenido de la música es el sonido; no tiene materia en el sentido de asunto tratado. «La música no habla más que por los sonidos»; no contiene otra cosa que formas sonoras en movimiento;

es un arabesco que se anima por una autogenia continua; es semejante a un kaleidoscopio: «Se acostumbra a considerar el sentimiento evocado por una obra musical, como el asunto, la idea, el fondo mismo de esta obra; a no ver, en las combinaciones sonoras tratadas con arte e inteligencia, más que la simple forma, la imagen, el revestimiento material del sentimiento. Pero ésta es precisamente la parte específica en la música, hecha de estas combinaciones tan despreciadas, que constituyen la creación del artista...; aquí es, en las formas sonoras y precisas, donde reside el sentido espiritual de composición, no en la vaga expresión de conjunto de un sentimiento abstracto. La forma pura, por oposición al sentimiento, es el verdadero asunto, el verdadero fondo de la música; es la música misma.» El trabajo creador del músico tiene un punto de partida, no en la intención de representar musicalmente tal pasión, sino en la invención de una melodía, de un motivo que nace en su espíritu por efecto de un poder misterioso, inexplicable en su germen. «Es un canto interior, no un sentimiento interior, el que impele al músico a componer.» El tema o motivo es el «microcosmos musical», en el cual no se puede separar el fondo de la forma. El tema principal es la base, verdadera sustancia y fondo (asunto) de la obra musical. Todo deriva de él; él es el axioma... El

compositor trata su tema a la manera de un héroe de novela, no perdiendo nunca de vista que todo va unido con este primer personaje y gravita en su órbita.» El tema sólo revela el carácter del espíritu que ha elaborado la obra entera. «Un motivo de Mozart, de Beethoven, tiene su individualidad, del mismo modo que un verso de Goethe o un juicio de Lessing... Los temas tienen toda la seguridad de una citación y la evidencia de un cuadro; son individuales, personales, eternos.» La sola concesión de Hanslick es que «la música no puede expresar el contenido de los sentimientos, sino únicamente su aspecto dinámico». Tal es la tesis negativa bajo su forma más radical: no se me reprochará haberla atenuado.

La tesis contraria la han sostenido varios filósofos (Schelling, Hegel y sobre todo Schopenhauer y la mayor parte de los músicos. Primariamente es de experiencia vulgar que ciertas composiciones musicales (no todas) despiertan en el oyente estados emocionales variados, muchas veces intensos. ¿Cómo suponer que el creador, absorto únicamente en la plástica de las formas sonoras, quede extraño a esta agitación interna y no sienta nada? Esta es una hipótesis inverosímil. Por lo demás, sobre este punto, los músicos han respondido: entre numerosos testimonios he escogido algunos al azar. Gluck, inven-

tando la parte de la cólera de Aquiles, en *Ifigenia en Aulide*—que produjo en el teatro un efecto prodigioso—, se entregaba en la calle a tales extravagancias, que era necesario detenerle. Berlioz borraba del número de los músicos «a los que no sienten, porque, dueños de la teoría, componen una apariencia de música.» Chopin decía: «No conozco en el mundo nada más odioso que una música sin segunda intención», y Gounod declaraba tener «un odio implacable a la fórmula, a la forma exterior vacía y al amor de la forma directamente falta de emoción, que es su sustancia y su razón». Se me dispensará acumular más ejemplos. De una manera general, puede invocarse la sensibilidad enfermiza de tantos músicos célebres que sus biógrafos nos han descrito con minuciosos pormenores; y, por otra parte, ¿por qué han existido expresiones como la sencillez de Haydn, la cólera concentrada de Beethoven, el abatimiento de Schubert, la inquietud febril de Chopin, la ternura de Mozart, etc.? No quiero decir nada de los contemporáneos. Serían, sin embargo, una buena mina que explotar, pues la música evoluciona más y más en el sentido de una expresión completa de las disposiciones íntimas, las más delicadas y las más fugitivas. Es casi vergonzoso insistir sobre un punto de tal evidencia, y me hubiera abstenido de hacerlo si la tesis contraria

no estuviera afirmada con el atrevimiento que es sabido.

¿Esta oposición entre las dos teorías es irreductible? De manera alguna. Sin entrar en los pormenores de esta discusión puede indicarse que la tesis de que Hanslick se ha declarado el campeón más audaz, es rigurosamente aplicable a una cierta clase de composiciones musicales. Basta recordar la distinción que se ha establecido muchas veces entre la música *vacía* y la música *llena*: lo que en términos psicológicos puede traducirse por música exterior y música interna.

La primera, no es más que una arquitectura de sonidos, que «no tiene materia en el sentido del asunto tratado»: la obra de creación se resume en combinaciones sonoras, modulaciones sabias, ritmos originales, habilidad en el desarrollo: tales son la música pintoresca, imitativa, puramente descriptiva, los trozos escritos por la virtuosidad pura; ciertas sonatas que no consisten casi más que en hacer, deshacer y volver a hacer una simetría; en una palabra, todo lo que es invención técnica más bien que expresión de sentimientos (1). Esta forma de crea-

(1) Aunque la música se presta mejor que ningún arte al desarrollo vacío, es decir, sin contenido psíquico, conviene indicar que no tiene el privilegio exclusivo; así sucede en literatura con los poetas, que sacrifican todo a

ción, interesante para la estética, es totalmente extraña a nuestro asunto y será rigurosamente omitida.

La segunda trata de los estados interiores, no bajo su forma intelectual, como ideas o como imágenes, sino de tal suerte que sean vivas en la esfera del sentimiento y revestidas con su forma. Esta es únicamente una manifestación de la imaginación creadora afectiva y servirá solamente de base para el estudio que sigue.

III

Las disposiciones afectivas pueden existir en nosotros bajo varias formas: 1.^a, inconsciente o subconsciente; es decir, en el estado de proyecto: se traducen por movimientos, gestos y aun algunas veces por la música, como varios autores, principalmente Wagner, lo han sostenido con razón; 2.^a, consciente; es la forma ordinaria; los estados afectivos son conocidos y se imponen a nosotros a título de hechos simplemente comprobados; 3.^a, analítica; es decir, elaborada por la reflexión, que las desarrolla y las presenta en la integridad de su desenvolvimiento; así,

la perfección de la forma, como los Parnasianos o los oradores elegantes y abundantes, que hablan para no decir nada.

en la vida corriente, se recuerda al pormenor lo que ha contribuido a engendrar y a alimentar una pasión; en la creación literaria, en los novelistas, autores dramáticos, poetas, las disposiciones afectivas toman una forma exterior, gracias a las descripciones verbales que algunas veces tienen un relieve extremo; en fin, hay la forma musical, menos clara, pero más profunda, más compleja y tan variada como la precedente. Este último procedimiento, mejor que ningún otro, es el instrumento de la invención afectiva pura.

Para comprender el estado de alma, que es la causa y la marca propia de esta forma de invención; para penetrar en su psicología, consideraremos la creación musical bajo su doble forma, dependiente e independiente.

La música dependiente está sujeta a un libreto, a palabras. El músico se inspira en el bien o mal; es decir, transforma las ideas, las imágenes, las palabras—representaciones visuales o verbales—en estados afectivos; y esta transformación se exterioriza en una construcción arquitectónica de formas sonoras. De aquí, movimiento receptor de fuera a dentro, metamorfosis de lo intelectual en efectivo, movimiento creador de dentro a fuera. Suprimamos ahora en el espíritu del compositor, por hipótesis, todo lo que se refiere al aparato escénico, a la visión de los

personajes y a su medio, y quedará la sucesión de los sentimientos evocados, el desarrollo incesantemente cambiado o modificado de la vida afectiva, el juego o el choque de las pasiones; en una palabra, un edificio emocionante, o más bien, un drama reducido únicamente a la materia afectiva. Tomemos como ejemplo el *Freischütz* que Weber comentó por sí mismo. Si hacemos abstracción del elemento escénico y de la visual pictórica, nos quedará la expresión musical de un sentimiento romántico de la naturaleza, la soledad de los bosques, la vida de la selva, la acción de las potencias demoníacas, primero muda, después cruzada de escalofrío, de espanto; y sobre estos temas fundamentales, el esbozo de las pasiones ordinarias, la envidia, la venganza, el amor tímido, asegurado o roto; el temor, la esperanza, la alegría y el triunfo.

En la música independiente, puramente instrumental, libre de un libreto, de un orden exterior e impuesto, la trama afectiva se muestra desnuda, sin nada que la encubra, y el procedimiento de creación que estudiamos se revela en ella bajo su forma absoluta. Aquí no hay nada que suprimir; se forma por completo con las vibraciones de las pasiones humanas, sus contrastes, sus saltos bruscos, sus matices infinitos, sus perpetuas transformaciones. Si el lector tra-

ta de consultar con cuidado algunos análisis de los comentarios hechos por los maestros, como el del gran cuarteto de Beethoven por Wagner, o las nueve sinfonías por Berlioz, comprenderá que esta forma de creación, única por su naturaleza capaz de expresar lo que es inaccesible a cualquier otro lenguaje, justifica el dicho de Wagner: «Allí donde las demás artes dicen: esto significa, la música dice: esto es.»

No hay apenas necesidad de indicar que la materia afectiva, que es el fondo de un drama lírico o de una obra sinfónica (cuando ésta no es una simple construcción sonora); el amor y la cólera, la alegría y el dolor, el entusiasmo religioso o el heroísmo, todos los sentimientos y emociones, no surgen ni se suceden al azar, en desorden, como en el cerebro de una histérica o de un loco. El trabajo creador es también organizador; encuentra y coordina a la vez; y el trabajo crítico que añade, quita, adapta, modifica, siendo común a todos los modos de invención, existe aquí, como en otras partes, pero no tiene nada de científico.

Fijada así, en general, esta forma de la creación afectiva, la seguiremos más tarde en su desarrollo y en sus variedades. Por el momento, trataremos de determinar más completamente la naturaleza, pasando de su materia a sus condiciones de existencia, a la individualidad que

crea y organiza. Como cualquier otra, esta forma de imaginación resulta de la agrupación de cualidades especiales que constituyen, en el caso actual, el tipo musical. La psicología individual es una ciencia demasiado joven y demasiado mal asegurada para revelarla en su fondo y para determinarla en todos sus elementos integrantes. Sensibilidad extrema para percibir los sonidos musicales, distinguirlos, situarlos exactamente en la escala que parte del extremo-grave al extremo-agudo; memoria segura de los sonidos, de los intervalos, de la altura absoluta (bastante rara); facilidad para reproducir melodías y armonías; concepción intelectual de las formas musicales; por último, por encima de todo, aptitud para crear nuevas formas. Tales son los caracteres esenciales de los que el último es el único propio del inventor. Añadamos con Stern (1), que de las diversas relaciones de estos diversos elementos, de la preponderancia de los unos o de los otros provienen los numerosos matices o variedades de este tipo.

Tomado en sí mismo está aparte, muy separado, y, para la psicología, su *proprium quid*

(1) Stern, *Ueber Psychologie des individuellen Differenzen*, Leipzig, Barth, pág. 13; V. también Arreat, *Mémoire et imagination*, cap. IV.

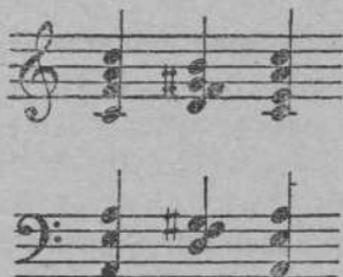
consiste, según nosotros, en su naturaleza fundamentalmente afectiva. Estudiemos más de cerca sus condiciones esenciales, y únicamente según los casos francos y las vocaciones verdaderas.

1.^a La primera condición es la aptitud innata de vivir en el mundo de las sensaciones sonoras. Wagner compara el imperio de los sonidos a un océano inmenso que se extiende hasta lo infinito, sin límites precisos, sin contornos fijos y en el que la ley única es la armonía, es decir, la ciencia abstracta de las combinaciones de los sonidos entre sí. «Es la materia en la que los innumerables matices en la altura, el timbre o la intensidad son la expresión adecuada y natural de los innumerables matices que puede revestir la emoción pura, *el sentimiento en sí mismo*, independientemente de todas las causas que le explican, de todas las circunstancias particulares que le caracterizan.»

El que nace músico vive en esta atmósfera, en ella se baña, se imbebe. Teóricamente se puede suponer; los biógrafos de los grandes compositores abundan en pruebas efectivas: para Mozart, todo tomaba, naturalmente, una forma melódica y rítmica. Viajando, sobre todo, su imaginación se exaltaba ante la vista del paisaje, por el movimiento del carruaje; tarareaba durante horas enteras melodías fugitivas. Lo mismo le

sucedía a Beethoven en sus paseos incesantes por el campo. Para evitar una enumeración inútil, me limitaré a transcribir una declaración que un músico me ha dirigido espontáneamente:

«Estoy en la imposibilidad de representarme un momento cualquiera de mi existencia en que no haya oído música. En principio está en todo lo que veo, siento, imagino... Particularmente, cuando estoy sobrecitado, el tic tac de un péndulo produce en mí armonías consecutivas, como, por ejemplo:



los carruajes que pasan por la calle me hacen oír sucesiones de armonías muy variadas, según su peso, su construcción, si bien es verdad que cuando sufro el choque de modulaciones bruscas por el influjo de cambios de ruido, llego a buscar, a representarme de qué materia el carruaje dominante debe estar cargado, porque

creo que aquélla entra con mucho en la armonía que oigo. Estos choques pueden corresponder, por ejemplo, a las diferencias consecutivas que me producen una especie de turbación:



porque entre la audición y el análisis de la modulación brusca, debe hallarse un tiempo muy corto de audición inconsciente, o más bien de modificación inconsciente de las sensaciones, como entre el producirse una herida y el dolor que se siente.

Cuando me paseo por el jardín del Luxemburgo, los ruidos dominantes del boulevard vecino se transforman en tonos, y a través de los tonos musicales me represento la marcha y la apariencia real de los individuos y de los objetos, causas del ruido.

Un hecho bastante curioso es que en este mundo en que todo puede aparecérseme en música existe, al lado de toda la música que oigo, un fondo inanalizable que me parece ruido.

Este fondo no lo siento desaparecer verdaderamente más que en una sola ocasión: cuando M. Koenig me hace oír un acorde de diapasón.

Las gotas de agua caídas una a una de una espita sobre una piedra, pueden variar de tal manera, que me parece que, así como las gentes dicen que pueden mirar indefinidamente el mar, yo puedo escucharlas indefinidamente sin encontrarlas monótonas. Despiertan, no sólo la audición de notas variadas, sino que durante la duración de las notas, percibo ondulaciones minúsculas, que escucho ávidamente. Es la sensación de lo infinito lo que estas gotas de agua me producen.

2.^a La segunda condición es la tendencia espontánea a traducir todo musicalmente, a expresar los hechos exteriores e interiores en el lenguaje de los sonidos, y (puesto que hemos eliminado la música psíquicamente vacía) a transformarlo todo en disposiciones afectivas, en estados *sentidos* que se encarnan inmediatamente y se desarrollan en un ropaje sonoro. Así la visión de una ciudad medio arruinada, sepultada bajo un cielo gris, que el pintor expresará con formas y colores, el poeta con palabras, suscitará en el músico una disposición melancólica que le es especial, y que será el germen de donde saldrá una creación en sonoridades.

En una obra anterior presenté numerosos

ejemplos de esta transformación natural, según los testimonios de Weber, Beethoven, Mendelssohn, Chopin, etc. Recordaré únicamente el caso curioso de Schumann, que, desde la edad de ocho años, esbozaba retratos musicales, recordando por medio de diversos giros de canto y de ritmos variados los matices morales o los movimientos físicos de sus camaradas. Más tarde, escribía: «Me siento afectado por todo lo que pasa en el mundo: hombres, política, literatura, y esto encuentra una salida al exterior bajo la forma musical; todo lo que la época me suministra de notable, es necesario que lo exprese musicalmente.» (1).

Así, los estados de conciencia de origen objetivo, la percepción, las imágenes, y aun las ideas, despojadas de sus formas intelectuales, entran

(1) Para más pormenores, véase mi *Ensayo acerca de la imaginación creadora*, parte III, cap. II. Madrid, Jorro, editor. Me sería fácil citar muchos otros hechos de este género; pero me limito a uno solo, tomado de un biógrafo de Listz: «Ningún artista ha sido más irresistiblemente músico. Todo sentimiento, toda impresión de viaje o de arte toma en él la forma musical; todo lo que ve, todo lo que siente, lo transporta a sonidos. Así es por lo que cuando mi amiga (la princesa Wittgenstein) le refirió de sus exploraciones artísticas en Berlín un bosquejo de la *Bataille des Hunds*, de Kaulbach, *emprende* a transcribir inmediatamente este bosquejo en una composición musical. Oye leer a V. Hugo su poesía *Ce qu'on entend sur la montagne*, y los versos oídos se convierten en un poema sinfónico por un trabajo de imaginación análogo a aquel por medio del cual transportó al piano la meditación del *Penseroso*, de Miguel Angel.

en el mundo sin forma de la vida afectiva para salir transformados.

3.º Una tercera condición es el predominio de los estados designados con el nombre genérico de sentimientos, sobre los estados objetivos. La variedad de imaginación que nos ocupa es, por definición, subjetiva. Al contrario de la imaginación sensorial, que tiene sus orígenes en el exterior, la imaginación afectiva los tiene en el interior. Su distinción propia consiste en esto: es una transformación de hechos exteriores en fenómenos emocionales, con posibilidad de expresarlos bajo una forma conveniente. Su cualidad fundamental es, pues, un cierto *temperamento* adecuado á esta trasposición.

En un trabajo precedente, fuí llevado un poco a la ventura, y después de una investigación que tenía otro fin, a presentar esta cuestión. ¿Entre la imaginación musical *verdadera* y la imaginación plástica, no existe un antagonismo natural? El resultado de las observaciones y respuestas recibidas se resume del modo siguiente:

Los que tienen una gran cultura musical y—lo que es mucho más importante—el gusto o la pasión de la música, no tienen generalmente ninguna representación visual. Si éstas surgen, es al paso y por accidente.

Los que tienen poca cultura musical, y sobre

todo, poco gusto por la música, tienen representaciones visuales muy claras.

En otros términos, del mismo modo que está permitido emplear en psicología fórmulas generales, y con la reserva que convienen en la mayoría, no en la totalidad de los casos, se puede decir: Durante el trabajo de la imaginación musical, la aparición de las imágenes visuales es la excepción; cuando esta forma de imaginación es débil, es la regla (1).

Desde entonces, las comunicaciones bastante numerosas que he recibido, han confirmado mucho más este antagonismo, que me parece, por otra parte, casi impuesto por la naturaleza de la imaginación afectiva, comprendida en el sentido más amplio. Entre estas observaciones, algunas de las cuales son largas, he escogido las más cortas, las más claras y las más interesantes.

Soy, me escribe A. Foulliée, de los que, oyendo música, no ven nada, absolutamente nada, á menos de que no se trate de música propiamente pintoresca y descriptiva. Experimento emociones, me represento sentimientos; vivo una vida sentimental y por completo interior, pero no tengo ninguna representación visual. . .

Cuando oigo música, no tengo casi más que imaginación

(1) Para los pormenores, véase *Imaginación creadora*, loc. cit.

afectiva. Me conmuevo de mil maneras, me represento *sentimientos* y ninguna otra cosa. La música no es para mí sino la psicología sentida o imaginada. En cuanto al mundo exterior, sólo en grandes masas o grandes líneas, como en un sueño muy vago. Y no tengo recuerdo alguno de las cosas exteriores; hasta olvido lo que me ha sucedido o no lo distingo de lo que ha sucedido a los demás. Por ejemplo, de mil cosas, yo no sé si es Guyau quien las ha visto o si soy yo; si es a él a quien ha ocurrido tal aventura o a mí. Hasta olvido las fisonomías... Mi desquite está en la imaginación de los sentimientos o en la combinación de las ideas; allí me doy rienda suelta y es todo un mundo interior en que vivo mucho más que en el otro.

M. F. Paulhan, que a las aptitudes de psicólogo, une las de músico, ha tenido la bondad, después de una audición en el Concierto Lamoureux, de transmitirme su observación.

Examinándome lo mejor que puedo, he aquí lo que encuentro:

Primero, la emoción estética musical, específica, es decir, una especie de vida superior que sustituye en nosotros a la normal; una existencia bastante fuerte, sin forma precisa y acompañada de algunos fenómenos físicos... Este estado me parece corresponder bastante bien a lo que Hanslick ha dicho sobre la belleza musical.

Al lado de esto, experimento también sentimientos que permanecen bastante abstractos. Son a veces tan vagos o tan generales que me cuesta trabajo distinguirlos; pero me parecen ser abstractos idealizados de mis sentimientos dominantes o de los que me agradaría ver dominar. A veces también puedo sentir particularmente excitado tal o cual sentimiento especial y concreto que tiene momentáneamen-

te o de un modo duradero un lugar bastante considerable en mi vida actual: imágenes más o menos claras pueden ser evocadas consecutivamente, pero su papel me parece, en general, poco importante.

Otro estado es provocado por trozos que he escuchado mal, por estar algo fatigado para seguirlos o por conocerlos menos. Aquí, la emoción específica se debilita; la vida, no sólo humana, sino personal, domina. Me dejo ir á las preocupaciones actuales; luego, por momentos me acuden recuerdos de otro tiempo acompañados de impresiones bastante vivas y de *imágenes* que me llevan a un tiempo pasado... (1).

(1) Sin afirmarlo, me inclino a creer que tal era el caso de R. Wagner, que sin embargo, según los críticos, era ante todo un dramaturgo, y como tal, obligado a *ver*. Pero cuando el compositor de sinfonías domina en él, parece entrar de nuevo en la regla ordinaria, es decir, eliminar el elemento visual. Así es como yo interpreto el pasaje siguiente de su Ensayo sobre *Beethoven*, de que subrayo los pasajes significativos:

«Bajo la acción de la música nuestra vida pierde su poder desde el punto en que cesamos de *ver*, con los ojos abiertos. Esta experiencia se ha hecho en toda sala de concierto durante la audición de un trozo de música verdaderamente encantador. Se ve entonces el espectáculo más extraño y el más feo que se pueda imaginar. Si llegáramos a verlo en toda su intensidad, nuestra atención se apartaría por completo de la música y nos echaríamos a reír considerando los movimientos mecánicos de los músicos y el aparato auxiliar de una representación orquestal, sin hablar del aspecto trivial del público. Pero este espectáculo, que ocupa únicamente al que permanece insensible á la música, no perturba en modo alguno al que ésta encadena: es la demostración clara de que no lo percibimos ya en la conciencia y que caemos, con los ojos abiertos, en un estado análogo a la lucidez sonambúlica. De hecho, en este estado solamente llegamos a estar poseídos por el mundo del músico. Desde este mundo, que no se describe con nada, el músico, por la disposición de los sonidos, lanza de al-

Sin embargo, debo a la sinceridad científica confesar que una comunicación de un hombre tan competente como M. Combarieu me es poco favorable. Me escribe:

A esta pregunta: ¿Cuando oís música *sinfónica* tenéis impresiones visuales? No vacilo en responder: Sí, casi siempre.

1.º Desde los primeros compases de una sinfonía, según que son los instrumentos tenores, los medios o los bajos—los que empiezan— el metal, la madera o la cuerda, y según la intensidad de los timbres—, la orquesta me produce la impresión de una luz viva o débil. En una palabra, me parece más o menos *iluminado*. Esta luz la asocio involuntariamente a una hora del día o de la noche o a un paisaje más o menos claro (paisaje que me es ya familiar). Pero es bastante más diversa que la luz real; la veo sucesivamente blanco-plata, amarillo-oro deslumbrador, violeta, gris crepuscular.

2.º El ritmo (en el sentido restringido y vulgar de la palabra) despierta casi siempre en mí la idea de una tropa en marcha. Si es franco, prolongado, rápido, veo jinetes: siguen un camino continuado y fácil. Lo que me impresiona *no es la simultaneidad y regularidad de sus movimientos*; es su actitud marcial, su penacho, sus uniformes, principalmente, la belleza de sus caballos.

3.º Una melodía me hace ordinariamente *ver* a una persona cuyo rostro y gesto, la mirada, la boca, el tinte (no

gún modo la red sobre nosotros, o bien además riega nuestra facultad perceptiva con las gotas maravillosas de estos acordes, la enerva y la rinde sin fuerza para cualquier otra percepción que la de nuestro mundo íntimo.»

la voz) expresan el sentimiento que creo encontrar en la sinfonía. Otra veces, tantas como partes melódicas hay, creo ver otras tantas personas que hablan entre sí: en un *trío*, un *quatour*, un *quinteto*, este caso es lo más frecuente.

4.º La combinación y el enredo de las melodías me hace ver muchas veces una construcción o una superposición material; tan pronto es un palacio de varios pisos, como un árbol de ramas desiguales por las que trepan plantas mezcladas, cruzadas en todos sentidos.

5.º Mis imágenes visuales son claras y abundantes, pero van raramente unificadas o seguidas. Se renuevan incessantemente con una gran incoherencia. Observo además esto: cuanto más me agrada musicalmente la sinfonía, más incoherente es la afluencia de las sensaciones visuales...

Estoy muy lejos de querer apoyar en estos hechos una teoría cualquiera. Hasta encuentro, reflexionando en ello, que están más bien en desacuerdo con mi opinión acerca de la naturaleza del arte musical. No puedo olvidar que he conocido la música sinfónica bastante tarde; que las primeras impresiones que me ha producido eran con mucho posteriores a otras más simples y de orden material, y que se establecen entre ellas inevitables asociaciones.

Renuncio a presentar mi propia observación, temiendo ser tachado de opinión preconcebida; personalmente nada veo. Pero la cuestión planteada es tan compleja que exige aún algunas observaciones complementarias.

Esta confiscación plena y entera de la conciencia en provecho de la vida afectiva, esta disposición general que excluye la aparición de las imágenes plásticas, está sometida a fluctuacio-

nes que las dejan aparecer por momentos. Esta alternativa parece depender del cambio o del cansancio de la tensión, cuya causa es las más de las veces física (fatiga, agotamiento); tal el caso de Paulhan, transcrito anteriormente; el de Macdougall (*Psychological Review*, septiembre de 1898, pág. 463 y siguientes), que declara que la música no despierta sino muy raramente en él representaciones visuales; «y aun éstas son formas simples, fragmentarias, sin enlace entre sí; visibles durante un corto momento o inmediatamente desvanecidas». Ahora bien, habiendo entrado en el concierto en estado *de fatiga y de trabajo excesivo*, nada ve durante la primera pieza; las visiones empiezan durante la segunda y acompañan «con profusión» la audición de la tercera. El músico, cuya observación típica se ha leído anteriormente, la termina en estos términos:

En cuanto a las sensaciones visuales experimentadas durante la audición de la música, las más notables que he tenido han sido escuchando *a malas orquestas tocar música mala*, porque veo aparecer fisonomías, siluetas de individuos más o menos grotescos, movimientos de aire excéntrico; una reunión del desecho de la calle, mal vestidos, sucios, deformes, gesticulantes, envejecidos, arrugados, de aspecto grosero. Pero lo más curioso de estas representaciones es que durante la ejecución de una frase, de un tema, la cara de uno de estos individuos puede modelarse o más bien ponerse en caricatura de tal modo que los ges-

tos de la cara y los de la frase, de cada sonido de ésta, de cada ondulación del sonido (el ruido que oigo siempre junto al sonido incluido en ésto), son percibidos al mismo tiempo... Creo que a través de esta desfiguración de la música, llegará a representarme, con una claridad que me da cierto espanto, rostros desfigurados que nunca he visto.

Por lo demás, recuerdo una noche en que Rubinstein tocaba bastante mal, haberme levantado sin poderlo remediar, porque quería irme a mitad de la pieza... He aquí lo que había ocurrido: En tanto él tocaba su letanía de notas falsas, yo oía, tan intensamente como estas notas falsas, las verdaderas que habría debido tocar. A medida que desfiguraba las armonías las iba yo devolviendo su integridad con más fuerza; sufría cada vez más, y la lucha que se desarrollaba entre las notas falsas y las verdaderas, se extendía a la persona que tocaba y la que escuchaba, tanto que en mí la obra verdadera quería matar a la obra desfigurada (1).

(1) Después de haber recordado que no se trata aquí sino de la música pura (sinfónica, no escénica), prevengo algunas objeciones: 1.^a Las consideraciones precedentes sólo se aplican a los que componiendo o escuchando obran como puros técnicos. Es este un trabajo intelectual o profesional extraño a la imaginación afectiva y que se acerca a la lógica racional. 2.^a Se ha observado que a veces los pintores tienen una cierta aptitud musical (entre los músicos la inversa es mucho más rara). Esto es también extraño a nuestro objeto, puesto que mi solo fin es establecer que la imaginación afectiva y la imaginación *plástica* no pueden coexistir; que por naturaleza estas dos manifestaciones psíquicas se excluyen una a otra en el mismo momento. Notemos también que la aptitud musical es demasiado frecuente en los ciegos, para que pueda atribuirse al azar. (Arréat, *op. cit.* 60.)

He insistido—demasiado quizás para el gusto del lector—en este hecho de antagonismo, porque me parece poner en evidencia el carácter de interioridad sin mezcla, que es propio de la imaginación creadora afectiva y la distingue de cualquier otra forma de invención. En resumen, consiste esencialmente en una sucesión o simultaneidad de estados puramente subjetivos. Su condición fundamental es la disposición para ser conmovido, no sólo por los hechos actuales, sino por los recuerdos de sentimientos, es decir, por la memoria afectiva, y construir con estos materiales como la imaginación de base sensorial construye con formas y colores.

IV

Hasta aquí hemos considerado sólo los caracteres esenciales y generales de la imaginación afectiva. Es preciso ahora seguirla en las principales fases de su desarrollo, ver cómo un germen, primero informe, creciendo se especifica y organiza en creaciones de una extrema complejidad.

He mostrado en otra parte, con numerosos ejemplos, que ciertas invenciones, principalmente en las ciencias y en las artes mecánicas, no pueden aparecer sino en un orden regular, por

estratificación y adiciones sucesivas; que han debido existir innumerables invenciones que podrían llamarse novelas de un género especial, pero que no han dejado huella alguna, no habiendo nacido viables; que otras son conocidas a título de curiosidades o simplemente porque han allanado el camino: en una palabra, para que ciertas invenciones triunfen, es necesario que otras les hayan precedido. Se aplica esto, sobre todo, a las formas de imaginación creadora, que dependen estrechamente de condiciones materiales. Ahora bien, consistiendo la materia de la imaginación afectiva, no en representaciones cortadas en el espacio, sino en estados de conciencia vagos que se mueven en el tiempo, en caso necesario, para exteriorizarse y tomar cuerpo, de una técnica precisa y complicada. Así, desde este punto de vista, la historia de la música, es el cuadro de una evolución de largo tiempo lenta y penosa, luego de esfuerzos perpetuos para hallar *medios materiales* que permitan una expresión cada vez más completa de los sentimientos humanos, bajo todas sus formas, en todas sus variedades y sus innumerables matices. Las voces, principalmente los instrumentos, son para el músico lo que los materiales de construcción para el arquitecto (1).

(1) No es indiferente para éste no poder usar más que

La invención de los instrumentos primitivos (simple imitación de la voz humana o de los ruidos de la naturaleza), fué un primer paso hacia la extensión y la multiplicidad de los medios de expresión. Ahora bien, esta forma de la invención que—la historia lo muestra—se ha manifestado lentamente, y más bien por impulsos bruscos intermitentes, dependía, a su vez, de la invención y de la habilidad mecánicas.

Otra condición de progreso: la música no puede desarrollarse sino en el tiempo; pero por la armonía y la polifonía ha realizado una simultaneidad de sucesiones que la da un campo mayor, y que es como un sucedáneo del espacio. Ahora bien, se sabe que esta construcción de base científica, comenzada en la Edad Media, ha exigido siglos de elaboración y dura todavía.

En resumen, el desarrollo del arte musical—la expresión más completa de la imaginación afectiva—ha estado subordinado a dos condiciones principales: la invención mecánica y la invención científica que tiene marcha progresiva. No

madera (como en ciertos países del Norte), o tener una elección abundante de materiales (piedras, mármol, hierro, etcétera). Compárese también el desarrollo muy tardío del arte musical, con el precoz y brillante florecimiento de la arquitectura: ésta tenía como punto de apoyo y estimulante la utilidad.

hay arte que para llegar a una organización superior, suponga una técnica más exigente; en este respecto se la compara a la poesía. Responde esto a una cuestión que podría presentarse. ¿Por qué al estudiar la imaginación creadora los psicólogos han ignorado siempre la forma? Porque a consecuencia de las razones indicadas, sin hablar de otras secundarias, su única manifestación pura y completa ha permanecido, durante siglos, en estado de embrión o demasiado delicado, demasiado débil para revelar su verdadera naturaleza y ser estudiada como una forma distinta de invención.

No es éste el lugar de resumir la historia del arte que ha permitido el desarrollo integral de la imaginación afectiva. Remito a las obras especiales, notando sólo algunos puntos que nos interesan.

Aparto como inútil para nuestro objeto toda discusión acerca de la génesis de la música. (¿Ha nacido del lenguaje emocional? ¿Es un lenguaje aparte? Teorías de Spencer, de sus partidarios y de sus contradictores). De hecho, en el origen no hay sino lo que es don natural: emisión de sonidos, gritos con modulaciones diversas, expresión refleja, instintiva, inmediata, directa, de los estados emocionales más simples. En este momento, los materiales de la futura creación afectiva, materia y forma, continente y

contenido, se hallan en estado embrionario. Es el período de erupción de las tendencias y pasiones, cuya forma bruta debe ser elaborada y convertida por el arte.

Históricamente, la música, en su principio, no ha estado aislada e independiente; está íntimamente enlazada a la poesía y a la danza, y en esta trinidad la danza primitiva—la danza pantomima—ocupa el primer lugar, es «la expresión más inmediata, más completa, más poderosa del sentimiento estético».

Conviene detenernos un poco en este punto, porque nos hallamos frente a una *forma extinguida* de la creación afectiva. Evidentemente éste arte se encuentra, desde hace mucho tiempo, en estado de regresión; pero en la época lejana de su apogeo, no en sus supervivencias actuales, es casi por entero una creación de la vida emocional (1). La danza primitiva es guerrera, religiosa, exótica; expresa simbólicamente un tratado de paz, un encuentro de amigos, una caza feliz, el comienzo o el fin de la recolección; en una palabra, los hechos principales de la vida social.

Traduce, por lo tanto, emociones. Estas son

(1) Hay que deducir las danzas gimnásticas y las danzas imaginativas (de la marcha del hombre y de los animales), en que se distinguen los hombres primitivos. V. Grosse, *Les débuts de l'art*, cap. VIII.

su fuente y su materia; la danza las expresa por sucesiones y simultaneidades de movimientos, coordinados y organizados en una pequeña acción escénica, lo cual ha hecho decir justamente a Grosse que es «el arte creador del movimiento» y que la danza expresa en el espacio lo que la música en el tiempo. En efecto, esta creación está formada por el análisis psicológico, de un extremo a otro, del interior al exterior, de elementos motores. Brota de las tendencias impulsivas, de las emociones expansivas—movimiento del interior—; se continúa por los movimientos del exterior, que son su objetivación y pleno desarrollo. Una sola condición rige rigurosamente sus combinaciones y disposiciones: es el *ritmo*, regulador supremo, observado por los hombres primitivos con una exactitud perfecta. Se ha sostenido que el placer que el ritmo nos proporciona tiene una razón orgánica profunda (Darwin). «Una gran parte de nuestros movimientos, principalmente los de la locomoción, son rítmicos. Además, toda excitación un poco fuerte del sentimiento tiende a convertirse en movimientos rítmicos, como ha hecho observar Spencer. Gurney añade que la excitación sentimental es rítmica a su vez. El ritmo del movimiento de la danza no sería, por tanto, sino el de los movimientos de la locomoción, aumentado, hecho más enérgico por la excitación de los

sentimientos.» (1). Sea lo que quiera de esta tesis, la danza, manifestación la más elemental, la más simple de la creación afectiva, debe ocupar un lugar inmediatamente por cima de las formas superiores del juego en los animales.

Después de esta conmemoración de una forma extinguida, volvamos a la música, que ha fenido un destino contrario.

Los caracteres de la música primitiva han sido enumerados más de una vez: es principalmente vocal; comprende muy pocas notas, tres o cuatro a lo más; el ritmo es muy importante y rigurosamente regulado; los instrumentos son raros y sirven, ante todo, para marcar el compás (tambor y otros instrumentos de percusión). El desarrollo musical es muchas veces desigual en razas e individuos de la misma cultura. En todo tiempo, en efecto, sólo algunos han podido crear. Actualmente, aun campesinos incultos componen a veces encantadoras melodías, y los cantos populares, muy estudiados por los compositores contemporáneos, son obra anónima de gentes bien dotadas. Pero el don natural no basta; le es necesario medios de expresión. En verdad, un material músico muy pobre basta las más de las veces al hombre primitivo para ma-

(1) Grosse, *op. cit.*, cap. VIII.

nifestar sus sentimientos. Es el equivalente de la lengua hablada, formada por términos poco numerosos, yuxtapuestos más bien que enlazados, que indican el pensamiento más que lo analizan, sin precisión y sin matices. Esto equivale también, en cuanto a la literatura, a los mitos infantiles; en la creación plástica, a los dibujos y esculturas de los caníbales. En el caso particular de la música, por efecto de una reciprocidad de acción bien conocida, la debilidad mental impide la invención material y técnica; la insuficiencia material y técnica impide el florecimiento de la imaginación afectiva.

Pasemos de un salto de la infancia a la edad adulta, al período moderno en que va a encontrar su camino y sus procedimientos completos de expresión.

De un lado, el desarrollo intelectual ha traído de rechazo el desarrollo emocional, que está bajo su dependencia; porque la fuente de las ideas es bastante más abundante que la de los sentimientos, de donde su papel dominador: la una está en todas partes, en el hombre y en la naturaleza; la otra está confinada en el hombre. Bajo el influjo de las causas múltiples que se llaman civilización, las emociones primitivas se han diferenciado según la naturaleza de los diversos objetos: se afirman en matices, se transforman y, por dos procedimientos contrarios,

tan pronto se sutilizan hasta lo infinito como se agregan en formas complejas. Desde este momento la imaginación afectiva posee su materia.

De otra parte, está el desarrollo de la técnica. La música, se ha dicho, es el único arte que no imita la naturaleza. «Es una creación humana, una cosa *devenida*» (Hanslick). Le ha sido preciso primeramente constituir su lenguaje; tiene por base la escala, que no se da naturalmente, sino que resulta de una elección, puesto que en una serie indeterminada de intervalos unos han sido preferidos, otros excluidos (1). Creado el lenguaje, más tarde emancipado, ha devenido durante algún tiempo un simple oficio de contexturas armónicas, de refinamiento y de curiosidades técnicas; pero ha llegado a ser un instrumento bastante fino, para servir a la gran invención que ha seguido.

Cumplidas estas condiciones interiores, las unas psicológicas, las otras exteriores, técnicas, el problema que había de resolver la imaginación afectiva era el siguiente: *Dar a lo que por naturaleza es vago y fugitivo una precisión y una estabilidad relativas.*

(1) Sabido es que los orientales han procedido de otro modo que nosotros y, principalmente, que emplean cuartos de tono.

Un hecho positivo (aun cuando algunas veces se haya puesto en duda), es que la expresión de un sentimiento determinado está fuera del alcance de la música; porque un sentimiento no está determinado sino por un estado intelectual que va unido a él. Hanslick, cuya psicología es en este punto irrefutable, dice con razón: «El amor no se concibe sin la *idea* de una persona, de su felicidad, de su posesión; la esperanza es un sentimiento inseparable de la *idea* de un futuro más feliz que el presente, etc. En una palabra, todo sentimiento preciso depende de *ideas* concretas que permanecen inaccesibles al arte musical. Este no puede expresar el contenido de los sentimientos, sino sólo su lado dinámico; es decir, las variaciones de fuerza y de movimiento, aumento, disminución, velocidad, lentitud.»

A pesar de todo, hay músicos que no han temido sostener la tesis contraria; algunos aun han entrado resueltamente en la extravagancia. Los más razonables sostienen que cada sentimiento tendría su tono apropiado. Encuentro uno que, a las treinta escalas mayores y menores, asigna un tinte «particular», un matiz particular de emoción (1). Aun admitiendo todo esto,

(1) Así, *sol* menor es muy sombrío; *si* menor, salvaje; *la* menor, ingenuo y rústico; *fa* menor, moroso; *la* bemol me-

y más todavía, queda como indudable que la música sola no puede expresar lo individual. Añadiré, para ser franco, que estos dos términos, «general», «individual», aun cuando se les haya empleado con frecuencia, me parecen aquí inaceptables y faltos de sentido. Pertenecen a la psicología individual y no pueden ser transportados a la de los sentimientos, conservando su acepción precisa. La música, como lenguaje de lo puramente afectivo, «es la expresión inmediata y adecuada de la emoción, que la poesía, por su parte, no transmite directamente al espíritu del oyente, sino que no puede más que *sugerir* con ayuda de las palabras» (Wagner). El solo hecho, tan frecuentemente notado, de que expresa algunas veces lo que ninguna frase hablada podría decir, muestra que nos hallamos en otro mundo en que reina lo intensivo, no lo extenso (lo general y lo particular). Esto tiene su importancia para lo que va a seguir.

En efecto, la imaginación afectiva, en plena

nor, lúgubre, angustiado; *sol* mayor, campestre, etc. Schubert, que acerca de este punto ha tenido todos los atrevimientos, veía en *mi* menor una muchacha con túnica blanca; en *re* menor, *spleen* y vapores; en *si* bemol menor, idea de suicidio, etc. El *mi* bemol mayor, que para Grétry «indica una catástrofe futura», era para Schubert la expresión de la Trinidad. Se encontrará en los libros de los musicógrafos diversas determinaciones y clasificaciones de este género.

posesión de sus medios de expresión, en este punto, como en otros, *crea personajes y desarrolla caracteres*; pero no puede proceder al modo del autor dramático, del novelista, del poeta, del escultor, del pintor precisamente, porque el mundo de los sonidos cae fuera de lo individual en el sentido estricto. Sesga la dificultad: crea, agrupa y hace obrar a seres sonoros —las voces, y sobre todo los instrumentos— de desigual importancia, colocados en planos diferentes, pero que tienen cada uno su vida y expresan un estado de espíritu. Este modo de creación tiene dos formas: una, dependiente; otra, libre.

1.^a La forma dependiente está adaptada a una obra dramática en que, las más de las veces, personajes y caracteres están apenas bosquejados. Al músico incumbe la tarea de darles vida. Sabido es que por mucho tiempo esto no preocupó lo más mínimo, siendo los versos un simple pretexto para una construcción de sonidos y para la habilidad del compositor. Se admitía que era posible adaptar a una música dada, dos textos contrarios. Era la época de los «ateos de la expresión», según las palabras de Berlioz: está totalmente fuera de nuestro asunto. Luego, en virtud del principio opuesto (un poco exagerado), de «que una idea no se traduce mediante sonidos, ni una emoción mediante pala-

bras», se realiza el acuerdo entre los dos elementos, y el verdadero músico dramático es el que tiene el don de hallar la expresión musical de un sentimiento. Pero no es bastante traducir la palabra a otro lenguaje, restituir al lenguaje hablado el valor emocional que quizás ha poseído antes; la invención afectiva va más lejos y comienza a dibujar caracteres por la creación de los «motivos característicos». Han aparecido bastante pronto: en Mozart, Beethoven, Weber, Meyerbeer, etc. Luego es el empleo sistemático del *Leitmotiv*, representación musical de un sentimiento o de un personaje, que en sus transformaciones sin fin sigue paso a paso las modificaciones conscientes o inconscientes del uno y del otro. Se ha dicho que es un convenio con el oyente; pero convencional o no, por sólo el hecho de repetirse, aparece y desaparece, parece dotado de una existencia propia; a veces aun simula la vida por su naturaleza esencial formada de unidad y de variabilidad: es el equivalente afectivo de un individuo o de un carácter.

2.^a En la forma libre, separada de la letra, puramente instrumental, el procedimiento no varía en cuanto a su naturaleza psicológica. En el desarrollo musical, los historiadores han notado varias etapas: en los pueblos primitivos, la invención es melódica y rítmica; más tarde de-

viene principalmente armónica; más tarde aún, instrumental, comprendiendo a la vez, y en un mismo acto de invención, el canto, la armonía y el color de la expresión (1). Merced a esta complejidad creciente, la música pura se ha abstraído poco a poco de la música cantada, «por un fenómeno de desapropiación». En este momento de la evolución, la imaginación afectiva puede dar su medida. Ella dispone de numerosos personajes—los instrumentos de la orquesta—, teniendo cada uno su voz propia, que es su timbre; su afinidad natural con un sentimiento determinado (2), los agrupa en familia, los une, los separa, los introduce juntos o sucesivamente. Con esta materia crea existencias musicales, simula seres que hablan, se querellan, se aman, se reconcilian, se regocijan, gimen, lloran, estallan, gruñen o se calman. Construye obras ex-

(1) Para los documentos, véase Combarieu, *Les rapports de la musique et de la poésie*, pág. 136-144. Según él, las primeras formas musicales creadas por el hombre, han sido imitativas y descriptivas. Una vez constituidas, se las ha considerado *en sí mismas*, así separadas de toda atribución concreta. En la historia de esta evolución que conduce a la música abstracta, las primeras composiciones musicales parecen no haber sido sino que una «mudanza del canto», quedando siempre presente el modelo vocal.

(2) Se hallarán en el *Traité d'Instrumentation* de Berlioz, pormenores interesantes para el psicólogo acerca del valor expresivo de cada instrumento: sobre lo que podría llamarse su coeficiente afectivo.

tensas, variadas, cambiantes, pero cuya trama entera es afectiva.

Aunque el verdadero músico imagine por un acto sintético, que comprende a la vez melodía y armonía, ya que encuentra instintivamente la voz instrumental que conviene a cada personaje, es evidente que esta forma de imaginación, como toda otra, supone, a más de la reflexión y el trabajo crítico, elementos de orden y de composición racional. Siendo la afectividad sola, por naturaleza inestable y difusiva, no puede unificar ni organizar. Así (excluidos los casos de habilidad musical), el compositor se guía de ordinario por un bosquejo o un programa. Beethoven escribía el *scenario* de sus sinfonías y aun de sus sonatas (1). Interrogado acerca del sentido de las *en re* menor y *en fa* menor, dice: Leed la *tempestad* de Shakespeare; para el *adagio* del cuarteto *en fa* la tumba de Romeo y Julieta, etc. Podrían citarse con abundancia hechos análogos. A veces parece que la significación intelectual salga de la obra, y sólo *después* que está hecha. Así, Berlioz cuenta que, aburriéndose en una *soirée*, compuso un *andantino* para órgano. «Le pareció ver en él la expresión

(1) No hablo del programa para el oyente, que no es las más de las veces sino un análisis hecho por un tercero.

de un sentimiento místico e ingenuamente pastoril. Se me ocurre la idea de adoptar palabras de la misma naturaleza, y este trozo deviene un coro de los pastores de Belén.» ¿Pero no cabe suponer que una concepción subconsciente, oscura, le guiaba sin saberlo en este caso?

En resumen, es la imposibilidad de alcanzar lo individual, lo que da a la forma de la imaginación arriba estudiada su carácter propio. Su manera de crear seres individuales no puede parecerse a ninguna otra, puesto que es incapaz de figurarlas por líneas o colores o describirlas mediante palabras. No puede producir más que extractos de personajes, caracteres reducidos a sus señas emocionales.

V

Tal es la única forma completa de la invención afectiva pura; pero buscando bien, se hallan otras formas incompletas, parciales o mixtas; es decir, adulteradas por una mezcla en dosis variables de elementos intelectuales. Antes de hablar de ello, recordemos una vez todavía el fin preciso de nuestro estudio: probar por hechos que hay un modo de creación cuya materia se compone exclusivamente de estados afectivos, actuales o recordados, que por un trabajo del espíritu son asociados, agrupados,

combinados conforme a relaciones nuevas, desarrolladas y organizadas en una ficción.

Ahora bien, tal es la naturaleza de ciertas creaciones literarias. A riesgo de cansar al lector, repito, para evitar todo equívoco, que se trata de establecer, no que la creación literaria implica elementos emocionales, lo cual es evidente, sino que en ciertos casos *son todo o casi todo*; que son, menos el agente y el fermento de la creación, que su fondo y su sustancia misma.

Hace más de medio siglo, Lamartine, en el prólogo de sus *Primeras Meditaciones*, escribía: «Apenas percibidas las cosas exteriores, dejaban una viva y profunda impresión en mí, y cuando habían desaparecido de mi vista, se repercutían y conservaban presentes en la imaginación, es decir, la memoria que vuelve a ver y a juntar en nosotros. Pero además, estas imágenes así vueltas a ver y a juntar, *se transformaban prontamente en sentimiento*. Mi espíritu animaba estas imágenes, *mi corazón se mezclaba a estas impresiones*. Amaba e incorporaba a mí lo que me había chocado.» Este estado en que la sensación se disuelve en la emoción, en que el artista reviste las cosas con su propio color afectivo, ha devenido habitual, constante, en la forma de arte hoy designada bajo el nombre de simbolismo.

Su valor estético, sea el que quiera, no impor-

ta. Cada cual puede a su antojo considerarle inferior o superior. Los simbolistas son introducidos aquí a título documental, siendo de intento y de hecho introductores sutiles de la subjetividad y de la emoción; y el único punto que nos interesa es la naturaleza psicológica y el mecanismo especial de su modo de creación, que es esencialmente afectivo.

Primer momento.—Empieza por una trasposición análoga a la que hemos encontrado en los músicos, y que consiste en que los datos sensoriales son cambiados en estados emocionales.

Los simbolistas profesan, en su mayor parte, una estética refinada y una metafísica animista, cuyo fondo es éste: Lo que nuestros sentidos nos revelan, lo que es visible, tangible, resistente, es sólo el símbolo de un desconocido y el velo de un misterio. Se colocan enfrente de la naturaleza, no para conocerla, sino para hacer brotar de ella emociones. El arte simbólico admite que todos los seres son «fuerzas», y que no los conocemos sino por su acción sobre nosotros, es decir, por los sentimientos que nos sugieren. Hace perder a las cosas sus contornos y apariencias sensibles para transformarlas en «fuentes de emociones». No trata de describir, sino de transmitir el estado de espíritu, por el cual, según él, nos comunicamos con ca-

da cosa. «Lo que caracteriza el simbolismo, dice uno de sus principales maestros, Viellé-Griffin, es la pasión del movimiento en el gesto infinito de la vida misma, alegre o triste, bella con toda la multiplicidad de sus metamorfosis, pasión ágil y siempre renaciente que se confunde con las horas del día y de la noche, perpetuamente renovada, inagotable y diversa como la onda y el fuego, pródiga como la tierra poderosa, profunda y voluptuosa como el misterio.» En suma, en el espectáculo que el mundo le ofrece, el simbolista elimina todo lo posible lo que puede ser *conocido*, determinado y localizado en el tiempo y en el espacio; escoge todo lo que puede ser *sentido*: los impulsos, tendencias, desec; las modificaciones afectivas de toda especie, que agrupa bajo las denominaciones vagas de «fuerza» y de «vida». Hay que reconocer que bajo una forma muy refinada, es la concepción animista de los hombres primitivos, poblando el universo de entidades vivas y críticas, lo que resucita.

Sea lo que quiera, por este procedimiento seminatural, semiartificial, tratando los fenómenos como símbolos, «simples representaciones del misterio», la transmutación se ha realizado; la materia que la percepción ofrece, casi totalmente despojada de sus formas, ha devenido afectiva; el elemento sensorial se desvanece; las

cosas son reemplazadas por la emoción de las cosas.

En este momento, el estado mental del simbolista está formado de dos capas. La una profunda, la naturaleza emocional, formada por tendencias y disposiciones que agrupa gustoso bajo el nombre de inconsciente—término tanto más cómodo cuanto que es una *X* cuya naturaleza íntima nadie conoce—. La otra, más cercana a la exterioridad, de naturaleza intelectual, está formada de imágenes vagas, que se desvanecen, y de asociaciones fugitivas análogas a las del soñar despierto y el ensueño; ellas dan a las disposiciones y tendencias una apariencia concreta y una forma consciente momentánea.

Segundo momento.—Es el más peligroso y donde las dificultades comienzan, donde aparece la imposibilidad para la imaginación afectiva de fijarse en palabras. Toda creación, para realizarse, debe sujetarse a condiciones materiales: ahora bien, ¿cómo dar a esta materia flúida una forma, un cuerpo? ¿Cómo organizarla sin hacerla perder su fluidez?

Para el músico, esto es fácil: lo expresa mediante los sonidos, elementos aéreos que no flotan sino en el tiempo. Las representaciones de contornos fijos—visuales, táctiles, motoras—son totalmente excluidas o raras, episódicas. Además, las notas, los intervalos, los acordes

mismos no tienen un valor, una significación fija; los maneja con libertad.

Para el escritor simbolista, las condiciones son enteramente otras: no puede emplear más que las palabras. Como éstas están adoptadas para traducir el pensamiento bastante más que los sentimientos, es preciso que pierdan parcialmente su función intelectual y sufran una nueva adaptación.

Un primer procedimiento, el más radical y el menos fructuoso, consiste en tratar de dar a las palabras un valor exclusivamente emocional. Algunos simbolistas han venido de aquí a esa tentativa extrema que la lógica de las cosas imponía. Ellos quieren transferir a las palabras el papel del sonido, hacer de ellas el instrumento que traduce o sugiere la emoción por la sola sonoridad; las palabras deben obrar, no como signos, sino como sonidos; son «notaciones musicales a gusto de una psicología pasional»; la poesía deviene una forma particular de la música (1).

(1) Esta tentativa había sido aventurada por los poetas alejandrinos. Uno de sus historiadores dice de Calimaco: «Una traducción no puede dar más que una idea muy imperfecta del efecto producido por estas palabras sonoras, que en sí mismas no ofrecen un gran sentido. La idea entra en nuestra imaginación y allí se impone, tanto por el sonido de las palabras como por su sentido. Ciertos acordes, en la poesía como en la música, evocan ciertas imágenes».

El verso «libre» sin rima, sin número fijo de sílabas, «de forma en sí misma indeterminada, pero flexible, maleable, prestándose a todas las combinaciones posibles de sistema y de armonía», es dado como el equivalente del sistema wagneriano de la melodía infinita. Finalmente, algunos hablan con intrepidez de armonía (en el sentido musical), de polifonía y de instrumentación: simples metáforas o pura niñería.

Otro procedimiento consiste en emplear las palabras usuales cambiando su acepción ordinaria, o bien asociarlas de tal suerte que pierdan su sentido preciso; que se presenten borrosas, misteriosas: son «las palabras escritas en profundidad».

Otro también es el empleo de las palabras caídas en desuso. Los términos usuales conservan, a pesar de todo, algo de su sentido tradicional, de las asociaciones y los sentimientos en ella condensados por un largo hábito: las palabras olvidadas desde hace cuatro o cinco siglos, se libran de esta necesidad; son una moneda sin valor fijo.

Así, los simbolistas evitan describir para simplemente evocar, despertar, sugerir, transformar

nes; el espíritu es cómplice del olvido.» Couart, *La poésie alexandrine*, pág. 280. Nótese también en estos poetas griegos la afición a la oscuridad, la tendencia al esoterismo, etc.

por alusiones una disposición virtual en emoción actual cuando lo logran. Sus descripciones de personajes, paisajes, sucesos, son simples bosquejos en que todo lo que dibuja está borroso, todo lo que determina, evitado: no traducen más que disposiciones cambiantes, síntesis momentáneas, una serie fugitiva de estados de espíritu, impresiones, no enlazadas por sí por lazos lógicos, que sucesivamente aparecen y se ocultan al agrado de la tendencia predominante, a veces según los matices múltiples de la misma tendencia. Tómese el lector el trabajo de leer con atención en sus obras algunas descripciones de gentes o de cosas, que en apariencia tengan el mayor brillo y relieve; le será casi imposible transformarla en una representación visual consistente.

De aquí también su oscuridad: aun apartando lo que es buscado, artificial, ficticio, queda una causa natural, inevitable. Siendo esta poesía obra casi exclusiva de la imaginación emocional, no puede traducirse por un conjunto de signos intelectuales, claros y bien enlazados.

No me ocupo del valor estético del simbolismo. Sabido es que esta forma de arte ha penetrado también en la pintura, en que pretende fijar emociones. Ignoro qué porvenir le está reservado. Todo esto no es de mi objeto y me

atengo solamente a su psicología, que me ha parecido instructiva. En ella se ve la imaginación afectiva luchando contra el obstáculo de la expresión verbal, que se adapta mal a ella, que la entorpece, y, por un esfuerzo instintivo o reflexivo, tratando de sustraer sus principios a la forma tipo (musical). Es un arte salido de la forma de imaginación desconocida que constituye el objeto de este artículo; le debe lo que en él se ha elogiado y censurado: sus buenas cualidades, sus defectos, su oscuridad. Su carácter emocional me parece la clave de toda su psicología: la explica y se deduce de él.

VI

En nuestro estudio de los modos de creación de materia afectiva descendemos a formas todavía más incompletas y pobres. *A priori*, se estaría dispuesto a creer que, en los místicos, el papel dominante del amor debe hacer estallar en profusión estas fantasías desconocidas que estudiamos. Ahora bien, el examen de los hechos prueba lo contrario y la reflexión lo explica.

Según la observación de algunos contemporáneos, la palabra misticismo ha devenido muy elástica. Se la aplica al arte (el simbolismo de

que acabamos de hablar), al iluminismo, a los estudios ocultos, a la teosofía y a bastantes otras cosas. No se trata aquí más que del misticismo religioso, considerado, con razón, como la forma típica. Aun cuando todos los místicos tengan un aire de familia, y que, a pesar de las diferencias de sexo, de raza, de religión, de cultura, de tiempo y de lugar, sus escritos y sus relatos ofrecen una notable uniformidad, podemos para simplificar, y únicamente en vista de nuestro estudio, dividirlos en dos grandes categorías que llamaré, por abreviación, los *metafísicos* y los *poetas*, según que la naturaleza de su espíritu les inclina a pensar más bien por conceptos o más bien por imágenes. Como ejemplos de pares antitéticos, citaré a Eckart y Henri Suso o a Ruysbroeck y Santa Teresa. Evidentemente, sólo a los místicos poetas hay que dirigirse.

El misticismo es un arrastre progresivo hacia el éxtasis. La mayor parte se detienen a mitad de camino. Bien poco numerosos son los elegidos que alcanzan el punto extremo y culminante: estos momentos son raros y duran poco. En esta marcha ascendente de la vida media hacia el arrobamiento, hay grados que corresponden a otras tantas fases psicológicas: según su individualidad o su delicadeza de análisis, los místicos han distinguido tres, cuatro y aun hasta

siete grados de vida (1). Como no se trata aquí de un estudio sobre el misticismo, podemos descuidar estas diferencias. Considerada en su conjunto, esta marcha ascendente puede resumirse en esta fórmula: desnudación y concentración siempre creciente de la conciencia. Comienza por un «espurgo», por la exclusión todo lo rigurosa posible de los influjos exteriores. Continúa por el aumento de la vida interior, por la renuncia al afecto hacia todo lo que es criatura, por el destierro de toda imagen creada —período muchas veces acompañado de un estado de embriaguez, que se expresa en alegría o en lágrimas—. No es esto bastante. Hay que despojarse de todo deseo personal y de toda imagen cualquiera que sea. «No dejará de decirse: ¿En qué, pues, se fija entonces el espíritu, si rechaza así toda imagen? No se fija en nada, permanece enteramente desnudo y aislado, porque si se apoyara en algo, sería necesario que este algo fuera una imagen» (Tauler). El final está en un *status otiosus*, una iluminación sin fin «en que el alma se anega en el mar sin fon-

(1) Santa Teresa admite tan pronto cuatro estados (*Vida de Santa Teresa escrita por ella misma*), como siete. *Las moradas*, que he tratado de traducir al lenguaje de la psicología contemporánea: *Enfermedades de la voluntad*, cap. V, y *Psicología de la atención*, cap. III. Madrid, Jorro, editor.

do de la Divinidad, se licua en el fuego del amor eterno, es enterrada en él».

En este progreso continuo de empobrecimiento intelectual y de simplificación extremada, de que no presentamos más que un grosero bosquejo, ¿dónde hallaría un lugar la imaginación afectiva?

Es rigurosamente excluída del momento del éxtasis verdadero, que según la observación de Godfernaux «no es siquiera monodéica, sino aidéica», es decir, una vuelta al estado afectivo puro, casi indiferenciado, no conocido, solamente sentido. Si no fuera superfluo presentar pruebas, se hallarían en abundancia en las obras místicas (1).

(1) Transcribo uno solo que me es comunicado por el autor antes citado: «En esta transformación del espíritu en Dios, el espíritu mismo se vierte fuera de sí y falta, y abandonándose con toda la propiedad de sí mismo y de las demás cosas, es sumergido y hundido, fundido y liquidado, absorbido y abismado en este abismo, más que inexplicable, muy simple e indeterminable, y también en esta oscuridad insondable e inaccesible; y a fin de comprender todo juntamente, es aniquilado y perdido; pero vive en Dios, y estando con él sólo, puro y libre de toda propiedad, mezcla y afecto, es hecho una cosa, una felicidad, porque no recibe ni admite otra cosa. Porque ha pasado a la simplicidad deiforme, atrayéndole interiormente el influjo de Dios y realizándole el contacto, enajena al alma de sí y la transporta como a un ser nuevo; no es que en todo esto la naturaleza o la existencia de la criatura se cambie o cese de ser sino porque el modo es exaltado y la cualidad deificada.» (Denis le Chartreux, *De la vie solitaire*, libro II, capítulo X.)

Es preciso, por tanto, buscar más abajo, al principio de esta evaporación gradual que poco a poco disuelve y volatiliza las imágenes. Toda creación supone dos condiciones necesarias. La primera es un principio de unidad—idea o emoción que obra como centro de atracción y sirve de núcleo al trabajo de organización—: no falta en el místico; es más bien dominante. La segunda es la posesión actual de una cantidad suficiente de materiales para permitir combinaciones nuevas: ésta es precaria y va siempre atenuándose.

Así se explica el hecho de que haya, en la mayor parte de los místicos, exaltación de la memoria, más bien que imaginación propiamente dicha, y que muchas veces no pasen de la etapa de la pura reproducción. La imaginación, en el sentido más lato de la palabra, es decir, la reviviscencia espontánea o provocada de las imágenes puede irradiar en tres direcciones: sensorial, orgánica, puramente psíquica.

1.^a Alucinaciones visuales o auditivas: las apariciones supra-terrestres, las voces reveladoras, etc.

2.^a Modificaciones de la vida orgánica que destruyen, alteran o curan: las más célebres son estigmas, menos raros de lo que generalmente se cree. Un hagiógrafo contemporáneo cuenta sesenta casos auténticos.

3.^a Fenómenos de una psicología más compleja, en que aparecen algunos vestigios de invención: tal las meditaciones y comentarios de los místicos sobre los hechos principales de su religión, sus descripciones de la vida bienaventurada o de las penas eternas; más todavía, los viajes imaginarios a los lugares santos en este mundo o en el otro, que los místicos han contado con gran profusión de pormenores. Se pretende aún que algunos, al término de sus viajes imaginarios, presentaban todos los síntomas de la fatiga física, a veces la señal de las piedras o de las espinas del camino, heridas en los pies, esguinces de que han padecido mucho tiempo.

Sea de ello lo que quiera, no es necesaria mucha crítica y reflexión para observar que en todo lo precedente la parte mayor está formada de reminiscencias, de trozos de historia o de leyendas, reunidas e hilvanadas conforme a una impresión personal. Estas visiones están en relación directa con la religión y el grado de cultura del creyente. Las del budista, del católico, del *yogui* bramánico, del *sufi* sèctario del Islán—aparte el vigor intelectual de cada individuo—no difieren entre sí sino por el contenido de su fe. Estas manifestaciones imaginativas poco coloridas o brillantes, débiles o vigorosas, no pueden retenernos, son extrañas a nuestro estudio,

no tienen el carácter específico que buscamos. Son una forma de literatura, buena o mala, en que la imaginación tiene un gran lugar, pero no constituye la trama que parece formada más bien de elementos visuales.

¿Hay que renunciar absolutamente a descubrir en los místicos esta imaginación afectiva que trato de poner en claro? No lo creo; pero sólo se encuentra bajo una forma; la llamo por concisión una *novela de amor*, o más explícitamente, un ensueño idealista de naturaleza enteramente sentimental. Aun cuando esta creación mística no sea obra exclusiva de las mujeres, tienen en ella el lugar mayor. Es una desviación, transformación y transfiguración del amor que difiere notablemente de una a otra; pero entre las variaciones individuales, hay bastantes semejanzas para que se pueda tratar de hacer un bosquejo conforme a un solo modelo.

Primeramente, como condición primera, una disposición natural, innata a la ternura—lo que los antiguos psicólogos llaman el amor en sentido indeterminado—, movimiento de atracción hacia las personas o las cosas que no se diferencia ni es especificado sino por su objeto. En muchos, esta disposición sentimental, desde la infancia, se orienta de un golpe hacia lo divino, y por este hecho, está como polarizada: cualquier otra manifestación de la emoción

tierna es agotada o no existe sino participando del amor divino.

Más tarde, en la pubertad, se añade un nuevo factor, enteramente diferente por sus condiciones fisiológicas y por su fin natural. Su acción, aun cuando inconsciente, es innegable. Se presentan aquí muchos problemas demasiado delicados y complejos para que sea posible tratarlos de pasada; pero pienso que la psicología de los autores, que reducen todo a un erotismo desviado, es demasiado simplicista y en modo alguno aplicable a todos los casos. Sin insistir acerca de este punto, cuya discusión profunda sería demasiado larga, tenemos desde ahora los elementos de una pequeña novela del amor, bastante débil, de una naturaleza especial, pero fundamentalmente afectiva. El examen de un caso particular aclarará las generalidades que anteceden.

Elijo una mística del siglo xvii, de la que después se ha obtenido gran partido con miras diferentes a las nuestras: Margarita María Alacoque. Conviene por su sencillez misma. No creo que hasta hoy se haya ocupado de ella con continuidad un solo psicólogo (1): el ejem-

(1) Los documentos históricos y psicológicos no faltan. A más de su «Mémoire», dos obispos han escrito su biografía: Mgr. Languet (de la Academia francesa), en el siglo

plo clásico es siempre Santa Teresa que, preciso es confesarlo, tiene bastante más fuste.

Cabe seguir, con Margarita María, el desarrollo y las etapas de un ensueño encantador, en medio de múltiples sufrimientos, porque es—notémoslo al paso—un caso bien claro del estado llamado «placer del dolor». Ruego al lector note con cuidado la progresión ascendente de esta novela mística.

Desde la edad de seis años «toda su felicidad consistía en pasar horas en oración. Jesús se le aparecía, y no se admiraba de ello, bajo la figura de un Crucificado o de un *Ecce Homo*».

Bastante más tarde, entra en el convento, no sin luchas. Novicia, su «único pensamiento era saber cómo podría crucificarse lo bastante por aquél que se había dejado crucificar por ella. Sintió encenderse un tan ardiente deseo de sufrir, que ya no la dejaba en reposo».

El día que toma el hábito, «mi divino Maestro me hizo ver que era aquél el momento de nuestros esponsales, y que al modo de los amantes más apasionados, me hacía gustar lo

xviii; Mgr. Bougaud recientemente. Las citas están tomadas de la 10.^a edición de su *Vie de la bienheureuse Marguerite Marie*. París, Poussielgue, 1900. Consúltense principalmente las páginas 141, 156-159, 232-34 y siguientes 295, 250, 311, 324. Los capítulos VI, VII y IX son los más interesantes para su psicología.

que había más dulce en la suavidad de las caricias de su amor. Y, en efecto, fueron tan excesivas, que muchas veces me ponían fuera de mí y me hacían incapaz de obrar».

Finalmente, pronuncia sus votos. Entonces el Señor se le aparece y le dice: «Hasta aquí no era más que tu prometido, a partir de hoy quiero ser tu esposo.» La prometió tratarla como a una esposa «y empezó a hacerlo de un modo que me siento incapaz de expresar, y del que diré solamente que me hablaba y trataba como a una esposa del Tabor».

Luego vienen sus grandes revelaciones. En la primera dice: «... Me abandoné a este divino espíritu, entregando mi corazón a la fuerza de su amor. Me hizo reposar mucho tiempo sobre su divino pecho, donde me descubrió las maravillas de su amor y los secretos inexplicables de su sagrado corazón, que me había ocultado siempre hasta entonces y que me abrió por vez primera.» Sigue una descripción del corazón divino más brillante que el sol, etc. En la segunda: «Me pidió mi corazón, el cual le supliqué que tomara, lo que hizo y le puso en el suyo adorable, en el que me le hizo ver como un pequeño átomo que se consumía en este ardiente horno. Luego, retirándole, volvió a ponerle en el lugar donde le había tomado, diciéndome: he aquí, mi bien amada, una prenda preciosa de mi amor...

Hasta ahora no has tomado otro nombre que el de mi esclava, en adelante te llamarás la discípula muy amada...» Hago observar que este cambio, que este trueque de corazón, se encuentra anteriormente en varias mujeres místicas que podrían nombrarse. ¿Es ésta una tradición o bien cada una lo ha inventado, por su parte, por efecto de una misma disposición apasionada?

Omito muchos otros pormenores: el nombre de Jesús grabado en su corazón con ayuda de una navajita; la sangre de la herida le servía para terminar y firmar su testamento, etc. Me limito sólo a los documentos psicológicos.

Evidentemente, para quien prescindiera de toda intervención sobrenatural, esta vida es un poema vivo, algo estrecho y monótono, en que la invención es bastante débil, pero formada casi por entero de materia emocional. Obra de un personaje único que se desdobra y se objetiva en su ensueño, encerrada en los límites estrictos de una creencia religiosa, la creación no puede tener la variedad de incidentes de una novela de amor humano. La materia afectiva es monocorde: el amor, siempre el amor y de la misma especie; impulsos y depresión, períodos de ardor o de sequedad con sus grados variables: fuera, casi no hay recursos posibles. ¡Qué diferencia con la posición del compositor genial y

vibrante que tiene bajo su mano todo el teclado de las emociones humanas con sus matices infinitos!

A más, la imaginación afectiva, en los místicos, tiene la desventaja de que no sale de su estado de fluidez interior, que puede entrar en formas que la entorpecen singularmente. Alucinaciones (o imágenes) visuales, táctiles, motoras, cenestésicas: todo está cortado, o al menos localizado, en el espacio. En verdad, las alucinaciones auditivas, las voces interiores o exteriores, están libres de estas condiciones plásticas; pero las narraciones orales o escritas se reducen a los procedimientos analíticos y descriptivos del arte literario: comparados con la vestidura tenue y ligera con que el lenguaje de los sonidos envuelve los sentimientos en la creación musical, las formas de expresión de la creación mística son bastante inferiores e insuficientes; a veces aun la acusan más que la sirven.

En suma, en los místicos el amor es la causa de la invención; inspira y sostiene a los contemplativos en sus especulaciones, a los activos en sus obras de propaganda; pero no es más que un medio. Los casos precitados en que es a la vez el resorte y la *materia* de la invención, son excepcionales.

VII

Se ha debido notar la progresión descendente de los tres modos de imaginación afectiva anteriormente estudiados. De la creación musical —forma tipo— al arte simbólico y a la novela de amor místico, la riqueza y la complejidad de la obra producida van siempre disminuyendo: al mismo tiempo, la materia afectiva se empobrece y altera por la mezcla de elementos extraños.

Sería posible descender todavía más bajo y descubrir en la vida ordinaria ensayos, bosquejos de creación afectiva, estados intermedios entre la simple reproducción, repetición del pasado, y la combinación nueva, anticipación del porvenir. Son éstas formas de transmisión que participan de la memoria afectiva y de la invención afectiva. Así, el ensueño que el enamorado bosqueja interiormente para satisfacción de sus deseos, es una construcción imaginativa, formada ordinariamente de emociones representadas, de imágenes sensoriales y eróticas. El hipocondríaco borda una novela enfermiza en que las vagas reminiscencias de las sensaciones orgánicas, los matices y variaciones de dolor son los elementos con que compone el cuadro de su

futura angustia (1). Estos hechos embrionarios y sus análogos (como el actor que crea la expresión emocional de su papel), nada nos enseñarían. Son demasiado simples, demasiado reducidos; con ellos solamente no se puede sospechar la fuerza y el alcance de la creación emocional; éstos sólo se revelan en los grandes casos.

Para terminar, podemos preguntarnos cómo esta forma especial de la creación imaginativa ha escapado a la atención de los psicólogos. En mi opinión, esta omisión se explica por varias razones.

Primeramente, el método en uso. La imaginación creadora, constructiva, la fantasía (con cualquier nombre que se le designe), ha sido mucho tiempo estudiada como «una facultad compleja» que se describía y analizaba, pero

(1) Estos hechos son una prueba indirecta de la existencia de una memoria afectiva propiamente dicha, que muchos psicólogos se obstinan todavía en poner en duda. Si la memoria de los sentimientos se redujera, como ellos pretenden, a la de las circunstancias y estados intelectuales concomitantes, tales construcciones serían imposibles. El que ha perdido la memoria visual no puede ya imaginar personas, monumentos, paisajes. De igual modo, el hombre incapaz de reavivar sentimientos, lo es de formar, *volviéndolos a sentir*, placeres o dolores futuros; por ejemplo, los cambios que produciría en su vida la muerte de una persona querida. Puede prever, deducir, enumerar las privaciones que serían consecuencia de ella; pero *no las siente* en realidad; no hace más que pensar palabras.

sin salir de las generalidades, salvo por algunos ejemplos tomados de las obras estéticas y de las hipótesis científicas. Este procedimiento es enteramente insuficiente. En efecto, la denominación «imaginación creadora», como todos los términos generales, es una abreviación y una abstracción. No existe imaginación en general, sino hombres que imaginan y lo hacen diversamente. Estas diversidades en la creación, por numerosas que sean, deben ser reductibles a algunos tipos; ahora bien, entre éstos, hay uno que he llamado *difusivo*, formado por imágenes de contornos vagos, indecisos, que son evocados y enlazados según los modos menos rigurosos de la asociación. Esto nos pone en el camino; porque prosiguiendo el análisis, se ve que la imaginación afectiva es una de sus especies.

Se podría invocar también otra razón: la insuficiencia actual de la psicología de los sentimientos; lo cual casi no se ha puesto en duda. Confieso que, por mi parte, habiendo estudiado en otro lugar la memoria, la abstracción y la generalización de las emociones, temas poco en boga entre los psicólogos, no había entrevisto aún la cuestión que ha dado lugar al presente capítulo.

Pero la razón decisiva y verdaderamente tónica, es que en el desarrollo secular de la facul-

tad de imaginar, la forma afectiva no se ha afirmado claramente, sino muy tarde: los ejemplos enumerados anteriormente son prueba de ello. Es la consecuencia de su naturaleza esencial. Ella supone el pleno desarrollo y aun la preponderancia de la vida interior bajo su forma sentimental, es decir, un fondo muy rico de emociones variadas, complejas, aptas para formar combinaciones, oposiciones y contrastes de toda clase. Recuerdo además la traba debida a los procedimientos de expresión por tanto tiempo insuficientes. Así como muestra la historia el poder creador del hombre, ha aplicado primero las imágenes plásticas (visuales, táctiles, motoras), o los conceptos para construir obras de arte, teorías morales, científicas, inventos prácticos, mecánicos, etc.; bastante más tarde es cuando sólo con las imágenes y abstractos emocionales ha podido arriesgarse a construcciones de una naturaleza especial.

Bastantes otras cuestiones accesorias podrían ser tratadas: así el papel importante de los elementos motores y de las acciones inconscientes o subliminares. Me abstengo de hacerlo, esperando haber logrado mi fin principal y mostrado con hechos que una forma de la imaginación creadora tiene por materia estados afectivos y nada más que estados afectivos.

CONCLUSION

La lógica de los sentimientos, cuyo bosquejo acabamos de trazar, ¿es un capítulo de la lógica de los sofismas? En modo alguno; pero como más de un lector está probablemente dispuesto a responder afirmativamente, la cuestión merece ser aclarada mostrando las diferencias.

La lista de los sofismas o paralogismos *verdaderos*, es decir, de naturaleza intelectual, se ha transmitido desde la antigüedad hasta nosotros sin cambios notables. Está en todas partes, es conocida de todos, y es inútil transcribirla aquí.

Fuera de ella, los lógicos modernos han enumerado un poco al azar, y clasificado bajo la denominación de sofismas, causas morales, fuente abundante de errores y de razonamientos inaceptables para la lógica racional.

Sin embargo, estas dos categorías de «sofismas» no son de la misma naturaleza, a menos de dar a la palabra «sofisma» dos significaciones distintas. El mecanismo del pensamiento que razona cambia al pasar de una a otra. En el primer caso, hay una alteración directa del

razonamiento, y las causas son intelectuales. En el segundo, el error es producido indirectamente, por influjos de origen afectivo.

Esta diferencia ha sido señalada por Stuart Mill (*Sistema de Lógica*) (1). Las fuentes del error, dice, son de dos clases: intelectuales, morales. «Estas últimas no entran en la materia de este libro.» Indica como principales «las inclinaciones», cuyo efecto más común es influirnos en el sentido de nuestros deseos o nuestros temores. Las causas morales de las opiniones, aun cuando las más poderosas, quizás de todas, en la mayor parte de los hombres, no son sino causas lejanas; no obran directamente, sino por mediación de las causas intelectuales; son preparatorias. A pesar de esta declaración eliminatória, Mill, bajo la denominación de sofismas *a priori* y de no-observación, da ejemplos de razonamientos viciosos cuyo origen afectivo es evidente.

Bain (*Lógica: Inducción* VI, cap. III) toma una actitud más clara y correcta. Critica a su antecesor, que bajo el nombre de sofismas estudia en realidad ciertas tendencias engañosas del espíritu, causas generadoras de error; «ahora bien, la labor del lógico es impedir o corregir los errores, no mostrar cómo nacen de las im-

(1) Stuart Mill: *Sistema de Lógica*. Madrid, Jorro, editor.

perfecciones de la naturaleza humana: esto no corresponde ni al estudio de la deducción ni al de la inducción. Es un punto discutible si el lógico tiene autoridad o no para tratar este punto; pero si lo hace, debe consagrarle un capítulo aparte, porque este estudio es *extra-lógico*.

Entre estas tendencias engañosas, Bain enumera el atractivo de lo agradable, el temor de lo desagradable, la simpatía y la antipatía, el interés personal, el miedo, la cólera, el amor, la amistad, el patriotismo, el espíritu de secta, la admiración, la vanidad individual o nacional, la atracción de la novedad y de lo maravilloso, el influjo del sentimiento estético sobre las doctrinas filosóficas y las teorías científicas (la fe ciega en un plan de la naturaleza, las órbitas de los planetas deben ser circulares porque el círculo es una figura perfecta, la necesidad de la unidad absoluta), etc. Sea lo que quiera lo que se piense de esta enumeración un poco confusa y mal ordenada, claro es que corresponde en gran parte a la materia primera de nuestra lógica de los sentimientos; y justamente este grupo de hechos psíquicos, con sus consecuencias, es el que se niega, con razón, a clasificar entre los sofismas.

Otros autores, bastante numerosos, distinguen los sofismas del espíritu y del corazón. Esta distinción es brusca como hecho; pero tie-

ne el defecto de transferir un término propio de la lógica racional, creado para ella y por ella fijado, a otra forma de lógica, donde, aun cuando se aplique a operaciones de distinta naturaleza, conserva fatalmente su sentido denigrativo.

En resumen, los sofismas verdaderos son vicios intelectuales. Pueden observarse materialmente y rectificarse como errores de cálculo. Es fácil, aun con una cultura media y un poco de reflexión, descubrir un círculo vicioso, una enumeración imperfecta o una *fallacia accidentis*. Resultan de una debilidad del espíritu, de una falta de atención, de una ineptitud para inducir o deducir correctamente.

Los «sofismas del corazón» serían más convenientemente nombrados *prejuicios* (en el sentido etimológico: juzgado de antemano), puesto que en la lógica afectiva, implícita o explícitamente, la conclusión impone siempre la forma del razonamiento. Es cierto que desde el punto de vista racional, la lógica de los sentimientos —que podría llamarse también *lógica de los prejuicios*—es una sofisticación perpetua; aun cuando triunfe, es por casualidad y sin título legítimo. El uso constante de los conceptos y juicios de valor, creación subjetiva, variable según los individuos y las épocas, la coloca en el equívoco; pero la cuestión está en saber si esta lógica, que tiene su utilidad, puesto que perdu-

ra, debe ser juzgada conforme a las reglas inflexibles de su rival.

En realidad, las dos lógicas ocupan cada una un terreno que le es propio. Se desarrollan en él conforme a procedimientos diferentes, que son determinados por sus fines. Tienen, una y otra, su psicología, sus condiciones de existencia, su razón de ser como expresión de dos tendencias opuestas de la naturaleza humana. Esta posición imparcial es la que debe adoptar el psicólogo para comprenderlas.

Otra cuestión litigiosa es la de las relaciones entre la lógica afectiva y la creencia, cuyo instrumento propio parece ser esta forma de lógica. Responderemos que a pesar de las apariencias no está al servicio ni de toda creencia ni de la creencia sola.

El estado de creencia, muy descuidado por los antiguos psicólogos, ha sido estudiado muy seriamente durante este último cuarto de siglo. No tengo que tratar este tema, y remito a las obras especiales (1). Se está generalmente de

(1) Son bastante numerosas, aun eliminando aquellas cuyo fin es principalmente moral o religioso. Consúltese para la psicología: Payot, *La creencia*, Madrid, Jorro, editor; C. Bos, *Psychologie de la croyance*; Bain, *Emotions and Will*, cap. XII; un importante ensayo de J. Sully, *Belief*, en *Sensation and Intuition* y *The human Mind*, I, 250; W. James, *La voluntad de creer*. Madrid, Jorro, editor. Desde el punto de vista crítico y religioso: Newmann, *The Grammar of assent*; Balfour, *Les bases de la croyance*, etc.

acuerdo en admitir que no tiene sus raíces en el intelecto; que depende de nuestra manera de sentir y querer; que es obra y expresión del temperamento, del carácter, de la individualidad; que la credulidad es un estado primitivo que acompaña a todas nuestras representaciones, hecho fácil de observar en los niños y los ignorantes; que se fija naturalmente en toda imagen o idea que ocupa la conciencia sin antagonista, sobre todo si son intensas; que esta afirmación espontánea de una realidad es quebrantada por los mentís de la experiencia o de nuestros semejantes; que entonces la duda se despierta, y que el que duda pide un apoyo a la lógica racional, si prefiere la verdad a todo, o a la lógica afectiva, si prefiere su creencia a todo y sólo trata de justificarla; de suerte que «los argumentos no son lo que son, sino son lo que yo soy». (Payot, *obra citada*.)

Tomada del lenguaje corriente, la palabra creencia tiene la desventaja de aplicarse a fenómenos muy diferentes, aun cuando tengan todos el carácter común de ser, con razón o sin ella, la afirmación de una realidad. Todo es o puede ser objeto de creencia. Sin embargo, pueden hacerse dos partes: 1.^a, la creencia *intelectual* (percepciones, axiomas, verdades científicas establecidas por la observación, la experiencia o el cálculo). Es *sufrida* por el sujeto, y de los

dos factores que concurren al acto de conocimiento, es el objetivo el que predomina; 2.^a, todos los demás casos, en que la creencia es *creada* por el sujeto en forma de valoración: el factor subjetivo es el principal. Esta masa de creencias heterogéneas, varias veces enumeradas en el curso de esta obra—hay que añadir a ellas las de los locos—, constituye el grupo *no intelectual* que sólo usa la lógica afectiva; pero su asociación no es una regla invariable: a veces la creencia es extraña a la lógica; a veces la lógica no está al servicio de la creencia. Señalemos estas excepciones:

1.^a En tanto que la creencia racional está determinada y producida por el razonamiento, la creencia no racional determina y produce el razonamiento. Así, en cuanto a su génesis, ésta es independiente de la lógica; nace directamente del fondo de nuestra naturaleza afectiva y crítica. La célebre apuesta de Pascal, observa W. James, es una hipótesis muerta para el que no tiene ya, y de antemano, una tendencia a creer en Dios.

2.^a La creencia sólida, inquebrantable, cualquiera que sea su objeto, religioso, moral, político, o tal como la fe ciega del enamorado, es extraña a la lógica. Está colocada aparte, en otra esfera: la de la afirmación inmediata e irresistible; bajo esta forma absoluta, la creen-

cia no puede ser confirmada ni aminorada por el razonamiento: es una posición privilegiada en que creencia iguala a certidumbre.

3.^a Por otra parte, hay formas de la lógica afectiva que nacen, no de las creencias, sino de los deseos o aversiones y de sus variedades: el razonamiento conjetural o imaginativo, el trabajo que produce las transformaciones anteriormente estudiadas (cap. III), el período preparatorio de ciertas conversiones que se hacen porque son deseadas, los razonamientos útiles para la expansión del individuo y que son un instrumento de combate.

En resumen, la psicología de la creencia y la del razonamiento afectivo, a pesar de numerosos puntos de contacto, no coinciden en toda su extensión. Sería, por tanto, erróneo confundirlas. La lógica y la creencia son fundamentalmente diferentes: la primera es sólo un medio transitorio, adaptado a la lucha o a la defensa; la segunda es un estado estable, una posesión, un fin.

Así la lógica de los sentimientos tiene su dominio propio; ni es un capítulo de los sofismas ni un anejo de la creencia. Esta denominación, por su generalidad, nos ha parecido preferible a cualquier otra: lógica del prejuicio, de la creen-

cia, de la opinión, del error, otros tantos términos que convienen a un aspecto de la cuestión, pero ninguno de los cuales la agota. A través de sus explicaciones múltiples y de sus formas incongruentes (no me precio de haberlas enumerado todas), conserva su unidad, porque su mecanismo es siempre el mismo—una adaptación de juicios de valor a una conclusión prejuzgada—; pero principalmente, porque a pesar de [sus metamorfosis y transformaciones racionales, permanece la *lógica de los instintos*, es decir, un esfuerzo para racionalizarlos.

He señalado anteriormente (cap. III, § I), la hipótesis que asimila el instinto a una lógica orgánica, fija por la herencia. Piénsese lo que se quiera de esta analogía algo vaga, y que no me inclino a aceptar, es cierto que estas dos manifestaciones psíquicas tienen un carácter común: la adaptación a un fin. La del instinto es fija, invariable, salvo excepciones y en límites restringidos. La del razonamiento es plástica, variable, multiforme. Desde que a consecuencia del desarrollo cerebral y de las funciones superiores del espíritu, las tendencias, deseos o aversiones, en vez de ser impulsos casi únicamente fisiológicos que no se traducen sino por actos, pueden ser modificados por la reflexión; desde que los instintos devienen una energía disponible, una fuerza viva que puede ser adap-

tada de varias maneras, entonces se produce el trabajo de su racionalización de que es un caso, y no el menor, la lógica afectiva.

Tomemos como ejemplo una necesidad universal y muy elemental: el hambre, instinto brutal, violento, que en los seres inferiores ataca a todo por un impulso irresistible: la de la serpiente boa tragando una presa tan grande como ella y que le cuesta trabajo digerir. Racionalizado, es decir, sometido a la inspección de la experiencia y de la reflexión, el hombre se satisface a horas regulares, reclama la elección y la preparación de los alimentos, se sujeta además a un régimen, acepta reglas de higiene, variables según los individuos y la moda reinante; adquiere un carácter civilizado. He aquí un caso muy sencillo de un instinto fijado y moldeado por influjos extraños.

Todos los demás han sufrido o pueden sufrir la misma transformación. El deseo ardiente de justificar una pasión o una creencia de ser consolado, sostenido; de adivinar un porvenir próximo o lejano, terrenal o supra-terrenal; de arrastrar, de convertir, de imponer una opinión: todas estas necesidades de conservación o de extensión, individual y social, ¿no son la materia de la lógica de los sentimientos, y los procedimientos que emplea son otra cosa que un esfuerzo de nuestra naturaleza afectiva para

apoyarse en apariencias de pruebas y argumentos racionales?

Es que en el fondo, el ideal a que todo razonador aspira, conscientemente o no, es intelectual. Hemos descrito esta etapa primitiva en que el razonamiento espontáneo se produce bajo una forma indiferenciada, mezcla heterogénea y sin crítica de argumentos subjetivos y objetivos, pueriles y sólidos, nacidos al azar de los sentimientos, de la imaginación, de la razón. No es esta una hipótesis, porque lo que ha ocurrido en los antiguos tiempos se repite también a nuestra vista: obsérvese a los salvajes, a los niños o simplemente a los hombres de escasa cultura intelectual. Luego se ha formado un cuerpo de verdades científicas, es decir, estables y comprobadas, a la vez efecto y causa de una disciplina más severa del espíritu. Desde este momento, la lógica racional ha quedado constituida y ha devenido el tipo, la regla, la guía de todo razonamiento; pero creyendo imitarla, la lógica afectiva sólo ha tomado su máscara.

Resta mostrar, o más bien recordar, la unidad original de ambas lógicas: está en su *utilidad*. La tendencia a buscar y apoderarse de la verdad es una de las cualidades más ventajosas que se hayan concedido al hombre, y ha sido una de las causas de la supervivencia de los

más aptos. El conocimiento intelectual, estrictamente confinado, durante siglos, en la práctica, se ha arriesgado poco a poco en la especulación pura. Pero la investigación desinteresada, por ser un lujo, es desconocida de las primeras civilizaciones. En el orden del conocimiento, como en el económico, el lujo es una floración tardía. La lógica afectiva, bastante más material y egoísta, a pesar de las apariencias, no se libra de las necesidades humanas. Las dos lógicas son, pues, la una y la otra, un instrumento de nuestras necesidades, con esta diferencia: que la una pierde algunas veces su carácter práctico, y que la otra le conserva siempre.

Por hostilidad contra el espíritu científico, se han complacido en sostener que la investigación y la posesión de la verdad no tienen un valor absoluto, alegando la razón de que son resultado de una preferencia, que se les escoge porque esto agrada. Seguramente, puesto que hay gentes que hacen poco caso de la verdad, o la desdeñan y prefieren conservar sus ilusiones. Esto es simplemente una prueba del papel primordial de la vida afectiva en todas las manifestaciones del espíritu, tesis que he sostenido en otra parte sin restricción, y que no estoy dispuesto a poner en duda. Pero *preferir* la verdad, no es *constituirla*. Es lo que es, independiente de nuestras preferencias y de nuestras repulsas.

Si tomando esta pretensión en lo que vale, la aplicamos a nuestro objeto, se ve que es en muchos creyentes (cualquiera que sea la materia de su fe) un medio para proclamar la superioridad de la lógica del corazón. Posición falsa y desventajosa, porque el conocimiento, que es el sirviente de la vida, no vale sino por su objetividad. Sin duda la «verdad verdadera» no se impone bajo la forma ineludible de la gravitación en el mundo físico, del instinto o de la idea fija en el mundo moral, pero no nos sustraemos impunemente a su poder.

Una posición mas conforme a la naturaleza de las cosas es ésta: preguntarse si con el progreso supuesto de la cultura y de la disciplina científicas, la lógica afectiva debe atrofiarse o desaparecer. Digan lo que quieran muchos intelectualistas, no veo ninguna razón para la afirmativa.

Juzgada por los lógicos puros, la lógica de los sentimientos es condenada sin vacilar y sin apelación.

Juzgada por los psicólogos, tiene derecho a la existencia por razones individuales y generales.

Hay espíritus que reclaman la verdad ante todo, pero que la quieren bien establecida, demostrada, que tienen la obsesión de la exactitud y de los procedimientos rigurosos. Hay otros, fugitivos, faltos de precisión, que se complacen en

lo vago por exceso de sentimiento o de imaginación, por pereza intelectual, por incapacidad de reflexión, por falta de paciencia en la investigación. Para ellos, la lógica afectiva es suficiente y preferible; la inventarían si no existiera hace siglos.

Una razón más profunda que asegura su perpetuidad, es el ser obra espontánea de nuestra naturaleza no intelectual. El hombre *siente* surgir en él necesidades, deseos, problemas, a los que la razón pura no aporta satisfacción, ni respuesta, ni remedio; el sentimiento y la imaginación ocupan su puesto. La actitud escéptica que limita el conocimiento y se resigna a ignorar mucho; la actitud estoica que desdeña las esperanzas ilusorias y los consuelos vanos no son del gusto de todos. La mayor parte prefieren respuestas aparentes a nada.

El papel de la psicología es estudiar esta manifestación de la naturaleza humana, como hecho, sin condenarla ni absolverla.

FIN

INDICE DE MATERIAS

	<u>Páginas</u>
PRÓLOGO.....	1

CAPITULO PRIMERO

LA ASOCIACIÓN DE LOS ESTADOS AFECTIVOS

Confusión frecuente en la psicología contemporánea, entre la asociación y el juicio. —¿Se produce la asociación entre estados puramente afectivos?— Casos aparentes que eliminar: la transferencia. — La asociación por semejanza: forma completa, forma incompleta, forma afectiva pura. —¿Es una asociación verdadera?—La asociación por contigüidad. El contraste. Desacuerdo en este punto. — Dos categorías: Contraste intelectual; su naturaleza; supone dos momentos, uno sólo de los cuales es asociativo.—Contraste afectivo; es de naturaleza enteramente distinta. Su origen está en las variaciones fisiológicas del organismo. No es una asociación. — Conclusión: función del juicio en las supuestas asociaciones.....

CAPITULO II

LOS ELEMENTOS CONSTITUTIVOS DE LA LÓGICA DE LOS SENTIMIENTOS.

¿Puede existir una lógica extra-racional?—La facultad de inferir se ha producido primero bajo una forma compuesta y heterogénea. Estudio de la época primitiva, en que las dos lógicas (racional y afectiva) estaban confundidas.—El razonamiento práctico: sus términos medios, su conclusión. —Cómo se ha verificado poco a poco la separación de las dos lógicas. —Constitución definitiva de la lógica racional. Supervivencia de la otra. —Organismo y mecanismo de la lógica afectiva. 1.º Los términos: Son juicios o conceptos de valor.—Historia de la cuestión. —Naturaleza y definiciones diversas de los «valores». Encierran dos elementos: el uno, representativo; el otro, afectivo.—El valor ¿es objetivo o subjetivo?—Esfera de los valores y de la lógica de los sentimientos: moral, estética, sociología, política, religión — 2.º Las relaciones. —¿Tiene el razonamiento afectivo su punto de partida en alguna proposición general? Las dos formas principales: las formas cansadas. El principio que rige la lógica de los sentimientos por entero, y le da la unidad, es el principio de finalidad. —Dos procedimientos principales para ordenar los términos medios: la acumulación, la gradación. —Valor-fin y valores-medios.—En el razonamiento racional la serie condiciona la conclusión; en el razonamiento afectivo la conclusión condiciona la serie.—La lógica de los sentimientos puede pres-

cindir de las palabras: ejemplos obtenidos de la historia de las religiones. — Principio de contradicción. Es totalmente extraño a la lógica de los sentimientos: ejemplos. — ¿Por qué? La vida afectiva está formada de necesidades y de deseos que tienden todos a su satisfacción. — Contrario y contradictorio son nociones intelectuales que indebidamente se aplican a la lógica afectiva.....	31
--	----

CAPÍTULO III

LAS PRINCIPALES FORMAS DE LA LÓGICA DE LOS
SENTIMIENTOS

Dificultad de una clasificación; reducción a cinco formas principales.....	81
--	----

SECCIÓN I

El razonamiento pasional

Distinción entre la emoción y la pasión. — El razonamiento de la pasión es estudiado en tres formas: 1. ^a , depresiva: la timidez; 2. ^a , expansiva: el amor; el razonamiento aparece en las formas medias, y más todavía en las formas intelectualizadas (el amor caballeresco); 3. ^a , mixta: los celos.....	82
---	----

SECCIÓN II

El razonamiento inconsciente

¿Es posible admitir razonamientos inconscientes? Dificultades de esta hipótesis. --Examen de dos	
---	--

tipos: 1.º, las conversiones. Son obra, no de la reflexión, sino de la transformación de los sentimientos. — Toda conversión es una alteración parcial de la personalidad en sus elementos afectivos. Cambio de los valores. — Conversiones morales, estéticas, etc. Ejemplo de Nietzsche — 2.º Las transformaciones afectivas. Determinación de su naturaleza por observaciones. — Se operan por sustitución. — Papel del razonamiento por analogía.....

96

SECCIÓN III

El razonamiento imaginativo

Es la forma afectiva del razonamiento de descubrimiento. — En qué difiere de la imaginación creadora. — Su función en la historia individual y colectiva de la humanidad: Estudio de algunos casos. 1.º Las conclusiones relativas a la vida futura. Concepciones diversas de la inmortalidad. Razones dadas para establecerla. — 2.º El arte de la adivinación, la obra más considerable del razonamiento imaginativo. — Su universalidad. — Su mecanismo lógico: elementos imaginativos, afectivos, racionales. La lógica de la magia es más bien intelectual que afectiva. — A qué necesidades responde la lógica imaginativa. Los errores necesarios.....

114

SECCIÓN IV

El razonamiento de justificación

Pertenece al tipo afectivo puro. — Es una manifestación personal del instinto de conservación: ejem-

plos sacados de la vida ordinaria, de las tesis sostenidas por los historiadores, los teólogos, los filósofos, donde lo que parece demostración no es más que justificación. —El razonamiento de consuelo: esfuerzo para restituir artificialmente la cantidad de vida y de energía perdidas..... 132

SECCIÓN V

El razonamiento mixto

La lógica de los sentimientos trata unas veces de descubrir, otras de demostrar: este último caso es el del razonamiento mixto. —Es un alegato. —Se le encuentra en todas partes; sus dos modos de aplicación, según que se está convencido o no de la legitimidad de la tesis propia. —El tipo del razonamiento mixto es la elocuencia: es una prueba de hecho de la necesidad de una lógica emocional. Los tratados de retórica han sido un ensayo de una lógica de los sentimientos.—Pruebas materiales: las costumbres oratorias, el estilo figurado. —El razonamiento mixto tiene un carácter social. —El alegato es una forma de combate. —Efecto social de las grandes convicciones. —Reducción de las formas del razonamiento afectivo a dos tipos; contribuye a la conservación o a la expansión del individuo. 138

CAPÍTULO IV

LA IMAGINACIÓN CREADORA AFECTIVA

La lógica de los sentimientos al servicio de la creación estética.—Pierde muchas veces su carácter

práctico. —Dos casos: 1.º, la lógica se aproxima a la forma compuesta; 2.º, o se aproxima a la asociación pura. —Su objeto no es conjeturar o demostrar, sino organizar. —Transformación; eliminación de los conceptos valores; aplicación de los abstractos emocionales. —Casos extremos en que los sentimientos no son traducidos sino mediante sonidos. — Examen de tres casos de creación afectiva.

- I. —La invención musical. —Dos opiniones sobre su naturaleza. Discusión de este asunto. — Las condiciones fundamentales de este modo de creación. El problema de la imaginación afectiva consiste en dar a lo que es vago y fugitivo por naturaleza, una precisión y una estabilidad relativas. Cómo, en la música, crea personajes y desarrolla caracteres. —La danza, forma extinguida, ha sido una creación de la imaginación afectiva.
- II. —Las formas incompletas. —La literatura simbólica. Su teoría y sus procedimientos. —El misticismo religioso. Por qué se presta poco a la creación afectiva y pasa raramente de ser una simple reproducción. —La novela de amor místico: ejemplos. 151

CONCLUSIÓN

La lógica de los sentimientos, ¿es un capítulo de la lógica de los sofismas?—Dos orígenes diferentes de errores: intelectuales, morales. — La lógica de los sentimientos juzgada por la lógica racional, juzgada en sí misma.—Las dos lógicas tienen cada una un terreno que le es propio.—Relaciones de la lógica de los sentimientos con la creencia.—

Páginas

No está al servicio ni de la sola creencia ni de toda creencia. Enumeración de las excepciones. — La lógica de los sentimientos es un esfuerzo para hacer racionales los instintos. Ejemplo de un caso de este género. Unidad original de las dos lógicas; está en su utilidad.—La lógica racional pierde a veces su carácter práctico.—La lógica emocional le conserva siempre.—Inverosimilitud de su desaparición.....	218
--	-----



B.P. de Soria



61165100
DR 1024

Tomos de tamaño 19 x 12

- Altamira.**—Cuestiones modernas de Historia.
- Asdré (Eloy Luis).**—La cultura alemana, 5
- Arreat.**—La moral en el drama, en la epopeya y en la novela, 3,50.
- Baldwin.**—Historia del alma, 6.
- Bergson.**—La energía espiritual, 6.
- Binet.**—Introducción a la Psicología experimental, 3,50.
- Psicología del razonamiento, 4.**
- El fetichismo en el amor, 4.**
- Boissier.**—El fin del paganismo. 2 tomos, 12.
- Paseos arqueológicos, Roma y Pompeya, 6.**
- Nuevos paseos arqueológicos, 6.**
- Braunschwig.**—El Arte y el Niño, 6.
- Bray.**—Lo bello, 6.
- Bunge.**—Principios de Psicología individual y social, 4
- La Educación.**—Evolución de la Educación.—La Educación contemporánea, 5 — Educación de los degenerados. — Teoría de la Educación.
- Bureau.**—El contrato colectivo del trabajo, 5.
- Compayre.**—La adolescencia, 3,50
- Cosentini.**—La sociología genética, 1.
- Cullerre.**—Las fronteras de la locura, 6.
- Davidson.**—Una historia de la Educación, 6.
- Delbauuf.**—El dormir y el soñar, 5.
- Demeny.**—Educación del esfuerzo, 3,50.
- Dugas.**—La educación del carácter, 6.
- Durkheim.**—Las reglas del método sociológico, 4.
- Edmunds y Hoblyn.**—Historia de los cinco elementos, 5.
- Eucken.**—La vida, su valor y su significación, 5.
- Féré.**—Sensación y movimiento, 3,50.
- Degeneración y criminalidad, 3,50.**
- Ferrero.**—Grandeza y decadencia de Roma. — I. La Conquista, 6. — II. Julio César, 6. — III. El fin de una aristocracia, 6. — IV. Antonio y Cleopatra, 6. — V. La República de Augusto, 6. — VI. Augusto y el Grande Imperio, 6.
- Ferriere.**—Los mitos de la Biblia, 5.
- Errores científicos de la Biblia, 5.**
- La materia y la energía, 5.**
- La vida y el alma, 6.**
- La causa primera, 5.**
- El alma es la función del cerebro. Dos tomos, 10.**
- Fleury.**—El cuerpo y el alma del niño, 5.
- Nuestros hijos en el colegio, 5.**
- Fouillée.**—La moral, el arte y la religión, según Guyau.
- Froebel.**—La educación del hombre, 6.
- Fustel de Coulanges.**—La ciudad antigua, 8.
- Gauckler.**—Lo bello y su historia, 4.
- Giraud-Teulon.**—Los orígenes del matrimonio y de la familia, 6
- Gow y Reinach.**—Minerva, 6.
- Greenwood.**—Pedagogía práctica, 4.
- Grasserie.**—Psicología de las religiones, 5.
- Guignebert.**—Manual de Historia antigua del Cristianismo, 6
- Guyau.**—Génesis de la Idea de tiempo, 3,50.
- Problemas de estética contemporánea, 5.**
- Hampson.**—Paradojas de la Naturaleza y de la Ciencia, 3,50.
- Harris.**—Fundamentos psicológicos de la educación, 6.
- Hearn.**—Kokoro, 5
- Hennequin.**—La crítica científica, 3,50.
- Hinsdale.**—El estudio y la enseñanza de la Historia, 6.
- Hughes.**—La Pedagogía de Froebel, 6.
- Ingenieros.**—Sociología argentina, 6.
- Ioteyko.**—La ciencia del trabajo y su organización, 3,50.
- James (W.).**—Pragmatismo, 5. — Psicología Pedagógica, 5. — El significado de la verdad, 6.
- Janet.**—Los orígenes del socialismo contemporáneo, 3,50.
- Kant.**—Prolegómenos, 6.
- Kant, Pestalozzi y Gathe.**—Sobre Educación, 4.
- Kergomard.**—La educación maternal. Dos tomos, 10.
- Kirkpatrick.**—Fundamentos del estudio del niño, 6.
- Kostyleff.**—La crisis de la Psicología experimental, 3,50.
- Langlois y Seignobos.**—Introducción a los estudios históricos, 5
- Le Bon.**—Psicología de las multitudes, 4.—Leyes psicológicas de la evolución de los pueblos, 4.
- Le Dantec.**—Filosofía biológica, 5.
- Leveque.**—El espiritualismo en el Arte, 3,50
- Lhotsky.**—El alma de tu hijo, 4.
- El libro del matrimonio, 4.**
- Lichtenberger.**—Filosofía de Nietzsche, 3,50
- Mauthner.**—Contribuciones a una crítica del lenguaje, 5.
- Mauxton.**—La educación por la instrucción y las teorías pedagógicas de Herbart, 5.
- Mercant.**—La Verbocromía, 3,50.
- Mercier.**—La Filosofía en el siglo XIX
- Moreau de Jonnes.**—Los tiempos mitológicos, 6.
- Münsterberg.**—Psicología de la actividad industrial, 4.
- La Psicología y el maestro, 6.**
- Nitobe.**—Bushido. El alma del Japón, 3,50.
- Nordau (Max).**—Psico-fisiología del Genio y del Talento, 4.
- Painter.**—Historia de la Pedagogía, 6
- Parker.**—Cómo se debe estudiar la Geografía, 6.
- Payot.**—La creencia, 3,50.
- Pestalozzi.**—Leonardo y Gertrudis, 8.
- Ptchon (René)**—Hombres y cosas de la antigua Roma, 5.
- Posada.**—Política y enseñanza, 4.
- Teorías políticas, 4.**
- Queyrat.**—Los juegos de los niños, 3,50.
- La emulación, 3,50 — La lógica en el niño, 3,50 — La curiosidad, 3,50.**
- Ribot.**—Las enfermedades de la voluntad, 3,50
- Las enfermedades de la memoria, 3,50.**
- Las enfermedades de la personalidad, 3,50**
- La psicología de la atención, 3,50.**
- La evolución de las ideas generales, 5.**
- La lógica de los sentimientos, 3,50.**
- Ensayo sobre las pasiones, 3,50.**
- Rousseau.**—Las Confesiones. Dos tomos, 9
- Emilio. Dos tomos, 10.**
- Ruskin.**—Munera Pulveris (sobre Economía política), 4.
- Sésamo y azucenas, 4.**
- La Biblia de Amlens, 4.**

Senet.—Las estrogias, 3, 50.
Sollier.—El problema de la memoria, 6.
Spir.—La norma mental, 4.
Taine.—La inteligencia. Dos tomos.
 Ensayos de Crítica y de Historia, 6
Tardieu.—El aburrimiento, 6.
Thomas (V. J.)—El sexo y la sociedad, 4.
Tissie.—Fatiga y adiestramiento físico, 6.
 Los sueños, 4.
Varigny.—La naturaleza y la vida, 6.
Wagner.—Justicia, 4.—Juventud, 5.—
 La vida sencilla, 4.—Junto al ho-
 gar, 4.—Para los pequeños y para
 los mayores, 6.—Valor, 4.—A través
 de las cosas y de los hombres, 4.—
 Sonriendo, 3.—Lo que siempre hará
 falta.—Por la ley a la libertad, 4.—
 Hacia el corazón de América, 5.—El
 amigo, 4.—El alma de las cosas, 5.—
 A través del prisma del tiempo, 5.—
 A lo largo del camino, 5.
Wegener.—Nosotros los jóvenes, 4.

Tomos de tamaño 23 X 15

André (Eloy Luis).—La Mentalidad Ale-
 mana, 10.
Baldwin (J. M.)—Interpretaciones socia-
 les del desenvolvimiento mental, 12.
Baldwin (J.)—Psicología pedagógica, 7.
Bourdieu.—El problema de la muerte, 7.
 El problema de la vida, 7.
Bücher (K.)—Trabajo y Ritmo, 8
Carle.—La vida del Derecho, 12.
Carlyle.—Folletos de última hora, 8.
Cartault.—El Intelectual, 7.
Cellerier.—Ciencia pedagógica, 7.
Cigès y Peyró.—Los dioses y los héroes, 15
Compayré.—La evolución intelectual y
 moral del niño, 12.
Crepieux-Jamin (J.)—La escritura y el
 carácter, 12.
Durkheim.—División del trabajo socia-
 l, 12.
Eucken.—Las grandes corrientes del pen-
 samiento contemporáneo, 12.—Los
 grandes pensadores, 12.—El contenido
 de verdad en la Religión, 10.—La lucha
 por un contenido espiritual de la vida,
 10.—El hombre y el mundo.—Recuer-
 dos de mi vida, 12.
Pinot.—Progreso y Dicha, 12.
Fouillée.—Temperamento y carácter.
 Bosquejo psicológico de los pueblos eu-
 ropeos, 15.
Garófalo.—La Criminología, 12
Guido Villa.—El idealismo moderno, 7.
 La psicología contemporánea.
Guyau.—El arte desde el punto de vista
 sociológico, 12.—La irreligión del por-
 venir, 12.—La moral de Epicuro.
Hegel.—Filosofía del espíritu. 2 tomos, 15
 Estética. Dos tomos, 30
Hoffding.—Bosquejo de una psicología,
 basada en la experiencia, 15.—Historia
 de la Filosofía moderna. Dos tomos, 30.
 Filosofía de la Religión, 8.—Los filo-
 sofos contemporáneos, 7.
Hubbard Judd.—Psicología genética pa-
 ra maestros, 7.
Ingenieros (J.)—Criminología, 8.
 Psicología biológica, 10.
James (W.)—Compendio de Psicología,
 12.—La voluntad de creer, 7.—Princi-
 pios de Psicología. Dos tomos.
Janet.—Historia de la ciencia política.
 Dos tomos, 30.
Klemm.—Historia de la Psicología, 8.
Lagorgette.—El fundamento del Derecho
 y de la moral, 7.

Lalo.—Los sentimientos estéticos, 7.—
 Estética musical científica, 10.
Lanessan.—El transformismo, 7.
Lange.—Historia del materialismo, 30.
Lapie.—Lógica de la voluntad, 7
Laurand.—Manual de los estudios grie-
 gos y latinos.—I Geografía, Historia,
 Instituciones griegas, 4.—II. Literatu-
 ra griega, 6—III. Gramática griega, 6.
 IV. Geografía, Historia, Instituciones
 latinas, 4.—V. Literatura latina, 5.—
 VI. Gramática latina, 5.—VII. Métrica.
 Ciencias complementarias (Crítica de
 los textos.—Paleografía, Epigrafía, et-
 cetera, etc.), 5.—VIII. Índices meto-
 dicos y alfabéticos, 2.
Le Bon (Gustavo).—Psicología del socia-
 lismo, 12.
Le Dantec.—Teoría nueva de la vida, 7.
Lefevre.—Las lenguas y las razas, 7.
Levy Bruhl.—La Moral y la Ciencia de
 las costumbres, 5.
Lipps.—Los Fundamentos de la Estéti-
 ca, 15.—Los Fundamentos de la Esté-
 tica. La contemplación estética y las
 artes plásticas, 15.—Elementos de Ló-
 gica, 8.—Ética, 8.
Loisè.—Literaturas comparadas, 12.
Lubbock.—Orígenes de la civilización, 12.
Mach.—Análisis de las sensaciones, 8.
Maspero.—Historia antigua de los pue-
 blos de Oriente, 25
Nathan y Durot.—Los retrasados escola-
 res (Anormales), 8.
Nordau.—Degeneración. Dos tomos.
 El sentido de la Historia, 8.
Novicow (J.)—El problema de la miseria, 8.
 La crítica del darwinismo social, 8.
Olphe Galliard.—La moral de las nacio-
 nes, 7.
Ortiz.—Identificación anetilosópica, 10.
Payot.—Educación de la voluntad, 7.
 El trabajo intelectual y la voluntad, 7.
 La Conquista de la Felicidad, 7.
Pearson.—Gramática de la ciencia, 15
Poada.—Principios de Sociología, 20.
Preyer.—El alma del niño, 15.
Reinach.—Orfeo.—Historia de las reli-
 giones, 15.
Ribot.—La herencia psicológica, 10.
 La psicología de los sentimientos, 12.
 Ensayo de la imaginación creadora.
Riemann (H.)—Estética musical, 7.
Roback.—Psicología del carácter.
Roehrich.—Filosofía de la educación, 8.
Romanes.—La evolución mental en el
 hombre, 12.
Russel Wallace (A.)—El mundo de la vi-
 da, 10.
Sabatier.—Filosofía de la Religión, 7.
Schwegler.—Historia de la Filosofía, 10.
Search.—Una escuela ideal, 7.
Seignobos.—Historia política de Europa.
 Dos tomos, 25.—El método histórico, 7.
Spencer.—Ensayos científicos, 7.
Stuart Mill.—Lógica, 25.
Tarde.—Las Leyes de la Imitación, 12.
Thomas.—Educación de los sentimien-
 tos, 7.
Tocqueville.—La democracia en América.
 Dos tomos, 20.
 El antiguo régimen y la revolución, 8.
Tylor.—Antropología, 12.
Weber (A.)—Historia de la Filosofía eu-
 ropea, 15.
Wundt.—Introducción a la Filosofía. Dos
 tomos, 20.—Fundamentos de Metafísica.
 Dos tomos, 25.—Ética. Tres tomos, 30.
 Psicología de los pueblos, 12.
Xenopol.—Teoría de la Historia, 15.

Th. Ribot

La lógica
de los
sentimientos

○

PRECIO pesetas



MADRID

DR
1024